

ORIGENES DEL HOMBRE

La antigua
China (I)

45

folio



EXLIBRIS Scan Digit



The Doctor

<http://thedoctorwho1967.blogspot.com.ar/>

<http://el1900.blogspot.com.ar/>

<http://librosrevistasinteresesanexo.blogspot.com.ar/>

ORIGENES **DEL HOMBRE**

La antigua China (I)

folio

Dirección editorial: Julián Viñuales Solé

Autor: Patrick Fitz Gerald

Asesores: John Boardman, Basil Gray, David Oates,
Courtlandt Camby

Coordinador de la colección: Julián Viñuales Lorenzo
(Institute of Archaeology, London)

Coordinación técnica: Pilar Mora

Diseño cubierta: STV Disseny

Publicado por:

Ediciones Folio, S. A.

Muntaner, 371-373

08021 Barcelona

© Andromeda (Oxford) Ltd. All rights reserved

© Ediciones Folio, S.A., (7-2-1995)

ISBN: 84-7583-427-2 (obra completa)

84-7583-983-5 (volumen I)

Impresión:

Cayfosa. Santa Perpètua de Mogoda (Barcelona)

Depósito Legal: B-10694-94

Printed in Spain

Contenido

VOLUMEN I

Tabla cronológica	6
Introducción	7
Capítulo primero: La civilización china	9
La Ciudad Prohibida	27
Capítulo segundo: La contribución de la arqueología	37
La tumba del príncipe Liu Cheng y la princesa Tou Wan	61

Tabla cronológica

Período neolítico	c. 3500-1500 a.C.	Cerámica pintada y bruñida
Dinastía Chang	c.1500-1028 a.C.	Edad de Bronce: vasijas rituales y utensilios de jade
Dinastía Cheu	1028-221 a.C.	Estados feudales
Período Cheu occidental	1027-771 a.C.	
Período Cheu oriental	770-221 a.C.	
Estados guerreros	481-221 a.C.	Introducción del hierro y la cerámica barnizada; bronces embutidos
Dinastía Ts'in	221-200 a.C.	Primer imperio unido
Dinastía Han	206 a.C.-222 d.C.	
Han occidental	206 a.C.-9 d.C.	Ascensión del confucianismo y del taoísmo cósmico
Han oriental	25 d.C.-222 d.C.	Introducción del budismo; cerámica cocida a alta temperatura
Tres reinos	222-265 d.C.	Sucesión de
Dinastía Tsin	265-316 d.C.	pequeños estados
Dinastías norte y sur	316-581 d.C.	Era clásica de poesía y pintura
Dinastía Swei	581-618 d.C.	Reunificación del imperio
Dinastía T'ang	618-906 d.C.	Segunda era clásica de las bellas artes

Introducción

La historia primitiva de China, tanto política como cultural, ha permanecido en su mayor parte desconocida para los pueblos occidentales. China era para los romanos, en palabras de Gibbon, «remota e inaccesible»; y así continuó, en todos los sentidos, hasta el siglo XIX, y su historia primitiva ha sido igualmente oscura para todos aquellos que no sabían leer los registros históricos chinos. Por esta razón la Exposición Arqueológica preparada por el actual gobierno chino y exhibida en todas las principales capitales del mundo occidental en 1973 y años siguientes fue una auténtica sorpresa, y casi una fuente de desconcierto, para muchos que la vieron. No hallaron allí los objetos familiares del arte chino conocido: muy poca porcelana, y la que había muy tardía respecto a los períodos representados; casi nada de las famosas pinturas de paisajes; pero sí una gran exhibición de antiguos bronce, fina cerámica primitiva, frescos y esculturas, tanto grandes como pequeños, que parecían extraños a las formas aceptadas del arte chino.

Sin embargo, este arte es el fondo formativo y el directo predecesor de toda la tradición posterior. En parte es el arte de China antes de la llegada del budismo; en los últimos ejemplos, los de la dinastía T'ang (618-906 d.C.), esa nueva influencia es clara y manifiesta. En el período de aproximadamente 3.000 años desde el registro más antiguo de arte y civilización chinos hasta el final de la dinastía T'ang, la era que puede describirse como correspondiente a la China «antigua» (y medieval), como opuesta a la moderna o reciente, ha habido una larga y variada serie de cambios y desarrollos, no sólo en el arte sino también en los aspectos sociales, religiosos y políticos de la sociedad. Desde una sociedad originalmente tribal, luego feudal, China emergió como un imperio centralizado que cubría aproximadamente la misma área que la república moderna. Así se sentaron los cimientos, y prosiguieron en la época T'ang hasta nuestros días: China, bajo las cambiantes dinastías y regímenes, sigue siendo esencialmente el imperio organizado y administrado centralmente que los T'ang revivieron y transmitieron como el ideal nacional.

Por estas razones, del mismo modo que la civilización europea apenas sería inteligible si no se supiera nada de su desarrollo clásico y posterior antes del Renacimiento —el «renacer» de la antigua cultura en lo que era entonces el entorno contemporáneo—, así tampoco puede evaluarse adecuadamente la civilización china sin el conocimiento de su trasfondo clásico y el «renacimiento» T'ang.

En el siglo XIX y principios del XX resultaba razonable para occidente hacer caso omiso de China: un remoto, si no inaccesible, país en evidente declive político, y al parecer también en un estado de estancamiento cultural. La incapacidad generalizada de leer el idioma chino, combi-

nada con el casi exclusivo interés en el pasado clásico entre los pocos que gozaban de esta habilidad, contribuyó a la extensa, casi universal, creencia de que China no tenía más historia que un monótono y repetitivo «ciclo de Catay», que no valía «ni una gloriosa hora» de la espectacular historia de Europa. También condujo a un desdén total de las fuerzas que en aquellos momentos se estaban agitando ya en la sociedad china, y que iban a terminar, a través de una serie de confusas y prolijas crisis, en la revolución china de nuestros tiempos y la fundación del actual régimen.

Pero todo esto ya no puede ser dejado de lado: la política de distanciado desdén hacia los acontecimientos desagradables o considerados amenazadores ha sido abandonada. Ahora existe la necesidad de saber, de evaluar y de comprender no sólo lo que ha ocurrido recientemente, sino algo de la herencia nacional que ha sido revivida, desechada o modificada por el propio pueblo chino que, actuando bajo su propio liderazgo, acepta o rechaza, en parte o totalmente, los ejemplos y las teorías que como sociedad moderna ha recibido China del resto del mundo. Los juicios y puntos de vista de los observadores de la transformación moderna han sido en la actualidad ampliamente difundidos; menos se ha hecho para informar al público en general con relación a los períodos antiguo y medio de la historia y civilización chinas. Este libro es un intento de contribuir a llenar este hueco, relatando la historia del pueblo chino en sus primeras eras y del arte que produjo, una historia aún vívida y relevante para los chinos de hoy, y un arte que es el directo antepasado del que siguió en los últimos cinco siglos.

El desarrollo de una cultura queda determinado hasta cierto grado por el entorno geográfico en el que se ha movido. En occidente no siempre hemos dado un gran peso a esta consideración; aceptamos que hay una diferencia entre las civilizaciones de Europa occidental y oriental, o entre ambas y las del Asia occidental, pero normalmente no buscamos las razones ambientales para ello, aunque concedemos un gran peso a las causas étnicas e históricas. En China, la cuestión ha de ser tratada desde un punto de vista diferente. El área en la cual brotó y se desarrolló la civilización china se halla muy claramente definida y está aislada geográficamente de las regiones vecinas, que poseen caracteres y climas muy diversos. La razón de la individualidad de la cultura china, y su independencia de influencias exteriores durante un período formativo muy largo, reside en consecuencia en el simple hecho de que los chinos no pudieron comunicarse con ningún otro pueblo de desarrollo comparable, y así crearon una sociedad con marcadas peculiaridades en los logros tanto materiales como intelectuales.



Capítulo primero: La civilización china



El entorno geográfico. Al norte de China, más allá de la tradicional frontera defensiva de la Gran Muralla, que de hecho está construida a lo largo de la línea de crestas de la cadena montañosa que divide China de la estepa de Mongolia, se extiende una ilimitada y casi plana llanura, muy seca, sin ríos permanentes, que se funde con el auténtico desierto que separa la Mongolia Interior de la Exterior. Este desierto, de unos 1.300 kilómetros de ancho, sólo puede ser cruzado por un ejército de guerreros montados en primavera. Como dijo en una ocasión un kan, «las lluvias han llegado, la hierba está verde, los caballos gordos» (es decir, en buenas condiciones para una larga expedición). Esta región semidesértica, donde, como dicen los chinos, «ni siquiera puede crecer un cabello», no era hogar para los chinos agrícolas. La dejaron a un lado,

El río de las Perlas a su paso por Cantón. La desembocadura del río forma el puerto de Cantón, la ciudad más grande del sur de China.

e intentaron mantener a sus destructivos habitantes incursos fuera del favorecido Reino Medio (China). Al este está el océano Pacífico, el más ancho de todos los mares, y tormentoso además. Japón y unas cuantas islas junto a la orilla como Taiwán eran las únicas tierras al alcance de los primitivos navegantes, y todas se hallan mucho más lejos de tierra firme que las islas y el continente de África se hallan de Europa.

Los antiguos chinos tenían una brumosa idea de que debían de existir otras tierras en alguna parte más allá del mar; del mismo modo que los antiguos irlandeses creían en Hi-Brasil mucho antes de que fuera descubierta Amé-



rica, los chinos creían en las Islas Mágicas, donde moraban los Inmortales, en alguna parte en el Mar Oriental. Con la misión de encontrarlas, es probable que un delegado imperial sin escrúpulos, tras haber reunido consigo un amplio número de muchachos y muchachas (que se decían eran aceptables para los Inmortales), partiera en su busca..., y nunca volviera. Se ha conjeturado que desembarcó en Japón y se asentó allí. Pero el mar, y lo que fuera que moraba más allá de él, no fueron durante muchos siglos factores que tuvieran el menor significado en el desarrollo de la civilización china.

Hacia el sur, más allá de las cada vez más cálidas y subtropicales provincias de China que se extienden al sur del valle del Yang-tse, hay una región adecuada en sí misma para ser incorporada a las tierras chinas. Pero se halla bordeada por cadenas montañosas que no resultaban fáciles de cruzar, y más allá de las cuales hay una zona de auténtica jungla tropical, habitada por aquel entonces —y

Arriba: Los yacimientos de la antigua China.

Página opuesta: Las montañas tibetanas forman en el oeste una barrera entre China y el resto de Asia más efectiva que el desierto del Gobi en el norte.

Abajo: El desierto del Gobi, en Mongolia. Este desierto, de unos 1.300 kilómetros de anchura, ha sido a lo largo de toda la historia china la auténtica barrera entre el país y el norte nómada.





hoy aún en parte— por pueblos primitivos hostiles, cazadores de cabezas, que se habían aclimatado a su entorno. En consecuencia, el colono chino en perspectiva consideró que este entorno era extraño y repulsivo y convirtió a todos los efectos la actual frontera sur de la república en el límite de la civilización china. Sólo a lo largo de la costa, en lo que ahora es Vietnam, había fácil acceso a una región que los chinos podían ver como digna de conquistar o colonizar. Y sólo en lo que hoy es Vietnam incorporó alguna vez el imperio chino un área que en la actualidad no forma parte de las tierras chinas.

Los límites occidentales de China son la gran cadena montañosa del Tibet, la más alta del mundo. En general el terreno es demasiado alto para ser cultivado; el acceso se efectúa a través de pasos y valles fluviales que o bien están cubiertos de nieve durante la mayor parte del año o presentan formidables obstáculos en sus tremendas gargantas. Durante muchos siglos la historia china simplemente igno-

ró la existencia de esta región, con la que los contactos debieron de ser mínimos. Mucho más tarde, allá por el siglo VI de nuestra era, el Tibet se pobló (relativamente), y sus habitantes, impulsados por lo inadecuado de sus recursos alimentarios, se convirtieron en guerreros merodeadores. Entonces pasaron a ser un problema para el gobierno imperial, y merecieron una mención en la historia.

China fue así un mundo encerrado en sí mismo, con vecinos bárbaros y hostiles, pero no muy numerosos. Con el paso de los siglos la amenaza de la invasión y la conquista nómadas, muy real y peligrosa en las primeras eras, disminuyó gradualmente, a medida que la disparidad en el número entre los prolíficos chinos y la fuerza de los pueblos nómadas se hizo más significativa. Ya en el siglo V d.C. un hombre de estado chino, en una embajada ante una horda tártara invasora, pudo decirle al kan: «Toda tu horda no suma lo que la población de una o dos prefecturas de nuestro imperio». Pero los tártaros eran pese a todo unos

formidables luchadores, y eran maestros con el caballo, un animal que criaban con éxito; los chinos, que carecían de tierras de pastos, no podían criarlo, y así dependían para su compra de sus propios enemigos. Finalmente la pólvora solucionó la cuestión de los invasores nómadas en el siglo XVII d.C. Los «bárbaros» del sur se convirtieron sólo ocasionalmente en un problema cuando, como en Yun-nan en el siglo IX d.C., organizaron un fuerte reino local siguiendo las líneas del estado chino y fuertemente influidos por la cultura china.

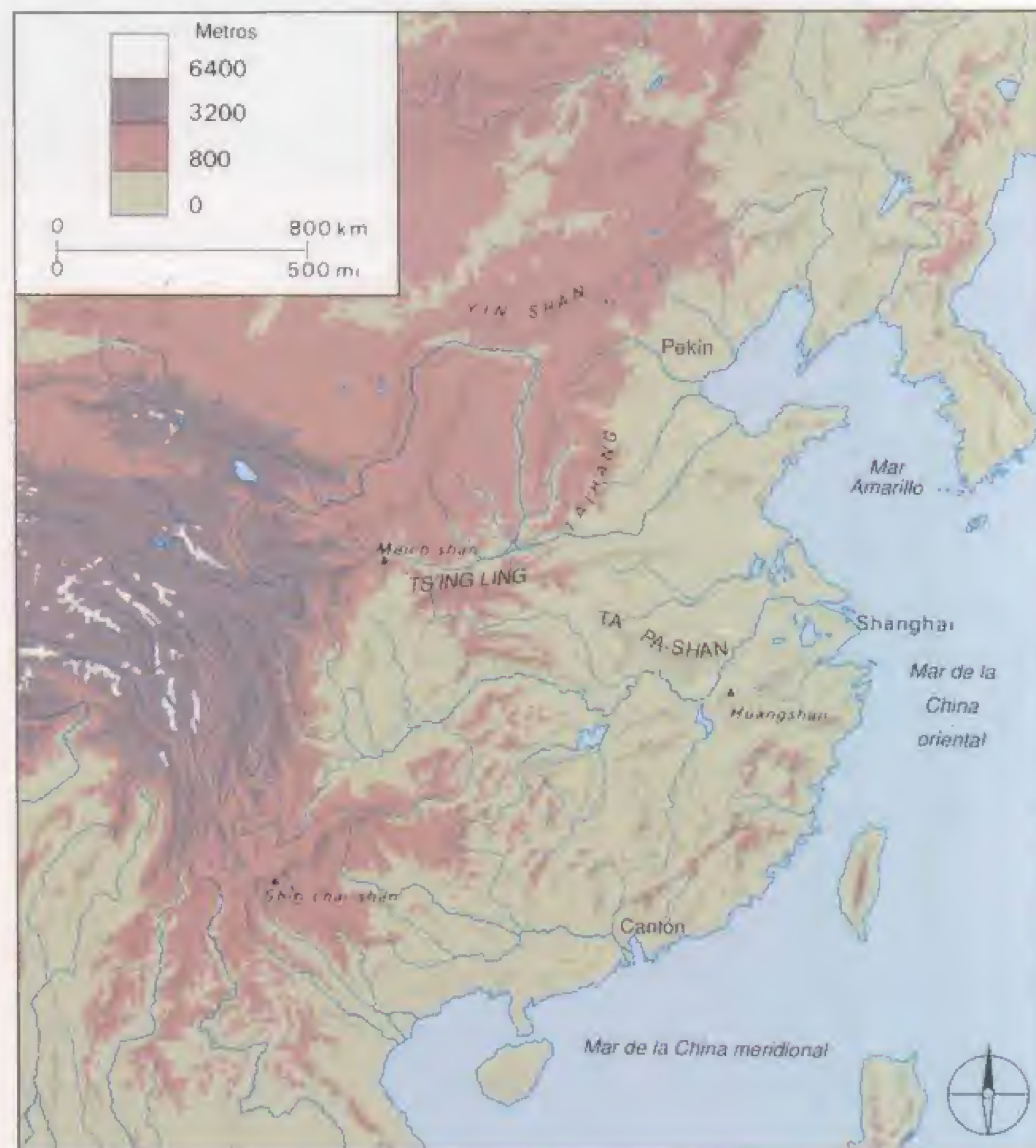
La aparición posterior de poderosos estados en el norte nómada, o en partes de la zona fronteriza del sur, fue en cualquier caso un fenómeno que no aparece hasta el mismo fin del período que puede definirse como China antigua o primitiva, el siglo X d.C. Durante los 3.000 años anteriores los chinos sólo tuvieron ligeros contactos con algún pueblo extranjero, y sólo a lo largo de las fronteras, o más tarde la costa marítima. En estos siglos muchos millones de chinos vivieron y murieron sin haber puesto jamás los ojos en un hombre o una mujer que no fueran de su propia raza. La misma China es un territorio de gran diversidad climática y ecológica, pero todas sus partes son fértiles. No hay desiertos dentro de la Gran Muralla: las altas cadenas montañosas pueden que no sean adecuadas para el cultivo del arroz, pero producen una madera igualmente necesaria y también plantas

como el té. Fue en este ambiente, que expandieron poco a poco a través de la incorporación y colonización de lo que hoy es el sur de China, donde el pueblo chino desarrolló su civilización, que debió muy poco a ningún tipo de contacto extranjero en el período formativo de unos 2.000 años, los primeros dos milenios a.C.

El entorno histórico. A menudo se dice que China tiene 4.000 años de historia, pero 3.000 sería una cifra más exacta si consideramos historia el período que requiere la existencia de registros escritos como opuestos a las leyendas no verificables. La dificultad en China es que ambas cosas están registradas, con considerable detalle, y que los historiadores chinos no fueron conscientes de la distinción, puesto que la historia tradicional del más remoto pasado fue aceptada, cuando fue reunida y registrada en el siglo II a.C., como modelo para todos los gobiernos posteriores. El imperio que entonces nació realmente a la existencia se supuso que era la restauración de una antigua unidad que se había dejado descomponer en una confusión de pequeños reinos a causa de la negligencia, la ambición y la estupidez de las generaciones intermedias. La creencia en una Edad de Oro presidida por los Sabios Gobernantes se convirtió en un dogma que jamás fue

Izquierda: El río Saluén, en la provincia del Yun-nan (Sur nuboso), el más occidental de los tres grandes ríos que cortan las montañas del Yun-nan occidental.

Abajo: Mapa físico de China.



cuestionado hasta los tiempos modernos. Así, la historia interpretó el mismo papel en la cultura china que han interpretado los mitos de la creación y las leyendas para las civilizaciones occidentales. No hay poemas épicos en China; como tampoco hay ningún par ancestral de seres humanos bajo la guía de Dios o de los dioses, ningún Adán y Eva.

Los Sabios que primero enseñaron a la raza humana las artes y los oficios no son divinos; son hombres, y los medios por los cuales adquirieron su conocimiento no quedan definidos. No fue por la protección o instrucción divina; se da a entender más bien que eran hombres de genio. La humanidad, bajo su guía, abandonó los árboles y moró en la superficie de la tierra, y construyó refugios para protegerse de los elementos, y adquirió la habilidad de fabricar armas para cazar y luego instrumentos y herramientas para cultivar el suelo. Los sucesivos Sabios enseñaron cómo domesticar a los animales, hacer botes, construir ciudades y trabajar el metal. El último de los Sabios gobernó lo que se presenta como un reino al menos tan grande como el imperio Han del siglo II a.C., que incluía todo el sur de China. Yu el Grande fue un poderoso ingeniero que domó los ríos y los confinó a un curso definido o los desvió a un curso más útil que el que la naturaleza le había proporcionado. Fue el último de los Sabios Gobernantes; su hijo fundó la primera dinastía, la Hia, que fue un reino hereditario. Los Sabios elegían a sus sucesores entre los hombres de más valía; nunca les sucedían sus hijos, aunque en algunos casos un yerno o un nieto demostraban ser el mejor candidato. Éste es un aspecto notable de la leyenda: en la China posterior el principio hereditario, la sucesión por el hijo primogénito (o en el caso de los Chang, el segundo reino, ya histórico, a veces por el hermano menor del difunto rey), se convirtió en una regla fija e invariable. Los modernos republicanos, cuando fue derribada la última dinastía en 1912, apelaron a esta antigua leyenda como una justificación para abolir la monarquía.

La historia se convirtió así en algo tremendamente importante para los chinos: no sólo era un registro de los hechos, o lo que se creía que eran los hechos; también era el espejo en el que las futuras generaciones podían ver sus propias faltas, y las virtudes que debían intentar copiar. Era un libro de texto de moralidad además de una narración del pasado. En consecuencia, era esencial que el registro fuera llevado de la forma más exacta posible, y no se distorsionara para alabar a quien no se lo merecía o para ignorar los vicios y las locuras. Lo que hizo, en especial en los últimos siglos, fue dar por sentado que las doctrinas del confucianismo no sólo eran ortodoxas sino también incuestionablemente verdaderas; aquellos que se apartaban

de ellas eran hombres malvados; aquellos que intentaban comportarse según su guía merecían alabanzas. Otras religiones o filosofías eran engañosas y perniciosas.

Fuentes históricas. El modelo quedó establecido por la obra del historiador Han Sse Ma-ts'ien, cuyos escritos datan de la primera mitad del siglo I a.C. (c. 136-89 a.C.). No sólo recogió y estructuró la historia legendaria de las eras más remotas, sino que continuó su historia de toda la China hasta su propia época, en la que fue sin lugar a dudas un defensor acérrimo de la política del gran emperador Wu, a quien servía. Su obra, llamada *She-ki*, Memorias históricas, se ha hallado disponible desde su propia era, y formó el modelo para todas las posteriores historias dinásticas hasta los tiempos modernos. Su disposición es muy distinta de la de los historiadores occidentales, antiguos o modernos. Hay una sección de Anales que registra, en lo posible de forma cotidiana, y por supuesto como mínimo mes a mes, todas las acciones del emperador. Es árido y factual, no entra en explicaciones ni ofrece juicios. Luego están las Biografías, que cubren las vidas de toda la gente prominente además del propio monarca, sin consideración a sus méritos o falta de ellos; hombres de estado, generales, bandidos, mujeres de mala fama si son lo bastante prominentes..., todo tipo de hombre o mujer con un papel significativo en los acontecimientos. Estas biografías no están fechadas con exactitud, pero la narración es fluida, llena de incidentes, motivos y evaluaciones de los méritos o crímenes del personaje sujeto. Para la correlación de fechas es preciso recurrir a los Anales; para formar una completa relación de los acontecimientos descritos es preciso consultar todas las demás biografías de las personas interesadas.

También hay tablas genealógicas de las casas principescas y la familia imperial; monografías que tratan de temas específicos, como el sistema de impuestos, las fuerzas armadas, el sistema de adjudicación de tierras, los ritos religiosos y de adivinación y otros aspectos. La economía no recibe un tratamiento aparte, pero puede acumularse mucha información económica a partir de los distintos temas mencionados en las monografías. También hay, en todas las historias posteriores, una preciosa sección, aunque a menudo corta, dedicada a la descripción de las naciones extranjeras con las que ha tenido contacto la corte, que en los registros Han van desde el sudeste de Asia hasta el imperio romano. Sólo gracias a estas obras se puede conocer la historia primitiva del sudeste de Asia. El conocimiento chino del mundo romano y heleno era superficial y a veces confuso, los distintos períodos estaban mezclados, porque los registros se compilaban a partir de los informes de emisarios de distintas generaciones y re-



presentan una síntesis. Por otra parte ofrecen la mejor, si no la única, «visión exterior» del mundo occidental clásico que ha llegado hasta nosotros.

La continuidad de la historia china, no interrumpida por ningún hueco desde el 841 a.C., cuando Sse Ma-ts'ien inicia su historia, plantea otro problema. No es fácil efectuar un sistema de periodización válido y útil. Los propios chinos dividían el registro en dinastías. En épocas posteriores cada dinastía mantenía sus propios archivos, pero no publicaba ningún registro oficial. Esto era tarea de la siguiente dinastía, que se consideraba libre de las tentaciones de distorsionar o suprimir que hubieran prevalecido si una historia oficial apareciera bajo el gobierno de la propia dinastía. Esta costumbre, inspirada por una sabiduría muy mundana y por un poco de cinismo, continuó hasta el final de la monarquía. Tenía algunas desventajas: en los tiempos primitivos el sucesor inmediato de una dinastía caída era a menudo también de muy breve duración, y el gran trabajo de publicación no podía emprenderse o completarse hasta que un régimen más duradero llegara al poder. Este régimen no tenía ningún interés en manipular los registros de una casa de gobernantes caída que no era su inmediata predecesora, de modo que las

historias más primitivas, hasta la Song, son las de mayor confianza. Los Ming escribieron la historia del imperio mongol en China, que ellos mismos derribaron. Su obra está tan llena de prejuicios y omisiones que una «historia secreta» no oficial es hoy en día mucho más respetada. Los manchúes, que derribaron a los Ming, no aceptaron la legitimidad de los últimos gobernantes Ming, que eran sus inmediatos enemigos; en consecuencia su obra, publicada en los años 1930, se considera incompleta y defectuosa en este aspecto.

El «ciclo dinástico». El otro defecto del historiógrafo chino es su firme creencia en el «ciclo dinástico», según el cual cada dinastía va desde la fuerza a través de la extravagancia hacia la guerra civil y las dinastías sucesoras de corta vida. La dificultad con este esquema, que los primeros traductores e historiadores occidentales de China tendieron a engullir entero, es que es la clásica y relativamente exacta historia de la última dinastía Han, que gobernó el imperio desde el 25 hasta el 221 d.C., terminó en la catástrofe que hizo que el imperio fuera dividido en tres reinos, y no muchos años más tarde fuera invadido por los bárbaros del norte, que conquistaron toda la parte septen-

trional de China. Quizá debido a las portentosas consecuencias del declive y la caída de la dinastía Han, su historia se convirtió en una «terrible advertencia» para gobernantes sucesivos. Pero si nos centramos en hechos históricos reales, como eran muy conscientes los historiadores confucianos (puesto que fueron ellos quienes registraron esos hechos), el ciclo dinástico de esta forma clásica no puede aplicarse a ninguna otra dinastía china, ni anterior ni posterior. Algunas fueron demasiado cortas para que actuaran tales factores a largo plazo; otras declinaron (como la T'ang) de forma distinta al modelo Han. La Song fue destruida por una invasión extranjera, no por la descomposición interna. La Ming —en algunos aspectos el siguiente mejor ejemplo del ciclo, aunque más de 1.000 años más tarde— también cayó víctima de una invasión extranjera cuando ya estaba debilitada por la rebelión interna.

Así, el ciclo dinástico es una guía engañosa de la historia china, sobre todo puesto que dio nacimiento a la creencia, que prevaleció durante mucho tiempo en occidente, de que la historia de China era una interminable, y en consecuencia carente de sentido, repetición de acontecimientos pasados. Los historiadores chinos se mostraban de acuerdo con el carácter continuista del ciclo, pero no con que carecía de significado. Para ellos tenía la perenne importancia de ilustrar valores morales, las causas del fracaso a través del vicio, los triunfos de la virtud y la

Página opuesta: Las cumbres de piedra caliza en Yang-su, en el río Occidental, cerca de Kuei-lin, en la región de Kuang-si. Éste es el tipo de escenario real que inspiró buena parte de las pinturas chinas de paisajes.

Abajo: En las provincias del sur pueden cultivarse comercialmente plátanos. Las plantas, cuidadosamente atendidas contra las heladas del invierno, eran muy estimadas por los escolares chinos.



debilidad de la naturaleza humana. Además, veían la Edad de Oro en el remoto pasado; éste era el estándar que aplicaban a los gobernantes posteriores: hasta qué punto habían intentado restaurar el gobierno de Yao y Shuen, los emperadores Sabios; o hasta lo lejos que habían escarbadado en el imperio hasta llegar a un punto más alejado aún de este augusto ejemplo. No consideraban que ninguna otra idea, como el progreso, pudiera conducir a la mejora humana. La vida, el propio universo, era de carácter cíclico. «La prosperidad tiene que tener un límite: el mal traerá consigo su propia calamidad.» Vueltas y vueltas: el yin (la luna, la tierra, la sombra, la mujer, el agua y la vegetación) intercambia constantemente su parte del cosmos con el yang (el sol, el varón, la luz, el calor, el cielo y los elementos y características positivos). No están en conflicto; el uno no es bueno, el otro no es malo; son simplemente las fuerzas equilibradas de la naturaleza cuyo flujo constante, simbolizado por el círculo dividido en dos partes iguales, no por un diámetro sino por una línea curva, es el que hace el mundo habitable y, si se mantiene el equilibrio, armonioso. Los desastres de todo tipo, humanos y naturales, proceden de una alteración de este equilibrio y del dominio indebido —y temporal— del yin o del yang.

En consecuencia, resulta claro que, aunque comparten la creencia de los historiadores occidentales de que el hombre brotó del salvajismo a la civilización, los chinos no ven —o no veían— este progreso ni como ininterrumpido ni como continuo. La filosofía china, al igual que otras actividades intelectuales, se desarrolló mucho antes de que sus contrapartidas en la India o en occidente fueran conocidas en China. En esta forma realmente fundamental de ver al hombre y su entorno es auténticamente significativa la diferencia entre las civilizaciones. Muchas otras impresionantes diferencias son realmente sólo una elección entre alternativas: los chinos expresan su duelo vistiendo de blanco, no de negro; pero la razón es para evitar el color. Honran el lado izquierdo, no el derecho: es preciso elegir uno u otro. Escriben hacia abajo, nosotros horizontalmente; pero no es probable que nadie elija escribir en línea oblicua a través de la página. Sus libros empiezan en lo que nosotros consideramos el final, pero nadie empezaría un libro en mitad del volumen. Hay muchos otros ejemplos o diferencias que son realmente superficiales, fundados igualmente en reacciones humanas comunes, elecciones razonadas, pero opuestos a las elecciones que nuestras civilizaciones han hecho.

Paralelismos occidentales. Si el ciclo dinástico y la teoría del yin y el yang que se halla detrás no son un esquema adecuado para la periodización de la historia china, nues-

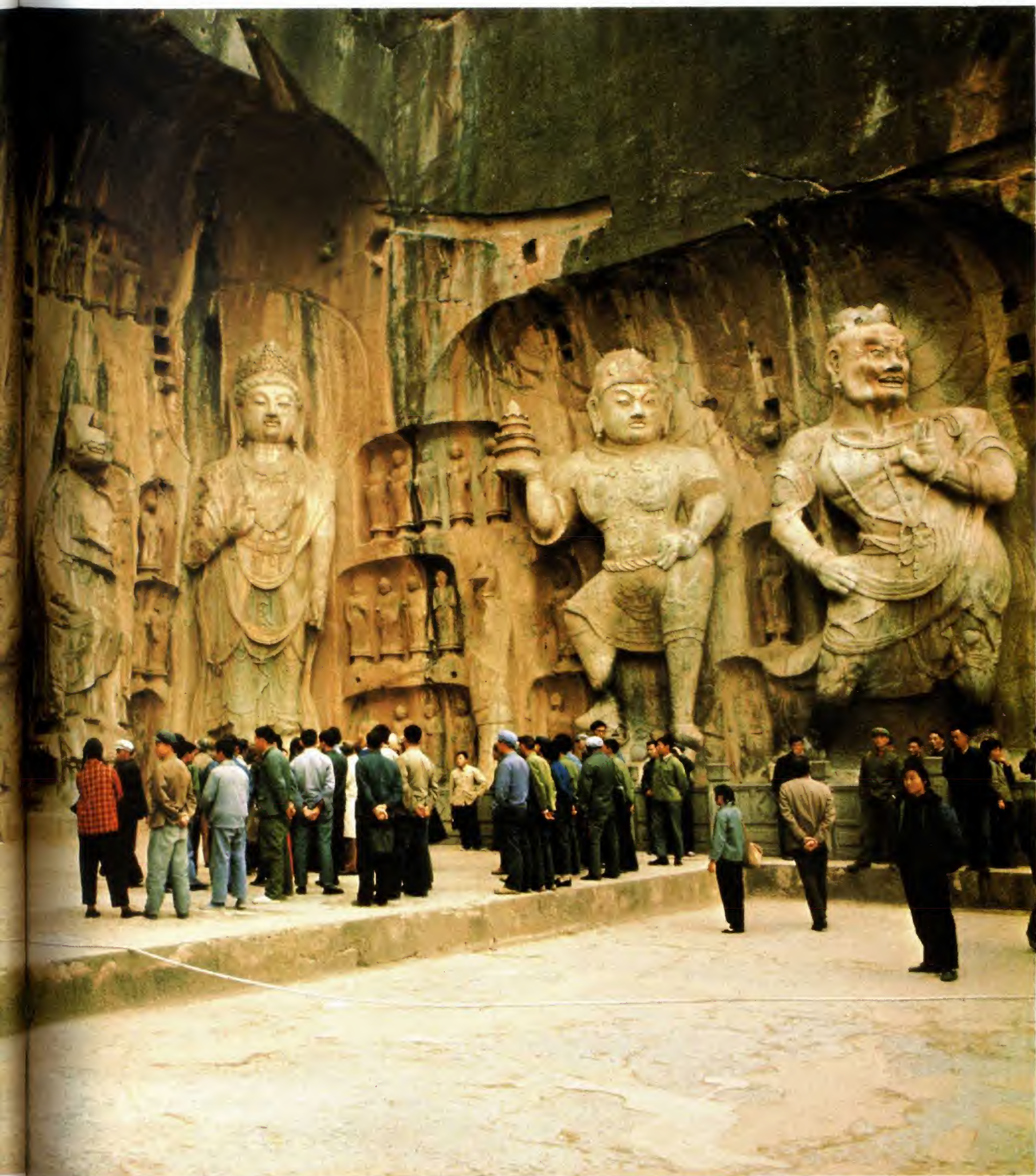
tro propio sistema, diseñado para nuestra propia historia, no encaja mejor. Lo legendario y lo clásico se mezclan en China: todavía no tenemos ninguna evidencia de la existencia de la dinastía Hia a través de la arqueología, pero tampoco tenemos razones válidas para rechazarla como una ficción. La época clásica china propiamente dicha, de Cheu a Han (1100 a.C. a 200 d.C.) tiene algunos fuertes puntos de parecido con el período casi contemporáneo de la era clásica occidental. El mundo conocido (China) estaba dividido entre muchos pequeños y algunos más grandes estados; había un vínculo cultural común; y al final el reino más poderoso conquistó a todos los demás y unió el mundo conocido en un imperio.

Pero también hay diferencias importantes. Ni Ts'in ni los estados que conquistó habían ascendido desde el estadio de pequeñas ciudades-estado, un tipo de política desconocida en la historia china. Todos habían sido reinos, o primitivos feudos, de cierta extensión, algunos no más grandes que los modernos reinos de Bélgica, Holanda o Dinamarca, pero otros de un tamaño más parecido al de Francia o España. Todos eran monarquías: no había ningún concepto de gobierno republicano ni idea de democracia. Los reyes gobernaban según leyes y ética morales; tenían que ser justos, sinceros, piadosos, y mostrar contención en su conducta y la de sus casas. Pero los súbditos juraban una lealtad absoluta al rey. Tampoco había esclavitud, o si había alguna era a muy pequeña escala: servidores domésticos, normalmente mujeres. La agricultura era llevada a cabo por el campesinado o los siervos, vinculados al suelo de sus señores feudales, pero no esclavos que podían ser comprados o vendidos en cualquier parte. Los historiadores chinos marxistas contemporáneos se han preocupado mucho por este problema. Según Marx y sus discípulos, tras un comunismo primitivo vino una economía basada en la esclavitud, que duró hasta que se derrumbó y fue reemplazada por la relación feudal siervo-señor. Pero en China sólo hay las más exiguas evidencias de esclavitud: cautivos de guerra, parece, en la época Chang, que pudieron ser utilizados para sacrificios humanos antes que como fuerza de trabajo. El ejemplo occidental simplemente no está presente.

El final del primer imperio central, comparable y casi contemporáneo al imperio romano, muestra también una secuencia distinta de acontecimientos, con algunas similitudes más bien superficiales. En China, como en Europa, hubo invasiones bárbaras, que no conquistaron todo

Vista general del templo cueva budista en Long-men, cerca de Lo-yang, Ho-nan. El contraste entre el tamaño de las estatuas y las figuras humanas en primer término realza las proporciones colosales de las estatuas.





el país, sino que dejaron una mitad (el sur de China, la contrapartida de Bizancio) bajo gobierno nativo. También hubo la introducción de una «religión universal»: el budismo en China, el cristianismo en Bizancio. Aquí terminan los parecidos y aparecen las diferencias. El sur de China no fue la parte más antigua, más civilizada y más populosa del imperio, como lo fueron Asia Menor y Grecia, sino la parte más recientemente conquistada y sólo ligeramente colonizada, el equivalente a las Galias y Britania. La auténtica China se hallaba bajo gobierno temporal extranjero, ejerciendo una fuerte y antes de mucho tiempo dominante influencia sobre los reyes extranjeros y sus pueblos. La parte china de China del sur fue desarrollada, colonizada y extendida hacia el sur por los gobernantes de Nankín. Lejos de reducirse, como hizo Bizancio, el sur del imperio chino siguió expandiéndose tanto en área como en población.

La llegada del budismo. El budismo era una religión extranjera, india, que llegó a China tras algunos siglos de desarrollo en la India y Asia central. No se opuso a las religiones existentes, sino que buscó rodearlas. No hizo

Derecha: Escultura budista en Yun-kang, cerca de Ta-t'ung, Shan-si. Los templos cueva datan del siglo IV/V d.C. y contienen la escultura budista más antigua de China.

Abajo: Interior de uno de los templos cueva en Yun-kang. La superficie de la roca está tallada en bajorrelieve.



ninguna declaración de inspirar o dirigir el gobierno, porque los gobiernos forman parte del mundo ilusorio de la fragilidad humana que el budismo busca trascender. Raras veces fue severamente perseguido: no hubo mártires, y sus oponentes, los confucianos, argumentaban sobre bases materiales que los monjes y monjas budistas no tenían derecho a practicar la castidad, que ponía en peligro la continuidad de la familia, y que los monarcas que favorecían el budismo fallaban en sus deberes y perseguían una ilusoria salvación personal a expensas de la autoridad moral y el gobierno justo.

En China la escultura fue un arte que tardó en desarrollarse. Aparte unas pocas piezas Chang de hueso y mármol tallados, están los bajorrelieves Han, pero la escultura de la forma humana quedó confinada a figuras de cerámica normalmente enterradas en tumbas. El budismo trajo consigo una nueva tradición, que en parte se fusionó con el arte existente del bajorrelieve, pero también introdujo en China el concepto de una figura autoestable, el Buda, en las distintas posturas que prescribía la iconografía religiosa. En los ejemplos más primitivos, principalmente en Yun-kang, cerca de Ta-t'ung, en el norte de la provincia



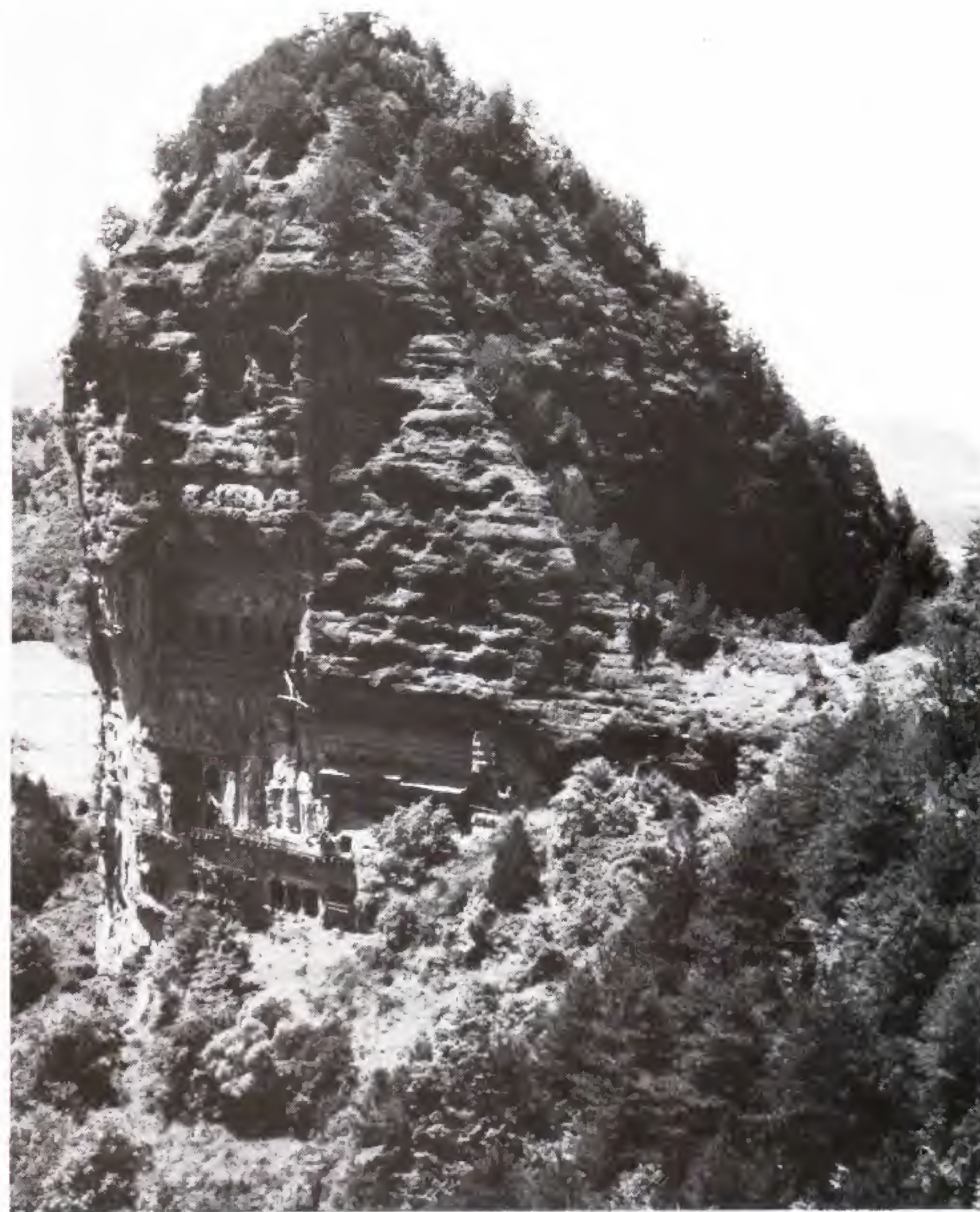
Arriba: Dos figuras de bronce doradas del bodhisattva Kuan-yin, una de ellas (izquierda) datada del 595 d.C. Estas estatuillas de la dinastía Suei se hallan entre los más antiguos ejemplos supervivientes hallados en China. Museo Británico.

Derecha: Maich'ishan —Montaña del Montón de Trigo—, en Kan-su, en el noroeste de China, es un templo cueva budista que data de la dinastía Wei (386-535 d.C.).

de Shan-si, la influencia extranjera es muy marcada; de hecho se ha conjeturado que los artistas no eran chinos. Trajeron consigo las huellas de la influencia grecorromana que había presidido el arte de Gandhara y otros yacimientos en la India y el Pakistán, por aquel entonces grandes centros de la fe y la cultura budistas. Gradualmente el arte se fue aclimatando a China, y experimentó una transformación que eliminó en buena parte los aspectos extranjeros más evidentes de las obras primitivas. Retuvo el carácter de arte religioso, y no parece que tuviera nunca una influencia identificable sobre los artistas seculares. No hay una escultura dedicada a la memoria de los grandes hombres, ni a las figuras míticas o tradicionales. La pintura podía ocuparse de estos temas, pero la escultura seguía

dedicada al Buda, aparte algunas raras excepciones como los relieves conmemorativos del emperador Kao-tsong examinados más abajo.

Los artistas chinos en este medio no se preocupaban por realzar las características humanas, ni por mostrar las cualidades del cuerpo humano. Concentraban su atención en los aspectos espirituales, el rostro calmado y remoto con respecto a los conflictos y emociones del mundo, iluminado por el conocimiento divino que conduce a la meta última del Nirvana. Las posturas son las de la meditación o, en algunos aspectos, reclinando tradicionalmente la figura del Buda en su lecho de muerte. Los templos cueva cerca de Ta-t'ung, en Yun-kang, estaban cerca de la capital de la dinastía tártara Wei en su período primitivo; más tarde los Wei se trasladaron al sur, a Lo-yang, y se iniciaron los grandes templos cueva, excavados en la cara del risco en Long-men, cerca de Lo-yang. La escala de estos monumentos es mucho mayor que la de Yun-kang, y la calidad del trabajo también es superior. Long-men siguió siendo un templo importante, constantemente apoyado y desarrollado bajo las dinastías Suei y luego T'ang hasta finales del siglo VII d.C. La emperatriz Wu fue quizá la última gran mecenas del templo de Long-men, pero la calidad de las estatuas ejecutadas bajo los Suei es la más espléndida, y representa el período supremo de escultura budista en China.





Escultura y pintura bajo los T'ang. Bajo la dinastía T'ang, el último siglo del desarrollo de Long-men, el estilo cambia. Hay una nueva tendencia hacia la humanización, y un declive proporcional en la espiritualidad de la obra. Los peregrinos que viajaban hasta el Asia central y la India traían de vuelta el nuevo culto del Amida Buda, menos espiritual y más popular que la anterior fe. Bajo su influencia hubo una creciente tendencia a retratar al Buda y a los bodhisattvas como humanos, y finalmente también como figuras femeninas. Kuan-yin, Avalokitesvara, «el que oye el lamento del mundo» y que da la espalda al Nirvana para ayudar a la humanidad sufriente, se convirtió gradualmente en una deidad femenina, Kuan-yin, «la dadora de hijos», y esta transformación, que no se completó hasta los siglos XI y XII, puede rastrearse hasta el siglo VII. Ya en mitad de ese siglo un indignado y erudito monje protestó de que los artistas tendieran a hacer que los bodhisattvas se parecieran a danzarinas, «de tal modo que cada dama de la corte cree que su aspecto es el mismo que el de un bodhisattva».

Las artes florecieron, por todo lo que podemos saber, más plenamente en el imperio septentrional, que había permanecido bajo las dinastías tártaras, que en el meridional, la región china más allá del Yang-tse. Hay algunos espléndidos ejemplos de escultura que datan de los Suei



Arriba: Botes en el Yang-tse. Durante siglos, los tramos más altos del Yang-tse eran navegados por estos botes, especialmente reforzados para resistir las furiosas corrientes de las gargantas y rápidos.

Izquierda: Bordado de las Cuevas de los 1.000 Budas, Tun-huang, Kan-su. «El Buda rezando en el Pico del Buitre». Sellada durante siglos, una de las cuevas ha conservado toda una serie de finas telas en la seca atmósfera del noroeste de China. Siglo IX. Museo Británico.

y las dinastías meridionales ligeramente anteriores cerca de Nankín, y también en Ling-yinssu, un famoso monasterio cerca de Hang-cheu, pero no hay ningún templo comparable a los bien conocidos templos cueva de Yun-kang y Long-men, ambos cercanos a capitales de las dinastías septentrionales. Maich'ishan, un yacimiento que durante mucho tiempo ha permanecido descuidado y casi olvidado, fue redescubierto hace pocos años, y ha demostrado ser uno de los centros más importantes de escultura budista. Situado al sudoeste de Kan-su, no lejos de la frontera con Shen-si, y de Ch'ang-ngan, gozó de un fuerte patronazgo bajo las dinastías Wei y Sui en los siglos V y VI y de nuevo bajo la Song en el XI. Aunque todavía era un centro de peregrinaje bajo los Ming, fue olvidado por los eruditos hasta ser redescubierto durante la guerra con los japoneses en los años 1940, cuando muchos de ellos buscaron refugio en estas regiones occidentales.

Los templos cueva de Tun-huang, en el extremo occidental de la provincia de Kan-su, un área remota, se hallaban en la principal ruta de caravanas de China a Asia central y más allá. Durante los turbulentos años de la caída de la dinastía T'ang, parte de una de las cuevas fue sellada, y no se redescubrió hasta principios del siglo XX, cuando buena parte del material fue enviado a Europa por sir Aurel Stein y Pelliot. Las cuevas contienen un enorme número de murales pintados a lo largo de un espacio de seis siglos, desde los Wei septentrionales a los primeros Song. Los temas son budistas, pero incluyen algunas escenas narrativas de viajes y caza, luchas y escenas domésticas, ilustrando *jatakas* (antiguas vidas del Buda). Pues-

to que sobrevive muy poco arte pictórico del período T'ang aparte estos murales sepulcrales y los de Tun-huang, su importancia para una evaluación de la naturaleza y estilo de las pinturas chinas de este período no tiene rival.

Las pinturas budistas de esta era siguen en general las líneas y el estilo de la escultura. Las figuras se muestran en las posturas convencionales de meditación, las características humanas son poco remarcadas y se enfatiza la fuerza espiritual. También es probable que en esta distante región fronteriza las influencias de las tierras budistas del oeste fueran aún fuertes y por lo tanto se siguieran. Las imágenes narrativas sugieren también estas influencias; los guerreros se muestran llevando lo que parecen ser cotas de mallas, que no eran comunes en China, y el tratamiento del paisaje y las figuras recuerda a veces el arte persa tardío. De hecho, en el mundo musulmán el arte chino, en especial las pinturas y la cerámica, gozaba de una gran reputación, en particular desde el siglo IX hasta el XIV. Al menos queda claro que hay una neta división de estilo

Parte de una estela de piedra de la dinastía Wei (386-535 d.C.). Este arte fue uno de los medios favoritos del período. Los temas son normalmente de iconografía budista, como en este ejemplo. Museo Metropolitano, Nueva York.

entre el arte de Tun-huang y el que prevaleció en China a partir del período Song, cuando sobrevivieron suficientes pinturas como para permitirnos efectuar una clara evaluación. Los murales T'ang en tumbas como la de la princesa Yong T'ai cerca de Ch'ang-ngan tienen claramente una íntima relación con las de Tun-huang, pero difieren agudamente de las pinturas de paisajes del período Song. En el período T'ang China se hallaba en el cenit de su cultura e influencia; al menos es posible que su arte influenciara a los países de su oeste, que en aquella época recién habían iniciado la conquista musulmana.

El budismo hizo mucho por transformar el arte chino, poco para efectuar profundos cambios en el sistema social, y apenas tuvo ningún efecto en la teoría y práctica del gobierno o la educación.

Partición del imperio. Si el imperio Han puede equipararse aproximadamente al de Roma, y ser considerado como clásico tardío, entonces no hay en China ningún auténtico equivalente al oscurantismo de la Edad Media que permea la historia de Europa. Las invasiones bárbaras, aunque destructivas a nivel de riqueza material, ciudades y pueblos, no dieron como resultado ninguna mutación del idioma chino, ni la desaparición de la alfa-



betización o la discontinuidad de los registros escritos. Se sabe tanto de la historia de los siglos III a V en China como de cualquier otra época. Los bárbaros eran pequeños en número, y fueron absorbidos rápidamente por la inmensa mayoría china de los súbditos del imperio del norte. Para gobernar a esta mayoría los emperadores tártaros tuvieron que emplear a los chinos eruditos como funcionarios públicos, y también como gobernadores militares; los matrimonios entre las dos clases dirigentes, tártara y china, fueron frecuentes, y así se fusionaron gradualmente en una aristocracia que dominó el gobierno y estableció muy a menudo una nueva dinastía, en general de corta vida. Esto se hizo más evidente después de la caída de la familia gobernante Wei, o de la estirpe tártara Toba, que fue la única dinastía que perduró durante más de un siglo, del 424 al 535 d.C., tras lo cual se escindió en dos regímenes rivales, ambos de breve duración. Los Wei —conocidos característicamente por el nombre dinástico chino que adoptaron— fueron fuertes defensores del budismo, y su reinado se recuerda sobre todo por su contribución a los nuevos estilos de arte, en particular la escultura, que florecieron en su época.

El imperio del sur, gobernado por los chinos, tuvo también una historia política agitada, y vio un desarrollo similar de nuevas formas de arte, en particular la poesía. Tras la pérdida del norte de China, la casa gobernante de la dinastía Tsin huyó al sur, acompañado por muchos miles de refugiados, y estableció el imperio meridional con su capital en Nankín. Allí gobernaron durante algo más de 100 años (317-419 d.C.), y fueron seguidos por cuatro cortas dinastías, llamadas así, aunque de hecho eran en realidad dictaduras militares fundadas por un gobernante fuerte y sucedidas por breves intervalos de sucesores débiles, cada uno de los cuales fue derribado por el siguiente aristócrata militar lo suficientemente fuerte como para desplazarlo y vencer a sus propios rivales. En contraste con esta debilidad política, la vida cultural de Nankín era sofisticada, elegante e innovadora. Se cultivaron la poesía, la literatura y las artes. Las más antiguas obras maestras de la pintura supervivientes, aparte unos pocos murales de fecha Han, son fragmentos de un intenso arte, descrito y criticado completamente en la literatura de la época, pero que no ha llegado hasta nosotros o es conocido tan sólo por algunas raras copias posteriores.

En consecuencia, no hubo ningún tipo de oscurantismo: los historiadores confucianos que más tarde, bajo los T'ang, compusieron las historias dinásticas del período de división entre los imperios del norte y del sur deploraron la inestabilidad política, la partición del imperio y el declive del gobierno civil (y con él los privilegios de su propia clase); y en particular criticaron a los monarcas de las

varias dinastías por su apoyo al budismo, el olvido de la erudición confuciana y la indulgencia hacia el nuevo desarrollo del taoísmo, antiguamente una filosofía quietista pero que ahora se estaba convirtiendo en una popular religión mágica y mística. Su juicio de este período es subjetivo, y omite de la hoja del balance la profunda influencia artística del budismo y la inspiración que poetas y hombres de letras derivaron del nuevo taoísmo.

El taoísmo, con su interés hacia la magia y su búsqueda del *elixir vitae*, que podía conferir la inmortalidad a aquellos que podían encontrarlo, y de la piedra filosofal, la sustancia que, en la combinación correcta, podía transmutar la escoria en oro, sentó los cimientos, por inseguros que fueran, de la investigación científica: los subproductos de la búsqueda de estas sustancias mágicas condujeron al descubrimiento de las funciones del magnetismo y la invención de la pólvora. Éstos no son asuntos que preocuparan a los historiadores oficiales; sólo se mencionan para condenación, y por lo demás son ignorados. La calidad cultural del período de partición sólo puede conocerse y apreciarse bien a través del campo más amplio de la literatura, los escritos de los poetas, los eruditos taoístas y los monjes budistas. Hoy en día se acepta que estas creencias de los taoístas fueron, en cierta forma, llevadas a Europa y hallaron su hogar primero en Alejandría, centro del comercio romano y bizantino tardíos con los demás países de Asia. Existen ya evidencias, del período inmediatamente posterior a la caída del imperio Han en el siglo III d.C., de comunicaciones por mar (así como por largas rutas de caravanas a través del Asia Central) con el oriente romano y los puertos egipcios del Mar Rojo.

El budismo, para el cual la India era la tierra sagrada, inspiró a los peregrinos chinos a efectuar el peligroso y largo viaje hasta ese país en busca de mejores copias de los sutras y los escritos sagrados, reliquias del Buda y una más perfecta comprensión de su fe. Viajaron por ambas rutas, a menudo yendo por tierra y regresando por mar, tras haber experimentado los terrores y peligros de cruzar las grandes cordilleras que separan el Asia central de la India. Los peligros del mar no eran sin embargo inferiores: aparte los piratas, la navegación se efectuaba todavía principalmente costearo a vela, con ocasionales y peligrosos intentos de cruzar por mar abierto en navegación a estima, o con la orientación del sol y de la luna. Uno de tales viajes, del peregrino Fa Hsien, que se embarcó en o cerca de Palembang, en Sumatra, no tocó tierra hasta divisar la costa de Shan-tung, después de más de 50 días en el mar y cerca de 1.600 kilómetros al norte del destino del barco en Cantón. No es extraño que el peregrino creyera que fue la protección del Buda —y su propia misión sagrada— la que lo condujo a buen término de su peligroso viaje.

Reunificación del imperio. En el año 589 d.C. el dividido imperio fue reunido, en una rápida y casi incruenta campaña, por el primer emperador de la nueva dinastía Suei, que había desplazado la última denominada dinastía tártara, la posterior Cheu. Yang Chien, el nuevo emperador, era de hecho el cuñado del último gobernante Cheu. Era de descendencia china por parte paterna, y en consecuencia, desde el punto de vista de los historiadores, chino. Como muchos de sus contemporáneos en la aristocracia militar, era en realidad de sangre mixta. Sin embargo, fue el hecho de que contaba como «chino» lo que le ayudó a derribar a la débil dinastía Ch'en en Nankín. Hubo otros factores más importantes. No existe una auténtica frontera geográfica entre el norte y el sur de China en la parte oriental de su longitud, la gran llanura septentrional. Al oeste, en la provincia de Sse-ch'uan, la alta cordillera de Ts'ing-ling es una auténtica divisoria de aguas: en el tramo medio del Yang-tse, la provincia de Hu-pei, la cordillera de Ta Pa-shan (que significa montañas de la gran diferencia) separa el húmedo valle arroce-

ro del Yang-tse de las más secas llanuras de Ho-nan, donde se cultiva el trigo y el mijo, un hecho que ha dado su nombre a la región. Pero al este de la Ta Pa-shan no hay cordilleras; el valle del Yang-tse se funde con la llanura cruzada por el río Huai, una serpenteante corriente de agua que ha recibido a menudo todo el volumen del río Amarillo cuando éste ha cambiado su curso hacia el sur, en vez de hacia el norte, de la provincia de Shan-tung.

Esta región de pantanos, lagos y llanuras no presenta ninguna frontera ni límites ecológicos definidos. El arroz y el trigo se mezclan, según el suelo y la irrigación antes que el clima. Sólo cerca del Yang-tse predomina el arroz, sólo al norte del Huai es el trigo la cosecha principal. En consecuencia, en la esfera de la guerra y la política, no hay una auténtica frontera. Los ejércitos pueden avanzar con facilidad de norte a sur en la estación seca; ninguna característica local separa las costumbres entre una sección de la población y la otra. El área ha sido a lo largo de toda la historia el campo del Armagedón chino, el escenario de las grandes batallas decisivas que han unido o dividido China. Aquí los ejércitos de Ts'in destruyeron el poder de su último gran oponente, el reino meridional de Ch'u; aquí también el fundador de la dinastía Han aplastó al fin a su rival, también un príncipe del sur. El imperio del sur

La llanura de Pao-shan, en el Yun-nan. Este distrito se halla entre los ríos Mekong y Saluén, a una altitud de unos 1.200 metros. En el clima subtropical del Yun-nan puede cultivarse el arroz hasta los 2.000 metros.



de China bajo la dinastía Tsin rechazó decisivamente la gran invasión tártara en la batalla de Fei Shui el año 387 d.C., y así confirmó la partición del imperio durante otros 200 años. La historia prosigue hasta los tiempos modernos: la batalla del Huai-Hai en 1948 fue la victoria decisiva que estableció el régimen comunista de la República Popular China. Todos estos encuentros, y muchos otros, fueron luchados en gran parte sobre el mismo terreno, en la misma región, y por la misma razón: que éste es el territorio a través del cual los invasores del sur pueden avanzar de forma más conveniente.

Así, no sólo hubo una auténtica razón geográfica para la continuada partición de China; existía también un fuerte factor topográfico que llamaba a la reunión cuando un régimen septentrional era lo bastante fuerte como para unir el norte de China y dirigir sus abrumadoras fuerzas contra el sur. El norte de China, la gran llanura, y las provincias montañosas de Shan-tung y Shan-sai que lo bordean (al este y al oeste de la llanura respectivamente), eran en épocas primitivas no sólo mucho más populosas que el valle del Yang-tse y su cuenca sur, sino mucho más fácilmente unidas en una potencia fuerte. Ningún rasgo natural significativo separa sus provincias. La tarea de Yang Chien de la dinastía Sui fue así infinitamente más fácil que la que Justiniano de Constantinopla, y más tarde Carlomagno de Francia, intentaron y no consiguieron llevar a cabo: la reunión del imperio romano. Tenían

La plantación de té de Meng-shan, celebrada por el té Meng Ting que en sus tiempos estaba reservado a los emperadores. Se halla en la provincia de Sse-ch'uan, en el oeste de China.



mares que cruzar, además de cadenas montañosas; el conquistador chino del sur sólo tenía que hacer avanzar su ejército a través de una plana llanura hasta las orillas del Yang-tse al otro lado de Nankín.

El reunido impero bajo la corta vida de la dinastía Sui (581-618 d.C.), y luego la larga dinastía T'ang (618-906 d.C.), forma la segunda parte de lo que llamamos la Edad Media de la historia china. Pero, al contrario que nuestra Edad Media, fue un período de fuerte gobierno imperial centralizado y unido, no uno en el que emergieran lentamente nuevas naciones estado con distintos lenguajes y costumbres. En occidente, la esperanza o la creencia en la restauración de la unidad romana se fue desvaneciendo; en China, el recuerdo de la era de partición fue deplorado, la nueva unidad bien recibida y aclamada como el orden natural de las cosas, para el que cualquier separatismo era un crimen. La actitud persiste: «dos Chinas» (la continental y Taiwán) es una solución occidental al problema contemporáneo, que tanto comunistas como nacionalistas rechazan apasionadamente. Desde la reunificación de China por los Sui, y su consolidación por los T'ang, China ha permanecido unida durante períodos mucho más largos que los que ha estado dividida. El breve medio siglo que siguió a la caída de los T'ang (906-960 d.C.) no fue ni siquiera el tiempo de una vida. Las conquistas tártaras y mongoles del norte de China, que forzaron a los Song a gobernar sólo en el sur, se mantuvieron tan sólo 150 años, de 1127 a 1280 d.C., cuando los mongoles, conquistando toda China, reunieron el imperio, aunque bajo dominio extranjero. Fueron directamente reemplazados por la dinastía china de los Ming, y éstos a su vez, tras una larga guerra, por la manchú, o Ts'ing. La república, tanto pre como post revolución, mantuvo la unidad del imperio anterior. Desde el siglo XII y XIII no ha permanecido China dividida entre gobiernos rivales establecidos.

Reformas bajo los primeros T'ang. Durante este período la estabilidad política se mantuvo durante largos períodos de tiempo; el desarrollo cultural, por otra parte, se vio marcado por grandes cambios, lo mismo que el sistema social y la economía. Si, ignorando las más bien engañosas divisiones de la era en sucesivas dinastías, se toma ésta como un todo desde los Sui hasta los Song, estos cambios se vuelven más coherentes y explicables. Los T'ang reorganizaron el imperio unido sobre una serie de líneas que, para su tiempo, eran mucho más avanzadas que cualquier cosa que pudiera hallarse en otras partes del mundo. El gobierno estaba compuesto cada vez más, si no enteramente, por funcionarios públicos elegidos a través de exámenes, abiertos a casi todas las clases (si podían obtener la educación necesaria). La clase excluida no era

una desprivilegiada: los miembros de la propia familia imperial. El ejército era principalmente una fuerza fronteriza que guardaba los límites nómadas del norte. Era profesional, no feudal, y no estaba mandado por una aristocracia hereditaria. Los impuestos y las finanzas se hallaban bajo el control directo de la corte, el sistema de posesión de las tierras se hallaba también bajo el control del gobierno, y por primera vez en la historia se efectuó un censo exacto de los súbditos del imperio, incluidos (como han mostrado las declaraciones de impuestos descubiertas) mujeres y niños. El mejor de estos censos, efectuado el año 754 d.C., da un total de 52.880.488. Sea completamente exacto o no, muestra una población mucho más grande que la de cualquier otro reino o imperio contemporáneo.

La unidad y cohesión del imperio T'ang duró casi 150 años, del 618 al 755 d.C., sin ninguna rebelión interna o desorden serio, aunque esto no reflejaba exactamente la situación en la corte, donde el problema de la sucesión seguía siendo un peligro. El heredero de T'ai-tsong resultó inadecuado: fue reemplazado por un hijo más joven que, cuando ocupó el puesto, cayó bajo los encantos de su futura emperatriz, Wu Chao, conocida luego como la emperatriz Wu Tse-tien. Gobernó durante muchos años en nombre de su débil y enfermizo esposo, el emperador Kao-tsong. A la muerte de éste su hijo, que le sucedió, y que era también un carácter débil, se halló bajo la dominación de su esposa, la nueva emperatriz Wei. No se trataba de una situación que la emperatriz Wu estuviera dispuesta a aceptar. En el plazo de un mes el nuevo emperador era depuesto, y la aún suprema emperatriz Wu situaba a su segundo hijo en el trono, una soberanía puramente nominal que cubría su propia e indiscutida autoridad. Unos años más tarde se sintió lo suficientemente segura como para hacer que abdicara también, y ocupó ella el trono, la primera y única mujer en ocuparlo en toda la historia china. Tras su muerte hubo un corto y tumultuoso intervalo en la cual la anterior y ahora restablecida emperatriz Wei, luego su hija, y después la hija de la emperatriz Wu, intentaron sucesivamente emular la carrera de la gran emperatriz. Todas fracasaron, y el poder pasó a uno de los nietos de Wu, el celebrado emperador Hiuan-tsong, apodado Ming Huang, «el Brillante Emperador». Cabe señalar que él también llegó al poder gracias a un golpe de estado, no era el hijo mayor de su padre, el emperador Jui-tsong, y en consecuencia no era más heredero legítimo de lo que lo había sido la emperatriz Wu. Pero vivió en armonía con sus hermanos, estableció el orden y la paz, y tuvo un largo reinado, sólo estropeado hacia su final por la gran rebelión de Ngan Lu-shan (755 d.C.).

Este acontecimiento divide la dinastía T'ang en dos

períodos casi iguales: los primeros 150 años de fuerte gobierno central y constante paz interna, y el segundo período de casi exactamente la misma duración, 755-906 d.C., en el que la anterior autoridad del gobierno central nunca fue completamente restaurada y los gobernadores provinciales militares rivales se convirtieron en factores políticos de gran importancia. No hubo, hasta la disolución final de la dinastía, ningún declive en la alta calidad de la cultura y el arte de la era T'ang. Pero una serie de cambios sociales de gran importancia, que se habían iniciado en el período anterior, fructificaron en una era posterior.

La sociedad bajo los últimos T'ang. En la actualidad los historiadores de China aceptan generalmente que la parte media del período T'ang, marcada convenientemente por la rebelión de Ngan Lu-shan, es una divisoria histórica más significativa que la caída final de la dinastía el 906 d.C. El gran cambio que tuvo lugar en estos siglos fue el declive y el virtual eclipse de las antiguas familias aristocráticas que habían dominado el gobierno desde la caída de la dinastía Han, y su reemplazo gradual por la clase media instruida, que fue alcanzando sus posiciones de poder e influencia por medio del éxito en los exámenes para el servicio en la administración pública. El ascenso de esa clase social fue conscientemente ayudado por la política de los primeros gobernantes T'ang: T'ai-tsong, reviviendo y amplificando el sistema tentativo de exámenes Suei, y la emperatriz Wu con su antipatía hacia la aristocracia —que en su mayor parte le devolvió el sentimiento— y la promoción de los hombres «oscuros» pero con talento.

Los motivos de estos poderosos gobernantes no eran idénticos: el emperador deseaba reducir el poder de la clase que tenía más probabilidades de proporcionar un rival para su trono; la emperatriz, más directamente, eliminar a los hombres poderosos que seguramente buscarían desposeerla de su poder. El resultado de sus acciones coincidió con una serie de fuerzas sociales que ya estaban en ascenso. La unidad interna del imperio y la seguridad de la frontera con los nómadas del norte se combinaron para reducir la actividad y el valor de una aristocracia militar. El ejército fronterizo de servicio en una región relativamente lejana y dura no era una perspectiva atractiva a los cortesanos que perseguían una carrera política. La paz interna privó a la aristocracia de la excusa o la necesidad de organizar ejércitos dentro del imperio. Durante muchos años retuvieron el derecho de nombrar a sus protegidos para la administración pública, pero estos nominados se veían cada vez más en competencia con los graduados examinados para cubrir el funcionariado civil, y el *esprit de corps* de la administración en sí tendía a re-

alzar el status y las posibilidades de los graduados antes que de los nominados. Otro factor que ayudó a la ascensión de la clase media fue la relativa seguridad de las comunicaciones en una vasta área, la mezcla en la capital de hombres de remotas provincias, del norte y del sur, del este y del oeste, que tendía a crear un sentimiento de nacionalidad común entre la clase instruida, enfocada en la lealtad al trono y a la dinastía, de la que dependían sus carreras y de donde conseguían su influencia.

Otro cambio muy importante en el período T'ang fue el desarrollo y crecimiento económico en la mitad sur de China, el antiguo imperio separado del sur. El proceso se había iniciado bajo las cortas dinastías que habían gobernado el sur, pero continuó con mucha más fuerza. La población creció, se abrieron nuevas áreas para la colonización, y la apertura de comunicaciones seguras entre el norte y el sur proporcionó mercados más amplios para los productos del sur que hasta entonces sólo habían tenido un alcance local. Fue en el siglo VIII d.C. cuando el gobierno central impuso por primera vez un impuesto sobre el té. Hasta entonces había sido una bebida medicinal, que no se tomaba diariamente ni de forma habitual. La difusión del hábito desde el sur, donde se cultivaba el té, y la prevalencia de la nueva costumbre en todas partes del imperio, lo convirtió en un blanco para los recaudadores de impuestos: hasta que se convirtió en un hábito muy extendido, el coste de la recolección no lo había hecho valioso. La región de Cantón, al extremo sur de China, adquirió su distintivo dialecto, que aún retiene, del muy grande asentamiento de los chinos septentrionales que se produjo durante el período T'ang. No todos los nuevos colonos fueron voluntarios; era un lugar favorito donde enviar a los exiliados, muchos de los cuales eran ofenso-

res políticos de las familias refinadas. El cantonés «ah» como prefijo a un apodo (Ah Wang, Ah, Li, etc.) no se halla hoy en ningún otro dialecto chino; pero fue de uso en la corte en tiempos de la emperatriz Wu, como demuestran fragmentos de conversaciones imperiales conservados en los textos de la historia dinástica. En la siguiente época el sur sería un socio económico al menos igual al norte, y en épocas posteriores se convertiría en la mitad más rica de China. El sur escapó de la devastación de la rebelión de Ngan Lu-shan y permaneció en paz durante dos siglos.

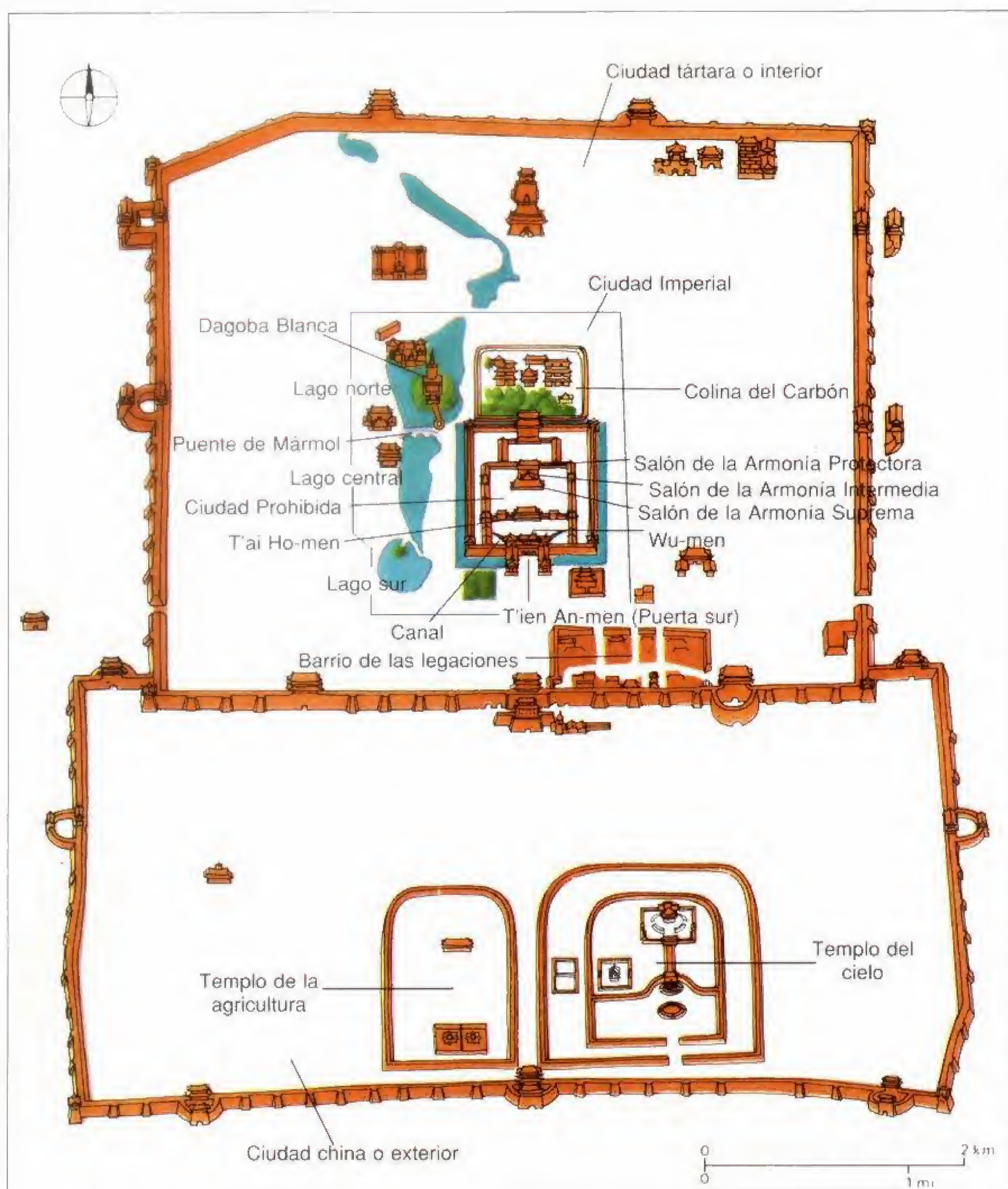
Las consecuencias de estos cambios en los aspectos sociales y políticos de la civilización china han sido duraderas. El último imperio hasta hoy refleja la nueva sociedad que brotó en tiempos de los T'ang, una en la que la educación contaba más que la descendencia y donde los funcionarios públicos estaban por encima de los oficiales militares. El trono adquirió una nueva estabilidad, las dinastías duraron varias generaciones. La unidad del imperio se convirtió en un ideal común aceptado universalmente, que incluso cuando se vio temporalmente negada por una partición —impuesta por una conquista parcialmente extranjera— se convirtió en el supremo objetivo de la política. El gran héroe de la China posterior fue Yueh Fei, un general que resistió con éxito a los invasores tártaros bajo los Song; los dos grandes villanos nacionales son Ts'in Kuei, que apaciguó a los tártaros y sacrificó a Yueh Fei a esta política, y Wu San-kuei, que se puso del lado de los manchúes contra la tambaleante dinastía Ming. Así, el período T'ang y las fuerzas que emergieron durante él son las que modelaron la historia posterior de China, y también aquellas que señalan el período primitivo como diferenciador en carácter social, y también en el arte y en la vida económica.

La Ciudad Prohibida

La Ciudad Prohibida de Pekín es el único ejemplo existente de un palacio imperial en China. Es conocida por referencias literarias y por planos anteriores, y en menor extensión por la arqueología, ya que la planta y probablemente los rasgos arquitectónicos principales siguen de cerca un diseño antiguo, pese a que el palacio actual fue construido entre los años 1405 y 1420 d.C. El palacio rectangular, amurallado y provisto de un foso, está encerrado dentro de otro rectángulo, amurallado pero no fortificado, llamado la Ciudad Imperial, que estaba reservada como residencia para los funcionarios. En el ejemplo más antiguo, la Ch'ang-ngan T'ang, la Ciudad Imperial tenía el palacio anexo en la parte sur, pero no lo englobaba. Ambos, en todos los ejemplos que nos han llegado, estaban encerrados dentro de los muros de la capital en sí.

La alineación tiene que ser de norte a sur. El salón del trono en sí ha de mirar al sur. Los dos tercios meridionales del palacio de Pekín consisten en grandes puertas, patios, salas de audiencia con edificios administrativos que las flanquean: es puramente ceremonial y para asuntos oficiales. El tercio norte es la parte residencial, dividida en pequeños patios con jardines y caminos para la intercomunicación, y planeada como una pequeña ciudad china; pero estaba habitada tan sólo por un varón adulto, el emperador. Sus hijos pequeños vivían allí bajo el cuidado de la emperatriz, las concubinas imperiales, las mujeres ayudantes y un largo servicio de eunucos. Nadie más tenía permitida la entrada. La disposición del palacio T'ang parece por los planos que era muy similar.





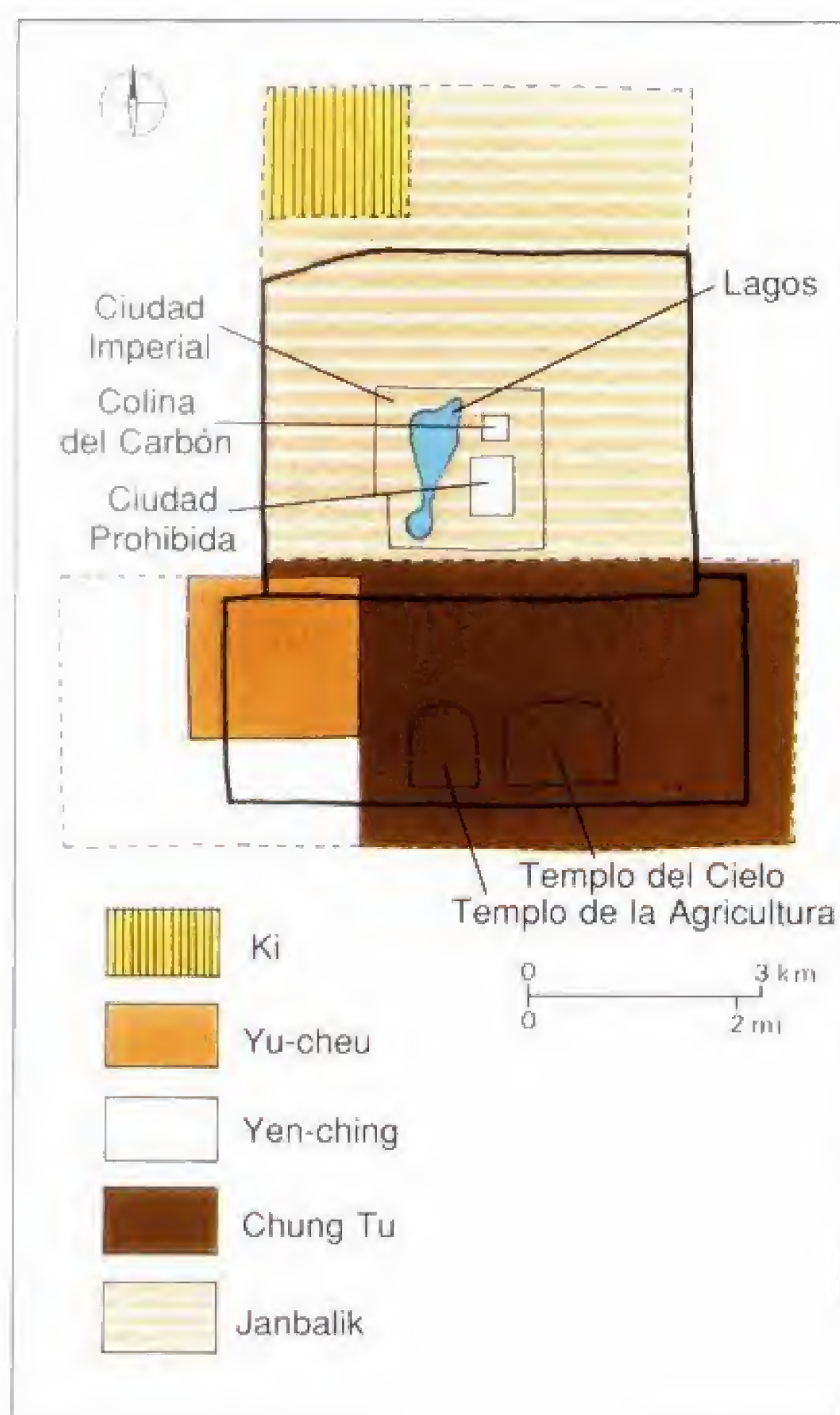
Página anterior: La T'ien An-men, la Puerta de la Paz Celeste, la puerta exterior sur de la Ciudad Prohibida. El retrato de Mao Tse-tung está encima de la entrada.

Plano de Pekín tal como era en 1949, antes del régimen comunista. Por aquel entonces no había ninguna zona construida más allá de las murallas. Dentro, aparte el nuevo edificio en el barrio de las legaciones (después de 1900), la ciudad permaneció tal como era en las dinastías Ming y Ts'ing (manchú). La ciudad china o exterior fue amurallada mucho más tarde que la ciudad norte original.



Plano de Ch'ang-ngan en el siglo VII d.C. La literatura histórica china ha conservado planos y mapas del Ch'ang-ngan de la dinastía T'ang. La actual Si-ngan (o Sian), tal como fue refundada por los Ming, sólo cubría el palacio y las ciudades imperiales de los T'ang, y utilizó las murallas originales. La población T'ang excedía de un millón. El Ta Ming-kung, o Gran Palacio Brillante, fue construido por el emperador T'ang T'ai-tsong en el año 634 d.C.: en la actualidad sólo se conservan las terrazas sobre las que se alzaban los salones. La Calle del Cielo, la avenida central, ahora un camino de carros, conduce hasta la Gran Pagoda Golondrina, aún en pie. El Palacio Imperial tenía un origen anterior al período T'ang, y su plano era asimétrico en comparación con el de Ta Ming-kung o la Ciudad Prohibida. La Ch'ang-ngan T'ang fue destruida el año 906 d.C.

Derecha: Plano de Pekín y las ciudades que ocuparon antiguamente el mismo lugar. Pekín es un emplazamiento urbano antiguo. La primera ciudad fue Ki, capital del estado feudal de Yen. Yu-cheu fue una prefectura T'ang, destruida el año 986 d.C. Yen-ching fue la capital de la dinastía rártara Liao. Luego se convirtió en Chung Tu, capital de los Tsin; como Janbalik o T'ai Tu fue la capital mongol que conoció Marco Polo. La ciudad actual fue refundada por el Ming Yong-lo el año 1410 d.C.



Abajo: Vista de la Ciudad Prohibida, Pekín, desde el sudeste. El techo más alto es el del T'ai Ho-tien, el Salón de la Armonía Suprema, el salón del trono y principal sala de audiencias. Los techos están cubiertos con tejas vidriadas amarillas, un símbolo de rango imperial, ya que el amarillo es un color reservado al monarca.





Arriba: La Wu-men, la Puerta Militar, de la Ciudad Prohibida de Pekín. Es la segunda y la más interior puerta sur. Era el cuartel general de la guardia imperial. Más allá de ella no había estacionados soldados, sus acuartelamientos se hallaban en el patio entre T'ien An-men y Wu-

men. Los senderos dentro de la muralla exterior dan acceso a las otras tres puertas exteriores.

Abajo: El patio entre la Wu-men y la T'ai Ho-men. Este patio está cruzado por un serpenteante canal cruzado por cinco puentes. Se halla flanqueado por edificios

utilizados como oficinas y conduce a la T'ai Ho-men, la Puerta de la Gran Armonía, que a su vez se abre al patio que da frente al T'ai Ho-tien.

Página opuesta, arriba: El T'ai Ho-tien, el Salón de la Armonía Suprema. Este edificio, que constituye el salón del trono y la principal sala de audiencias, es el punto central del palacio (y, desde el antiguo punto de vista chino, del mundo). Las perfectas proporciones y la gracia de este inmenso salón hacen de él una de las obras maestras de la arquitectura mundial.

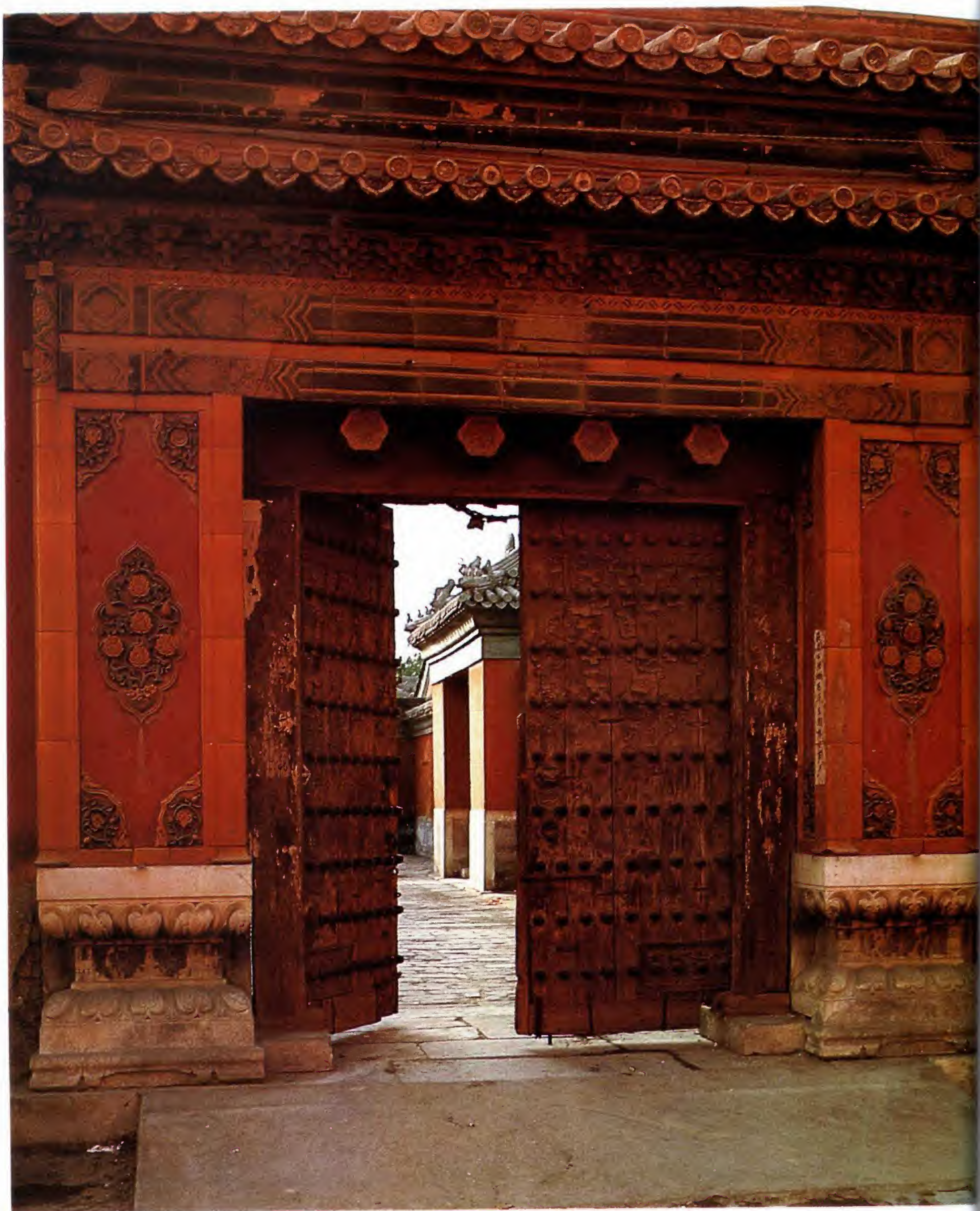
Página opuesta, abajo: Losa de mármol con un dragón en bajorrelieve. Ésta y otras losas similares pero más pequeñas se hallan situadas entre los tramos de escalones que ascienden hasta los salones del trono. El palanquín imperial pasaba por encima de ellas, conducido por hombres a cada lado. Las losas proceden de Ta-li, en la provincia de Yun-nan, a 3.000 kilómetros de distancia, y fueron arrastradas por encima de las montañas y conducidas flotando sobre ríos y canales hasta Pekín, un duro viaje en aquellos días: tras un «accidente» en la cantera cuando una de las losas se rompió, su tamaño fue reducido.





Derecha: El Salón de la Armonía Intermedia y el Salón de la Armonía Protectora (Chung Ho-tien y Pao Ho-tien) están alineados sobre una terraza común detrás del Salón de la Armonía Suprema. Eran utilizados para audiencias menos formales y para las transacciones de los asuntos cotidianos del gobierno imperial.







Izquierda: Detalle arquitectónico. La cornisa muestra una hilera de figuras sobre la ménsula y las tejas. Tradicionalmente, los espíritus malignos hallan más fácil entrar en una casa por la cornisa, y así éstas son provistas de espíritus guardianes para que los repelan. Los ejemplos de Pekín son estilizados y convencionales.

Página opuesta: Portal que conduce a la parte residencial del palacio. Hay dos grandes puertas de madera y un elaborado dibujo en el enlosado que rodea el portal. Debía de estar guardada por eunucos, puesto que ningún varón, funcionario o no, podía entrar en el área residencial. Los médicos, estrictamente vigilados, puede que fueran la excepción.

Abajo: Un cuenco de bronce dorado de enormes dimensiones se alza en el patio delante del Salón de la Armonía Suprema. Hay otros: eran depósitos de agua como protección contra el fuego, un serio peligro puesto que las paredes de separación de los salones son de madera, y sólo las paredes de los extremos son de ladrillo. Las columnas y las vigas del techo también son de madera.



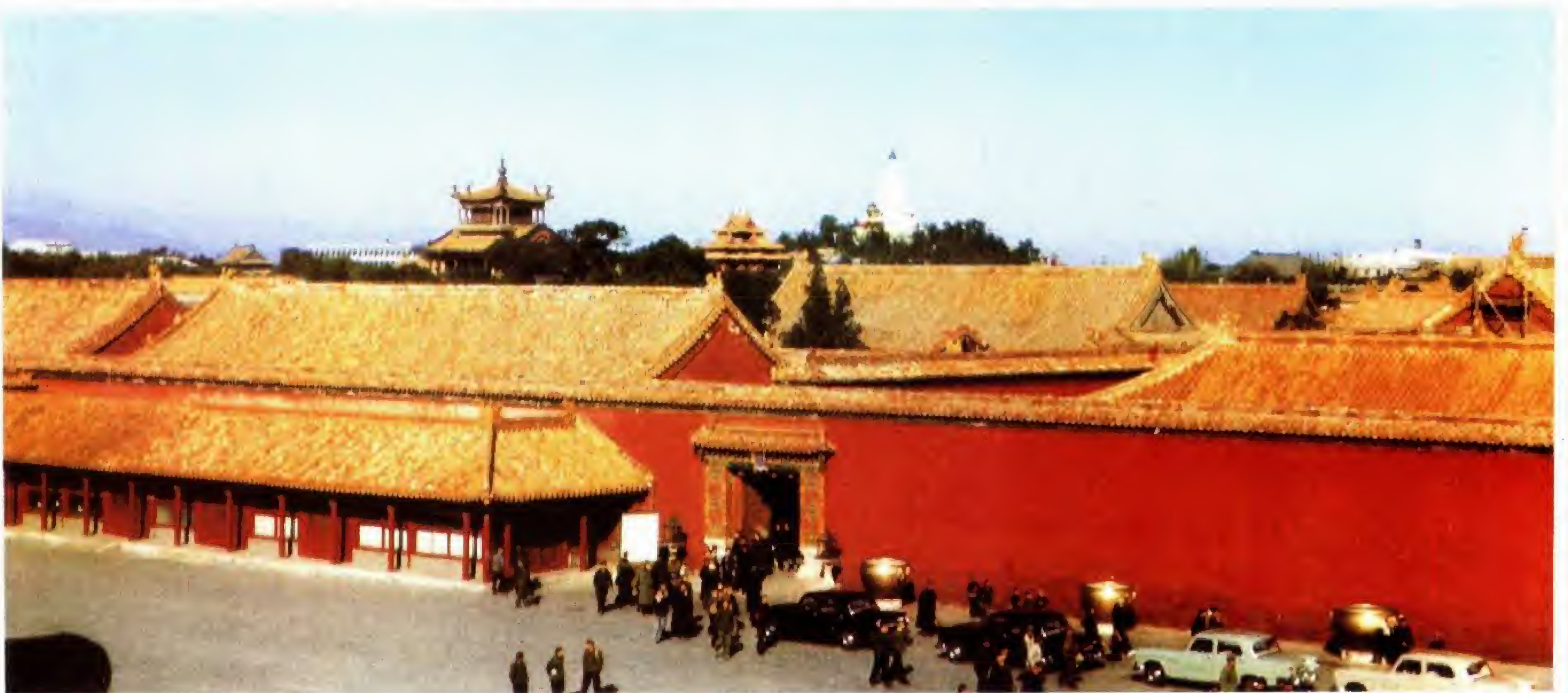
Abajo: Interior del Salón de la Armonía Suprema. Al fondo está el alto trono, al que se accede por unos escalones. Los funcionarios se dirigían a Su Majestad como «Tsien-hia», literalmente «bajo los escalones», es decir, el funcionario permanecía de pie abajo mientras transmitía las palabras al emperador, arriba. Vigas y techos están elaboradamente pintados con dibujos de color oro, verde y azul.

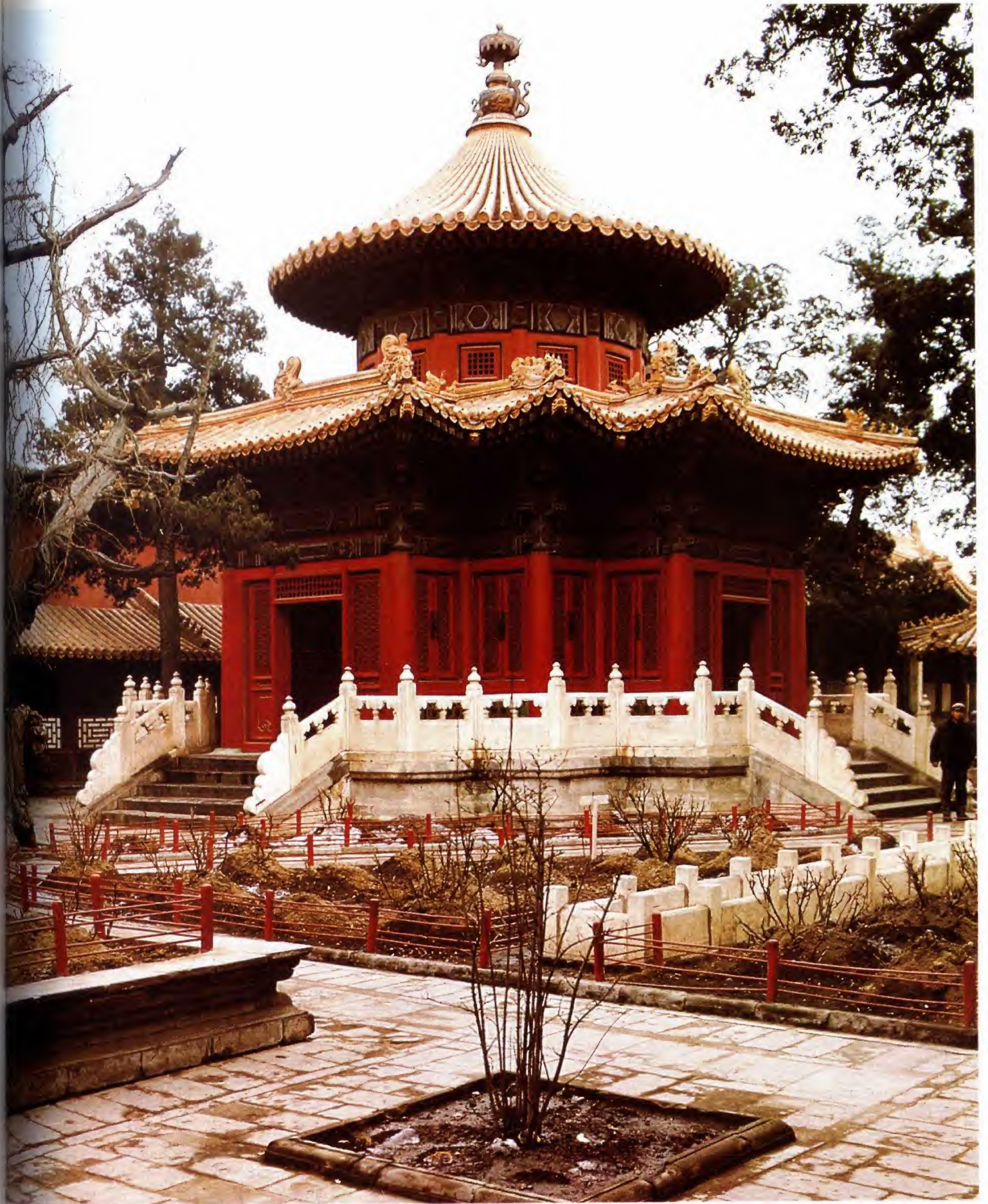




Izquierda y página opuesta: Dos vistas de los jardines imperiales privados. Un quemador de incienso hecho de bronce; y un templo circular, probablemente sólo ornamental, puesto que los monjes budistas no eran admitidos.

Abajo: Vista desde el palacio en dirección a la Colina del Carbón y la Dagoba Blanca. La Colina del Carbón no está hecha de carbón, sino que es la tierra excavada del foso del palacio. En el pabellón que hay en ella es donde se suicidó el último emperador Ming. La Dagoba Blanca es un edificio estilo tibetano (stupa) de la época Ts'ing.







Puerta de uno de los patios residenciales en la parte privada del palacio. Hay un gran número de estos patios: algunos han permanecido cerrados durante muchos años debido a que el último ocupante, emperatriz, concubina o incluso el propio emperador, murió allí de una enfermedad infecciosa.



Casa residencial en la parte privada del palacio. Las ventanas de celosía ocupan toda la pared sur. Esta habitación era usada principalmente en verano, puesto que dejaba pasar el aire pero excluía la luz del sol directa. Los veranos de Pekín son muy cálidos, y el invierno se halla bajo heladas permanentes desde noviembre hasta finales de febrero.

Capítulo segundo: La contribución de la arqueología



Problemas de supervivencia. El robo de tumbas era una práctica antigua en China, motivada por la esperanza de hallar tesoros. En consecuencia era una acción completamente acientífica en sus métodos, ilegal, no registrada y fortuita. La arqueología científica, introducida por los modernos intelectuales chinos educados en occidente, no fue conocida o emprendida hasta el segundo cuarto del siglo actual. Los intelectuales chinos de épocas anteriores se sentían satisfechos considerando que el registro histórico, por antiguo que fuera, era un registro adecuado y correcto del pasado; desde el siglo x d.C. en adelante, estaban interesados además en coleccionar bronce antiguos, en especial si estaban inscritos, y así su mecenazgo estimuló la actividad de los ladrones de tumbas, y también la igualmente indeseable práctica de las inscripciones falsas. Sólo en tiempos muy recientes han descubierto los

Arqueólogos chinos en San-men. Durante la construcción de la presa hidroeléctrica de San-men, en el río Amarillo, se descubrieron accidentalmente una serie de tumbas del período Cheu (siglos VI-III a.C.)

intelectuales que muchos bronce con largas inscripciones, que se creía que eran de la época Chang o Cheu, son falsos, al menos con respecto a las inscripciones, que son una más o menos ingeniosa combinación de otras inscripciones probablemente genuinas pero más cortas. Esta falsificación era posible porque la antigua forma de escritura ideográfica china, aunque descifrable por los eruditos que la han estudiado, sigue presentando problemas; y los primeros coleccionistas no estaban preparados para detectar las diferencias en el estilo de la escritura, que en la actualidad han revelado el hecho de que numerosas inscripciones son combinaciones carentes de ningún sentido cohe-



rente. Las primeras colecciones de estas piezas son por lo tanto sospechosas para el arqueólogo de hoy, y tienen que ser sometidas a un escrutinio muy detallado, incluido el análisis científico del metal, antes de poder ser aceptadas como genuinas.

Hay otros problemas relativos a la arqueología china. Los antiguos chinos, y también los de fechas muy posteriores, construían en madera, con un uso relativamente muy escaso del ladrillo, pero con tejas en los techos. Los edificios así contruidos no sobreviven a las inundaciones y resultan totalmente destruidos por el fuego; sólo quedan las tejas rotas. Los edificios chinos, incluidos los grandes palacios y los suntuosos templos, se construyen alzando primero el techo, sostenido por grandes columnas y vigas de madera, luego poniendo las tejas, que descansan sobre una gruesa capa de tierra cocida, y finalmente llenando las paredes, ya sea con ladrillos o más a menudo con paneles de madera, que en uno de los lados son de hecho puertas. Cuando las columnas que sostienen el techo se descomponen o se hunden, toda la estructura se derrumba en una ruina total.

La Ta Yen-t'a (Gran Pagoda Golondrina), que data del siglo VII d.C., se alza al sur de la actual ciudad de Si-ngan, Shen-si. En sus tiempos se hallaba dentro de las murallas de la mucho más grande capital T'ang, Ch'ang-ngan, y es uno de los monumentos arquitectónicos supervivientes más antiguos de China.

En tiempos antiguos los centros de la civilización china se hallaban localizados en la cuenca del río Amarillo, principalmente en la gran llanura al este de la provincia de Ho-nan y su extensión en la provincia de Ho-pei. El río Amarillo en sí serpentea a través de esta llanura hasta el mar, y ha visto alterado muchas veces su curso; las crecidas son frecuentes y catastróficas, puesto que el río, que arrastra un muy alto contenido de sedimentos, ha visto subir su lecho hasta situarse muy por encima del nivel de la llanura circundante y tiene que ser contenido con enormes diques. Si éstos se rompen, ya sea por una acción hostil o por una excesiva afluencia de las aguas, el río se desborda violentamente y devasta una enorme área, y en muchas ocasiones en el pasado —la última en 1938— ha hallado su camino hasta una nueva desembocadura en el mar a cientos de kilómetros de su desembocadura ante-

rior. Fueron estas catástrofes, a mayor o menor escala, las que destruyeron las antiguas ciudades y enterraron sus restos bajo una profunda capa de lodo y sedimentos, de tal modo que no quedó ningún rastro de ellas en la superficie. Cuando la zona fue cultivada y asentada de nuevo, no había visible el menor rastro de la ciudad enterrada. La zona se convirtió simplemente en otro tramo de tierra de labor. Ocasionalmente algún campesino, al cavar un nuevo pozo, descubría por casualidad una antigua tumba que, si contenía objetos valiosos o raros, era saqueada, y los tesoros vendidos a intermediarios, teniendo buen cuidado de no revelar su origen exacto.

Restos visibles. Así, las únicas estructuras visibles realmente antiguas son los restos de las murallas de ciudades o pueblos, en forma de pequeños montículos. Las murallas de las ciudades eran construidas con tierra apisonada y revestida con ladrillos o, en algunas zonas montañosas y en el sur, con piedra labrada. Un ejemplo de una de estas ciudades en ruinas y abandonadas es el yacimiento de la capital Han de Lo-yang, situada en las orillas del río Lo, a pocos kilómetros de la ciudad de Lo-yang actual, que ocupa parte del emplazamiento de las capitales Sui y T'ang. La Lo-yang Han es un rectángulo, o más bien parte del rectángulo original, puesto que la muralla sur ha desaparecido, tragada por el río Lo, que ha desviado su curso una cierta distancia hacia el norte desde la época Han. Los tres lados de la muralla que subsisten son de construcción muy sólida, revestida en parte con ladrillo y piedra. Pero dentro de la muralla no queda visible nada en absoluto. Ningún montículo, ninguna pared en ruinas,

ninguna estructura de ningún tipo se alza por encima de la superficie. La zona es ahora tierra de labor, y aparte un cierto número de pozos que de hecho pueden remontarse a la época Han, lo que era la ciudad y también el recinto del palacio está ocupado ahora por huertos. Alrededor de los pozos hay depósitos de restos de cerámica que han sido extraídos progresivamente con los cubos de agua y arrojados a un lado; en la superficie, quizá sacados también del mismo modo, pueden recogerse ocasionalmente algunos artefactos neolíticos de piedra. La incansable actividad de los campesinos chinos ha eliminado y nivelado totalmente en el transcurso de los últimos 16 siglos todo signo de la antigua capital, excepto las tres murallas supervivientes.

Si-ngan, la capital T'ang, Ch'ang-ngan, ha tenido un poco más de suerte; la ciudad actual, que data en su mayor parte del período Ming (siglos XV-XVII), ocupa el lugar de la ciudad palacio T'ang, y todavía se halla rodeada por las murallas originales T'ang, reparadas a menudo. Más allá se extiende hacia el sur, a lo largo de más de ocho kilómetros, una zona despejada de tierras de labor con unos cuantos montículos, alguna ocasional piedra labrada que asoma a la superficie, y caminos agrícolas que siguen, como muestran los antiguos mapas, la alineación aproximada de lo que eran las calles principales de la Ch'ang-ngan T'ang. Dos monumentos supervivientes

Si-ngan hoy. La moderna Si-ngan (o Sian), en su mayor parte una refundación Ming, ocupa el emplazamiento de lo que fue el Palacio Ciudad T'ang de Ch'ang-ngan. Las murallas existentes son, en parte al menos, estructuras T'ang originales.



ayudan a identificar el plano; la literatura del período T'ang menciona frecuentemente estas dos pagodas, llamadas la Hiao Yen-t'a y la Ta Yen-t'a respectivamente (Pequeña y Gran Pagoda Golondrina); todavía se mantienen en pie, la Pequeña Pagoda Golondrina en condiciones más ruinosas, la Gran mucho mejor conservada. Se cree de todos modos que es la más antigua de las dos, aunque no demasiado, y es tal vez el edificio de ladrillo más antiguo que aún existe en China.

Más allá de la Ciudad Palacio original (ahora la ciudad amurallada de Si-ngan) estaba el Ta Ming-kung (Gran Palacio Brillante), construido a principios del siglo VII y residencia habitual de los primeros emperadores T'ang. El amplio montículo del salón del trono ha sobrevivido, nivelado y cubierto por las tejas rotas del techo derrumbado. Recientemente se han efectuado algunas excavaciones en el palacio. Se supone que todos estos palacios y la mayor parte de la ciudad fueron destruidos el año 906 d.C. por el usurpador fundador de la dinastía posterior Lang (un régimen de corta vida que sólo duró 13 años), cuando destronó al último emperador T'ang y masacró a la familia imperial; quemó y abandonó la ciudad para fundar una nueva capital en K'ai-fong, al este de la provincia de Ho-nan. Ch'ang-ngan nunca volvió a ser la capital de ninguna dinastía gobernante en China.

Ch'ang-ngan demuestra la paradoja de la arqueología china: quedan realmente muy pocos restos en la superficie, ni siquiera muchos montículos; pero poseemos un mapa de la época completo de la ciudad, que señala la situación de los edificios importantes, y en el caso del palacio se nombran incluso los salones y las puertas. También hay en la literatura T'ang superviviente un gran número de referencias a lugares en la ciudad cuya situación puede comprobarse. Sabemos que había un «mercado persa», donde se daban cita los miembros de la gran colonia de mercaderes persas y del oeste de Asia. Sabemos más o menos exactamente dónde estaba. Nada aparece en la superficie. Las excavaciones pueden revelar interesantes e importantes obras de arte y artefactos, pero no es probable que encontremos documentos, puesto que éstos, ya escritos en papel, deben de haber perecido hace mucho tiempo.

Así, existen lugares muy bien localizados, conocidos desde hace siglos, de los cuales poco o nada permanece visible sobre el suelo. Al contrario que las ciudades enterradas de Oriente Medio, las excavaciones no pondrán al descubierto una impresionante arquitectura, y probablemente muy pocas esculturas o bajorrelieves de piedra. Es la agricultura, no las arenas del desierto, la que acabó con los emplazamientos abandonados de las antiguas ciudades chinas, y la actividad de los agricultores, nivelando la tierra y sin duda buscando tesoros allá donde parecía probable hallarlos, ha eliminado la mayor parte de los vestigios restantes de una magnificencia desaparecida.

El registro literario. Los chinos escribían originalmente sobre tiras de bambú, y desde el siglo II a.C. sobre papel. Ambos materiales son perecederos y muy vulnerables al daño o destrucción por el fuego, el agua o el simple paso del tiempo. Se han podido hallar unos pocos —como máximo uno o dos— libros escritos sobre tiras de bambú, conservados en la seca atmósfera de una tumba, que datan del siglo III y IV a.C. Resultaron ser copias de libros desde entonces tratados como literatura clásica confuciana; y los textos apenas contenían variaciones con respecto a los otros que han sido aceptados en los pasados siglos. No hay probabilidades de encontrar en los yacimientos de Ch'ang-ngan o Lo-yang un archivo de registros inscritos sobre piedra o en tablillas de arcilla. Parece que los chinos nunca utilizaron este último método, y sólo emplearon el primero muy ocasionalmente.

Todo lo que sabemos de la historia antigua de China puede ser confirmado por la arqueología, que no tiene probabilidades de entrar en conflicto con las evidencias literarias. Éstas fueron registradas, como confirman constantemente estas evidencias, con una notable fidelidad y exactitud en su momento, y copiadas asiduamente por generaciones posteriores hasta que la invención de la imprenta el siglo IX y su rápida extensión en los siguientes 100 años hizo innecesaria la copia a mano. Los primitivos libros impresos completos son excesivamente raros, y no son anteriores al siglo XI, casi 300 años después de los primeros ejemplos conocidos del arte. Pero por el registro literario sabemos que todos los libros clásicos confucianos fueron impresos a mediados del siglo X. Característicamente, para una nación que siempre ha venerado la palabra escrita y ha situado la pluma por encima de la espada, la historia de su pasado debe mucho más a las labores y devociones literarias que a los monumentos materiales o los registros enterrados desde hace mucho tiempo.

Murallas y túmulos. No sabemos con seguridad cuán antigua es la práctica de construir con tierra revestida con ladrillos o piedras. En cualquier caso, los ladrillos y las piedras proporcionaron un valioso material a los constructores de eras posteriores y fueron arrancados de las antiguas murallas, que quedaron así expuestas al lento desgaste de la lluvia y el viento. Pero las murallas de las ciudades chinas, en especial en las llanuras del norte, fueron construidas para servir a un doble propósito: defenderse contra los ejércitos hostiles y protegerse de las inundaciones; eran a la vez murallas y diques. En consecuencia eran muy gruesas, a menudo dos o tres metros de ancho de tierra apisonada revestida por ambos lados con ladrillos. Incluso despojadas del revestimiento, el núcleo de tierra ha resistido durante varios siglos a menos que haya sido eliminado deliberadamente. Los túmulos imperiales, colinas artificiales de enormes dimensiones, a veces más de 30 metros de alto y medio kilómetro o más de circunfe-

rencia, son los restos más llamativamente visibles, de hecho casi los únicos, de las eras posteriores. La tradición afirma que algunos de estos túmulos son las tumbas de muy antiguos, de hecho legendarios, gobernantes de la Edad de Oro. Hasta ahora no han sido excavados, pero es muy poco probable que estén asociados con figuras tan lejanas, o de hecho mucho más antiguas que los últimos siglos del primer milenio a.C. como máximo. Las tumbas reales Chang, descubiertas en el yacimiento cerca de la ciudad de Ngan-yang (o An-yang), en la provincia de Honan, eran desconocidas para la tradición, estaban profundamente enterradas, y si alguna vez hubo túmulos sobre ellas ya no quedaba ningún rastro por encima de la superficie del suelo. Estas tumbas datan de finales del reinado Chang, c. 1100 a.C.

Los túmulos imperiales existentes e identificados empiezan con el del primer emperador Ts'in, She Huang-ti, el unificador de China, que murió el año 210 a.C. Aunque existen otros túmulos en distintos lugares, que la tradición o la leyenda atribuye a los monumentos funerarios de algunos de los Sabios Gobernantes de la remota antigüedad, el de She Huang-ti es el más antiguo al que puede

Carro funerario de las tumbas reales de los reyes Chang en Tassuk'ung, cerca de Ngan-yang. Los carros, sus caballos y sus conductores eran enterrados en las tumbas reales o principescas, un ejemplo superviviente del sacrificio humano que parece que duró hasta el período Cheu.



darse una identificación positiva. Es muy grande, una enorme, circular y ahora desnuda colina artificial que se alza en el llano valle del río Wei, a no muchos kilómetros de la actual ciudad de Si-ngan, pero más bien alejado del emplazamiento de la capital del primer emperador en Hien-yang. Originalmente plantado con árboles y rodeado por una muralla fortificada en la base del túmulo, en la actualidad no queda nada excepto la gran colina artificial en sí. La leyenda, o los relatos escritos no mucho después de su construcción, alega que junto con el emperador fueron enterrados fabulosos tesoros, pero que la tumba fue saqueada a la caída de la dinastía Ts'in, sólo unos pocos años después de la inhumación.

Muy recientes e importantes descubrimientos fueron efectuados por azar (campesinos al cavar un pozo) en las inmediaciones de este enorme túmulo. Pero el túmulo en sí, como sus sucesores de la dinastía Han y sucesivas, había sido robado hacía muchos siglos. Se cree que quizá She Huang-ti, un famoso comandante de ejércitos, utilizó para su propia tumba una hábil estratagema: hizo construir este enorme túmulo, en el que fueron enterrados muchos objetos como esculturas y quizá vasijas de bronce, pero su cuerpo fue de hecho enterrado fuera y más allá de los pies del túmulo, en una profunda tumba no señalada en la superficie. En una antecámara, o sala subterránea adyacente, estaba enterrada una maravillosa colección de estatuas a tamaño natural de sus guerreros, que por la notable individualidad de sus rasgos parecen ser retratos, quizá de la guardia imperial, compuesta sin duda por la alta nobleza. La sala fue descubierta por azar, y ahora ha sido excavada, y el hallazgo es conocido popularmente como el «ejército de Ts'in». Si posteriores excavaciones o exploraciones revelarán o no que la tumba imperial no se halla muy lejos, ignorada en el pasado, queda aún por saber.

Muchos otros túmulos imperiales constituyen llamativos hitos en las inmediaciones de las antiguas capitales imperiales, Ch'ang-ngan en la provincia de Shen-si, Lo-yang y K'ai-fong en Ho-nan, y por supuesto las muy conocidas tumbas Ming cerca de Pekín. Cada uno ha sido conocido como la tumba de este o aquel emperador desde su propia época en adelante; algunos han sido utilizados como fortalezas por ejércitos hostiles; y todos han sido robados. Esto no significa que no contengan todavía objetos de gran valor e interés artístico. La estatuaria y los bajorrelieves y quizás otros objetos como la cerámica primitiva (preporcelana) no tenían interés para los ladrones de tumbas, porque resultaban o difíciles de transportar en secreto, o inutilizables, o ambas cosas. Los objetos realmente valiosos, los adornos de oro y plata, las joyas y, más tarde, los bronceos, eran o bien fundidos o vendidos en secreto a intermediarios clandestinos. Los objetos de este tipo en la tumba no saqueada del emperador Ming Wan-li, que murió el año 1620 d.C., y que fue científicamente excavada por especialistas de la Academia China en 1957,

eran de un carácter completamente desconocido, en especial el tocado imperial de oro, hermosamente trabajado, y los collares de joyas de las dos emperatrices enterradas con Wan-li. Las tazas de jade estaban montadas sobre pies de oro finamente labrado. Nunca se había informado antes de descubrimientos de este tipo, y en consecuencia se desconocía su existencia; hubiera resultado demasiado evidente que procedían del robo de una tumba imperial si eran hechos circular, y por eso los ladrones tenían mucho cuidado de no venderlos nunca intactos, sino fundir primero el metal y desmontar las joyas en sus piezas individuales.

El hecho por el cual la arqueología china es tan peculiar es que la naturaleza, datación y uso de muchos monumentos del pasado han sido bien conocidos desde hace siglos, en algunos casos desde hace más de 2.000 años; y que todas (excepto las más recientes, las tumbas Ming en Pekín) han sido violadas y robadas hace mucho. Los restos del pasado que permanecen inviolados se hallan profundamente enterrados, invisibles desde la superficie, y así hasta ahora son yacimientos no identificados. Hay mu-

chos antiguos recintos amurallados, que puede suponerse que fueron ciudades o pueblos de distintas eras. Uno o dos han sido investigados, y han demostrado tener largas historias de sucesivas capas de ocupación. Este trabajo no se ha iniciado hasta muy recientemente, y hasta ahora los resultados son escasos, si bien significativos. El trabajo se ha concentrado en los yacimientos que se cree que son más antiguos o los que requieren su rescate antes de iniciar un desarrollo industrial.

El yacimiento de Ngan-yang. Existe otra característica importante y peculiar en la arqueología china: la aplicación científica de esta especialidad a los yacimientos chinos es muy reciente. Las primeras excavaciones de una cierta importancia fueron las realizadas en los años 1928-1936 en el yacimiento cerca de Ngan-yang, destruida por una inundación allá por el 1100 a.C. Los trabajos fueron suspendidos por la guerra y la posterior revolución, y sólo

Izquierda: Hueso oracular Chang, que muestra pictogramas utilizados para la adivinación para los reyes Chang. Las inscripciones, que reproducen las preguntas planteadas y las respuestas dadas, son los ejemplos más antiguos conocidos de escritura ideográfica china.

Abajo: Modelo de la tumba real en Wukuants'un, cerca de Ngan-yang. El yacimiento es de la penúltima capital de la dinastía Chang, que floreció entre c. 1400-1100 a.C.





reanudados a una escala más grande en otros lugares por especialistas del actual gobierno. Se ha encontrado mucho en los últimos 25 años, pero la cantidad de material, la enorme extensión de China y la amplia gama de yacimientos, desde las moradas cavernícolas del hombre del paleolítico hasta las tumbas imperiales de los siglos XVI y XVII de nuestra era significan que la exploración intensiva apenas ha raspado un poco la superficie. Sin embargo, hay algunas compensaciones: al contrario que la mayoría de los que estudian las demás civilizaciones antiguas, los arqueólogos chinos saben muy a menudo dónde buscar y lo que esperan encontrar. Más aún, lo han encontrado: El yacimiento de Ngan-yang, como se esperaba, resultó ser una capital Chang.

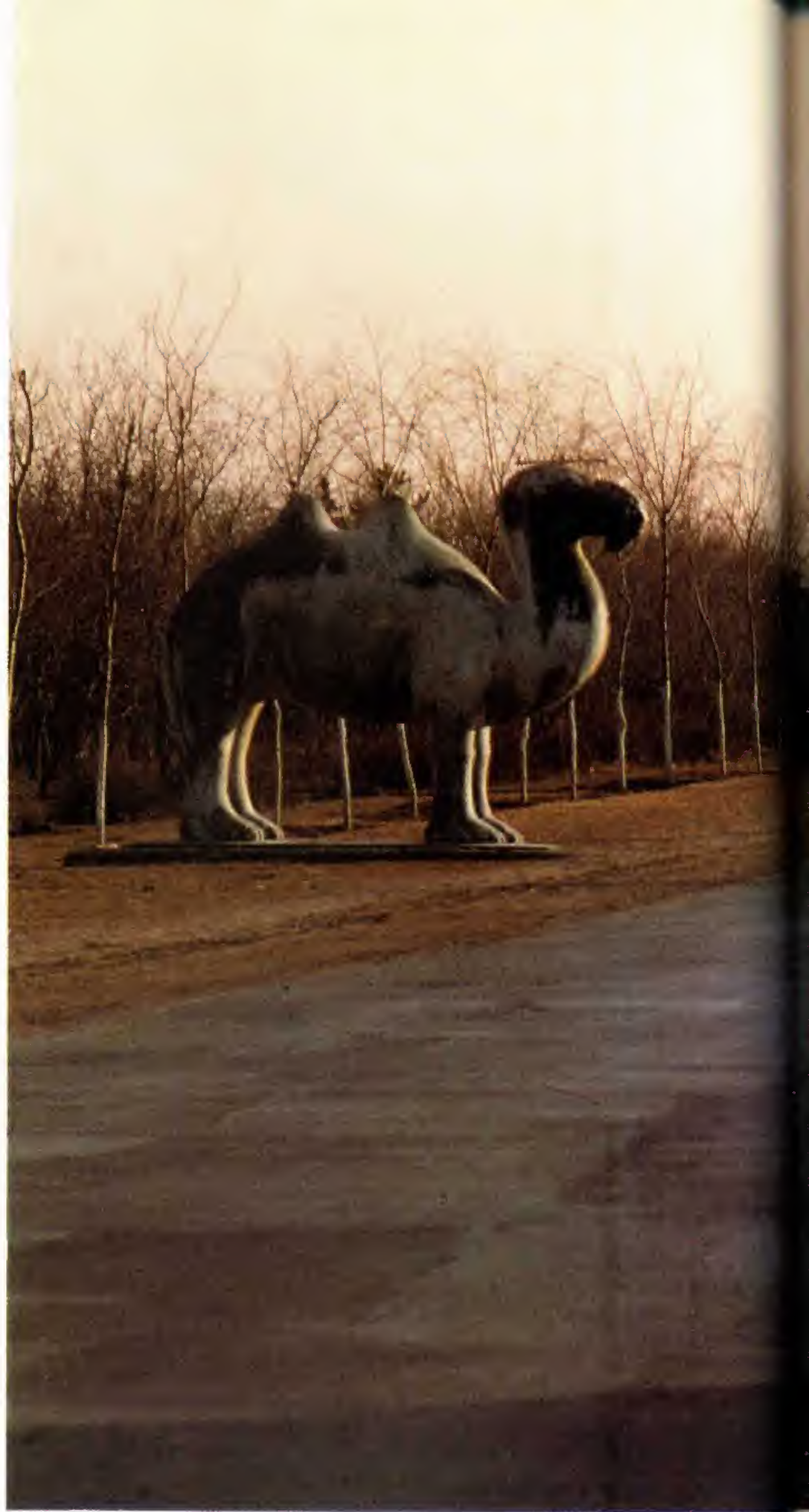
El yacimiento se halla no lejos de la pequeña ciudad de Ngan-yang, en el norte de la provincia de Ho-nan, al norte del curso actual del río Amarillo. La zona es de tierras agrícolas llanas, y se halla situada en la gran llanura oriental del norte de China, aunque vagas leyendas identifican el lugar como una fuente de vasijas de bronce, historias que han sido corrientes desde que los eruditos de la dinastía Song en los siglos XI y XII d.C. empezaron a demostrar su interés y a coleccionar bronce antiguos. Pasó a ser conocida como «Yin Hiu», Los Yermos de Yin (Yin es un nombre alternativo de la dinastía Chang). Resulta claro que las vasijas de bronce, halladas por campesinos que cavaban pozos, terminaban llegando a manos de los

Vista desde las tumbas imperiales Ming cerca de Pekín. Sólo la tumba del emperador Wan-li ha sido excavada y restaurada. En total hay 13 tumbas imperiales en este lugar.

eruditos, que las identificaban como pertenecientes a la época Chang. Algunos de los bronce hallados entonces pueden estar todavía en la colección imperial. Se sabe también que cuando estaban inscritos alcanzaban precios muy altos, y es posible que tales inscripciones puedan haber confirmado la creencia de que eran objetos de la época Chang. Esto, sin embargo, es más bien dudoso. Las inscripciones Chang en los bronce son generalmente muy cortas, y son una dedicatoria de la vasija de o a un antepasado y una exhortación a sus descendientes, «hijos y nietos», a conservarla siempre. Los nombres de los reyes reinantes no son mencionados, como tampoco proporcionan otros detalles o información. En consecuencia, no resulta claro por qué los eruditos Song sabían —correctamente, como se ha demostrado—, que los «Yermos de Yin» eran de hecho un lugar Chang; porque por aquel entonces, como ahora, no había nada en la superficie que lo indicara. La idea de una búsqueda deliberada de un lugar de la antigüedad todavía no había nacido; los hombres se contentaban con admirar y coleccionar antiguas obras de arte, pero todavía no habían concebido que siguiendo pistas u otras indicaciones podían llegar a descubrir una ciudad enterrada.



El descubrimiento de un hueso inscrito en una tienda de curiosidades artísticas condujo a los eruditos a sospechar que Yin Hiu podía ser mucho más que una fuente de bronce robados de tumbas; un cambio local del curso del río reveló materiales profundamente enterrados, y así se descubrió el yacimiento. Entre los hallazgos están los archivos enterrados (deliberadamente, parece) de «huesos oraculares» inscritos, huesos de la canilla de bueyes y conchas de tortuga puestos en contacto de una varilla al rojo; las resquebrajaduras resultantes eran «leídas» por los sacerdotes u oráculos, y su interpretación era luego inscrita en el hueso al lado de las resquebrajaduras. La pregunta formulada era inscrita también. El perseguidor del conocimiento divino era el rey, y los espíritus que proporcionaban las respuestas eran sus reales antepasados. A partir de estos



Arriba: Figuras guardianas en el acceso a las tumbas Ming, cerca de Pekín. Oficiales militares y civiles, elefantes, camellos y caballos eran los objetos habituales, pero en períodos anteriores hay ejemplos de avestruces y otras criaturas exóticas o fabulosas.

Izquierda: Figura de un oficial militar en la avenida de las tumbas Ming, Pekín.

huesos puede compilarse, pues, una lista de los reyes Chang en su orden de sucesión hasta el penúltimo rey, bajo el cual la ciudad de Ngan-yang (desconocemos el nombre que tenía en aquella época) fue destruida por la inundación.

La historia tradicional antigua de China, escrita en la forma que ha sobrevivido hasta la actualidad por el historiador Han Sse Ma-ts'ien en el siglo I a.C., proporciona una lista de los reyes Chang idéntica a la lista de los hue-



sos oraculares, excepto que proporciona el nombre del último rey, y que el ideógrafo correspondiente a dos de sus predecesores en la lista histórica han sido escritos erróneamente. Pero nadie había visto los huesos oraculares desde que fueron enterrados allá por el 1100 a.C., unos 1.000 años antes de que Sse Ma-ts'ien viviera. Esto es un ejemplo, quizá el más sorprendente hallado hasta ahora, de un aspecto de la historia y la arqueología que es único de China. La historia antigua de Egipto permaneció encerrada en una escritura indescifrable durante más de 2.000 años, y los últimos egipcios eran absolutamente ignorantes de ella. Todo el conocimiento detallado de la historia de Asiria y Babilonia había sido olvidado: sólo quedaban algunas tradiciones y vagos recuerdos. Los ya-

cimientos de Sumer y Acad, aunque visibles como grandes montículos que se alzaban por encima del desierto, no eran identificados ni en la memoria popular ni en los registros escritos con ningún antiguo nombre o función. No existía ningún registro que hubiera sobrevivido de forma independiente para poder ser comprobado con las sorprendentes revelaciones de la arqueología moderna.

La situación en China es casi la inversa de esto. La historia, ya sea legendaria o auténtica, ha sido registrada desde una fecha muy temprana, copiada por escribas posteriores, luego impresa, y hoy existe todavía, mucho más disponible para la gente instruida que en cualquier época anterior. La arqueología, por otra parte, es muy reciente pero tiende, a veces muy exactamente, a confirmar los

registros escritos, incluso cuando son muy antiguos. Pero los yacimientos más antiguos, las capitales de los reinos cuya historia es conocida, se hallan perdidas y enterradas, no en un desierto sino en medio de fértiles tierras agrícolas. La apariencia exterior de los restos visibles de monumentos antiguos, como los túmulos imperiales, no es sorprendente: podrían ser confundidos por colinas naturales, de no ser por su forma circular. Normalmente los ladrillos que recubrían la muralla que los rodeaba han desaparecido; los túmulos se hallan a veces plantados con árboles, pero en el caso de los más antiguos han sido rebajados desde hace tiempo; y las salas ceremoniales donde se ofrecían los sacrificios a los espíritus de los monarcas muertos han sido destruidos hace mucho. Sólo el hecho de que las tumbas Ming cerca de Pekín no fueron sistemáticamente robadas, ni dañadas excepto por el largo abandono tras la caída de la dinastía, nos permite saber cuál era el aspecto de estas tumbas imperiales, porque es seguro que su forma y sus estructuras subsidiarias se conforman exactamente a los antiguos modelos.

Exploración de las tumbas Ming. Estas tumbas Ming ofrecen también otra evidencia importante. El actual gobierno de China autorizó una completa reparación y restauración del gran salón sacrificial del emperador Yong-lo, el fundador de la actual ciudad de Pekín, que murió el año 1425 d.C. Puede suponerse que su tumba fue construida mucho antes de su muerte, como era la práctica habitual, y que este gran salón data de la primera década del siglo xv. Tenía así una antigüedad de 500 años y, hasta que fue restaurado, no había recibido la menor atención desde la caída de la dinastía Ming en 1644. Todavía seguía en pie, y no en inminente peligro de derrumbe, cuando se emprendieron las obras de reparación, aunque los arquitectos estimaron que no hubiera permanecido intacto durante muchos años más. Arbustos y hierba habían clavado sus raíces en las tejas del techo y estaban abriendo la estructura y dejando penetrar la lluvia. Las grandes columnas de madera, de una madera tropical importada de Borneo, que es muy resistente a la descomposición, todavía estaban intactas y necesitaban muy poco refuerzo. En consecuencia, puede estimarse que en el norte de China, con un clima relativamente seco y sólo una corta estación húmeda, estos edificios pueden resistir con pocas reparaciones hasta unos 600 años. Los grandes salones del Palacio Imperial en Pekín (la Ciudad Prohibida) son de la misma fecha, pero por supuesto han sido mantenidos y reparados constantemente durante los 600 años desde que fueron construidos.

Las 13 tumbas de los emperadores Ming, que empiezan con el emperador Yong-lo (1403-1425) y terminan con el penúltimo emperador, que murió en 1628, son el único grupo de tumbas imperiales que se cree que nunca fueron violadas y saqueadas. Probablemente debieron esta

inmunidad a su proximidad, unos 16 kilómetros, a la capital, Pekín; pero en la tradición y las creencias populares se añade otro factor. La dinastía manchú que siguió directamente a la Ming, aunque ocupó el trono de Pekín, mantuvo intactas las tumbas Ming, aunque de hecho no hiciera nada por conservarlas. Cuando la dinastía manchú (Ts'ing) cayó en 1912, no sólo escaparon a la masacre, el destino de casi todas las anteriores familias imperiales, sino que incluso, durante un tiempo, retuvieron sus propiedades y algo de su status imperial. En consecuencia, la creencia popular estableció que la buena suerte de los manchúes era una recompensa divina por su virtud en respetar las tumbas de sus predecesores.

Las tumbas se yerguen en un semicírculo de colinas, junto a la cordillera principal de las Yin-shan, a lo largo de la cual se construyó la Gran Muralla. Se llega a ellas por una larga avenida flanqueada con esculturas de piedra a enorme escala, primero animales, luego oficiales militares, luego funcionarios civiles, todo ello a tamaño más grande que el natural. Estas esculturas son formales y siguen una antigua costumbre: no exhiben ninguna característica individual, y no son en ningún sentido el retrato de

Entrada a la tumba de Ming Wan-li. Ésta es la entrada hecha desde la excavación. La entrada real se hallaba muy hábilmente oculta, y la entrada aparente no era más que una fachada.



individuos que vivieron en algún momento. Las tumbas en sí son montículos artificiales muy grandes, densamente cubiertos de pinos y rodeados en la base con una muralla fortificada como la de una ciudad, construida en la base del propio montículo. La única puerta conduce a un patio formado por tres salones, dos más pequeños en cada lado y el tercero, mirando al sur, un gran salón usado para los sacrificios ofrecidos al espíritu del monarca muerto. Detrás hay una elaborada puerta de mármol, con las hojas también de mármol, que parece ser la entrada formal a la tumba. De hecho no es nada de esto, se trata tan sólo de una falsa fachada, tras la cual sólo hay una pared desnuda de roca o ladrillo.

Era bien sabido que éste había sido el estilo y la forma de las tumbas imperiales durante muchos siglos; no servía de nada buscar la auténtica entrada en alguna parte en las inmediaciones del patio formal. El auténtico punto de acceso a la cámara funeraria, probablemente muy por debajo de la superficie bajo el montículo, era poco evidente, más bien oculto y sin señalar: aquellos que habían entrado el ataúd y los tesoros a enterrar con el monarca seguramente no sobrevivieron al hecho a causa de su peligroso conocimiento. Así, los arqueólogos tenían un serio problema. A menos que empezaran a cavar túneles hacia el interior del túmulo desde varios puntos, lo cual podía resultar infructuoso, y ciertamente iba a salir muy caro, no parecía haber ninguna forma obvia de descubrir una entrada oculta, que podía estar en cualquier lado de un gran montículo boscoso de varias hectáreas de extensión. El problema fue resuelto con la característica ingeniosidad china.

La tumba de Wan-li. Las tumbas de la última dinastía, la Ts'ing (manchú), se hallan situadas a una mayor distancia de Pekín, en dos grupos, usados alternativamente, las tumbas orientales y occidentales. En los alterados años que siguieron a la caída de la dinastía, cuando el norte de China no gozó de un gobierno asentado establecido desde hacía tiempo y los señores de la guerra, grandes o no—algunos poco más que jefes de bandidos—controlaban el país, todas las tumbas Ts'ing fueron robadas. La aparición de artículos muy valiosos en el mercado de curiosidades artísticas era bien conocida, y su origen más que sospechado. Algunos hombres, acusados o condenados de complicidad con estos robos, estaban en la cárcel, donde el nuevo gobierno tenía intención de que permanecieran, al menos durante varios años. Los arqueólogos de la Academia China, tras obtener la autorización para excavar en una de las tumbas Ming, y tras elegir por varias razones la del emperador Wan-li (1573-1620), cuyo largo reinado fue el último período de prosperidad y riqueza Ming, aunque lastrado por una enorme corrupción, sugirieron que algunos de estos expertos ladrones de tumbas fueran liberados bajo palabra, reclutados como «arqueólogos ayudantes» y utilizados para localizar la en-

trada a la tumba de Wan-li. La sugerencia fue aceptada.

Los nuevos «arqueólogos ayudantes» sugirieron que el lugar donde había que buscar tenía que ser en alguna parte del propio túmulo boscoso: se iniciaron los trabajos, y el guía condujo a los expertos de un punto a otro en busca de algún indicio. Este indicio, explicó, tenía que ser un árbol que creciera en una posición y una inclinación distinta a las demás. Los vientos dominantes de Pekín, fuertes en invierno, son del noroeste. En consecuencia, era preciso buscar un árbol que no se inclinara hacia el sudeste, sino al contrario. Se encontró uno, y el «arqueólogo ayudante» explicó que su crecimiento aberrante era debido al hecho de estaba plantado sobre suelo que en cierta medida había cedido, y que esto indicaba la probable presencia de un pozo. «Caven aquí», fue su consejo. Cavaron, y descubrieron realmente un pozo vertical más bien estrecho que se hundía en las profundidades del montículo. Al fondo había un pasadizo en ángulo recto, de varios metros de longitud, que terminaba en una pared lisa. Pero hacía mucho tiempo, cuando fue enterrado Wan-li, uno de los entonces presentes había garabateado en la pared el mensaje «a tal y tal distancia, cavad». Así fue descubierto otro pozo que conducía hacia abajo hasta la antecámara de la propia tumba. Sin duda el que había escrito aquel vital mensaje había esperando regresar personalmente, o guiar a otros, a la entrada secreta. Todo parecía demostrar que su esperanza había sido en vano.

La cámara sepulcral se halló intacta: la antecámara contenía un tesoro comparativamente espléndido de grandes quemadores de incienso y mucha porcelana, pero esto no era nada comparado con el contenido de la propia cámara sepulcral. Los ataúdes de Wan-li y sus dos sucesivas emperatrices estaban de pie sobre una tarima baja. Sobre ella había un tesoro incalculable: todos los tipos de porcelana del reino (muy conocida y estimada en el mundo del arte), tazas y vasijas de jade, muchas de ellas sobre monturas de oro. El tocado sobre el cráneo de Wan-li tiene la forma de una redecilla de oro de la que brota un soberbiamente ejecutado dragón de oro puro. Los esqueletos de las dos emperatrices estaban adornados con magníficas joyas. Debajo de la tarima había apilado un gran montón de lingotes de oro y otro de lingotes de plata, objetos sin mérito o belleza artística intrínsecos pero de un gran valor material. Los ataúdes habían sido cubiertos con exquisitos bordados, algunos del raro tipo k'o-sse (seda labrada), un arte que se ha perdido o abandonado hace mucho tiempo. Algunas partes de estos recubrimientos, allá donde los pliegues habían protegido la tela de la humedad o los insectos, habían sobrevivido, lo suficiente para dar una idea de su auténtica calidad original. Pero había un toque extraño en medio de toda aquella magnificencia: a los pies de la tarima había tres o cuatro troncos sin desbastar, sobre los que se habían hecho rodar los ataúdes hasta su lugar. Allá estaban, podridos por la edad,



sin que nadie los hubiera tocado: nadie en el enterramiento se había tomado la molestia de retirar aquel incongruente elemento.

Continuidad de estilos. Los primitivos chinos, como la mayoría de los demás pueblos, no se preocupaban de conservar los edificios antiguos que ya no tenían ninguna finalidad práctica. Las tumbas de una dinastía caída eran dejadas a su suerte por sus sucesoras; los restos de las ciudades saqueadas y en ruinas eran abandonados a la naturaleza a menos que el asentamiento fuera reutilizado en parte. Los templos o los monasterios budistas siguieron sirviendo a los fieles, y en consecuencia fueron reconstruidos o reparados constantemente. Pero puesto que era un acto de mérito reconstruir, antes que reparar, incluso los más antiguos monasterios budistas en China, aunque situados en el mismo lugar y a menudo siguiendo la misma planta que la estructura original, están hoy representados

por edificios que no tienen más que unos pocos siglos de edad. Lo mismo puede decirse del gran templo confuciano en Ch'u-fu, el tradicional lugar de nacimiento y hogar de Confucio y sus descendientes, que aún siguen floreciendo en gran número. El templo sigue los mismos planos que cualquier otra gran mansión o palacio chino, una sucesión de patios flanqueados por salas ceremoniales, con la vivienda situada de un modo similar alrededor de patios más pequeños detrás de éstos. Sin duda mantiene la estructura original, pero ha sido reconstruido muchas veces, posiblemente manteniendo los rasgos del estilo más antiguo aunque probablemente incorporando modas posteriores, como el uso para el techo de tejas de cerámica coloreada, que no parecen haber sido hechas antes del período T'ang (siglos VII-IX d.C.), y más tarde usadas sólo ocasionalmente.

Hay otras evidencias que señalan que la forma de la arquitectura china ha seguido siendo similar durante varios siglos. Las tumbas del período Han (siglo II a.C. a siglo II d.C.) contienen numerosos modelos de arcilla de edificios de varios tipos, y también bajorrelieves que muestran una gama similar de estructuras. Los rasgos se acercan a los tipos modernos, pero resulta evidente que los aleros curvados hacia arriba, tan característicos de la arqui-

Izquierda: Modelo en cerámica de una torre de guardia Han, siglos I y II d.C. Las torres de guardia de este tipo se conocen tan sólo a través de modelos hallados en tumbas. Parece que eran reservadas para hogares de los ricos. El estilo fue adoptado más tarde por los chinos para las pagodas budistas. Museo Británico.

Página opuesta: Pagoda de las Cuatro Puertas (Sse Men-t'a), la más antigua pagoda budista superviviente en China, año 544 d.C. Shan-tung.

Abajo: Modelo en cerámica de una casa. Estos modelos, hechos para su inclusión en tumbas en el período Han, son la evidencia más remota existente de los estilos de arquitectura de la antigua China.



tectura china, todavía no se empleaban. También resulta de interés señalar que las torres de muchos pisos, similares en tipo a las pagodas posteriores, se hallan representadas por numerosos modelos en arcilla; pero estas estructuras eran usadas por aquel entonces como torres de guardia defensivas, porque muy a menudo contienen en su interior guerreros armados. Esta práctica murió en períodos chinos posteriores, pero la torre se convirtió en la pagoda de inspiración budista, manteniendo su diseño original. La pagoda, de un diseño y forma enteramente distintos, se conoce por supuesto en todos los países budistas de la India y del sudeste asiático; pero fue su uso como edificio religioso, no su diseño, lo que adoptaron los chinos, manteniendo sus propias estructuras tradicionales y dándoles un nuevo uso.

Lo que todavía no puede saberse con ninguna seguridad es si el período Han, que fue la primera era de un imperio estable y unido, y surgió como resultado de una importante revolución social y política, mantuvo los rasgos arquitectónicos de la anterior era feudal o hizo importantes innovaciones. No sobreviven edificios del período anterior, y las evidencias de las tumbas que han sido excavadas es negativa en este aspecto. Al menos parecerá probable que la nobleza Han, cuyas tumbas han sido halladas y excavadas, seguían la moda de representar todas sus posesiones, colaboradores y pasatiempos más queridos

ya fuera con modelos de arcilla, o a través de bajorrelieves y a veces murales. La caza, las fiestas, las procesiones ceremoniales, son los temas preferidos de los bajorrelieves y murales. En algunos casos raros pero valiosos son reflejados algunos acontecimientos históricos, que al menos en una ocasión pudieron ser identificados. Las tumbas de la familia Wu en la provincia de Shan-tung, identificadas por inscripciones que proporcionan una fecha equivalente al 147 d.C., tienen una serie de muy bien tallados bajorrelieves que muestran escenas de batalla y otras, incluida una vívida imagen del intento de asesinato del primer emperador, She Huang-ti. La descripción de este dramático suceso en la obra del historiador Han Sse Ma-ts'ien es bien conocida. Sse Ma-ts'ien nació un siglo o así antes de que fueran construidas y decoradas las tumbas Wu. Resulta claro pues que los miembros de la familia Wu podían estar familiarizados con su Historia. Por otra parte, es igual de probable que su historia fuera muy conocida de toda la gente instruida de aquella época.

Se ha conjeturado que el arte de decorar tumbas con bajorrelieves fue una idea importada de Persia, con cuyo país estaba en contacto la China de los Han. En el occidente de Asia había no sólo tumbas, sino también palacios, que habían sido decorados de esta forma, y en consecuencia es probable que los chinos hicieran lo mismo. Pero ningún edificio Han permanece intacto, como tam-





poco ha sido sistemáticamente excavado ningún lugar definido de la capital. El interés especial de las figuras de arcilla y las decoraciones murales de la tumba Han es que se trata de un arte prebudista. El budismo como una religión activa y amplia no empezó a actuar en China hasta después de la caída de los Han, aunque está registrado que un emperador Han dio permiso oficial para que se enseñara la religión india. Ninguna tumba Han encontrada hasta ahora posee evidencias convincentes de influencia budista, y no se ha encontrado ningún templo o monasterio de este período. Los motivos religiosos en el arte de la tumba Han son pues todos prebudistas, y muestran que la sociedad Han era politeísta y adoraba a muchos dioses, de cuyas funciones y carácter somos ampliamente ignorantes.

La historia oficial registrada de la dinastía Han señala —con desaprobación— el brote de popularidad alcanzado por cultos extraños de la orilla oriental del mar de la China, la moderna península de Shan-tung. Bajo el emperador Wu, 140-86 a.C., estos cultos influyeron fuertemente a la corte y florecieron en la capital. Eran mágicos y místicos, y resulta claro que contribuyeron grandemente a la formación posterior de la antigua filosofía del taoísmo, cuando se convirtió a su vez en una religión popular. Pero sólo cuando el emperador y la corte emprendieron realmente algunas empresas siguiendo el consejo de estos «magos» les dedica la historia alguna atención. La descripción de sus creencias, la categoría de sus dioses o el conocimiento de sus ritos eran asuntos por debajo de la atención de un buen historiador confuciano. Aquí al menos, la arqueología puede llenar algunos huecos que la historia ha ignorado. Pero sigue siendo muy difícil identificar los sujetos de los bajorrelieves o murales. Lo que sí se hace evidente es muchas de las costumbres de

Arriba a la izquierda: Un arqueólogo en San-men, con una vasija finamente decorada de la cultura neolítica Yangshao.

Izquierda: Vasijas neolíticas de la cultura Yangshao procedentes de Kansu, exquisitamente pintadas y delicadamente moldeadas. Obsérvense las esbeltas asas de la vasija más pequeña. Museo Británico.

Abajo: Reconstrucción de tipos de casas en el yacimiento Yangshao en Pan P'ot-s'un. Los techos estaban sostenidos por columnas de madera, un rasgo de la arquitectura china que ha continuado hasta los tiempos modernos.



la vida cotidiana, el mobiliario usado en las casas y las costumbres de hombres y mujeres, temas que no quedan registrados en la historia oficial.

El descubrimiento del Hombre de Pekín. En un campo al menos la arqueología ha traído a la luz hechos que no pueden tener confirmación histórica. El asentamiento humano más antiguo conocido en China, de hecho uno de los más antiguos hallados en cualquier parte del mundo, es el yacimiento de la cueva de Cheu K'eu-t'ien, no lejos de Pekín, en la empinada ladera de una colina; en tiempos remotos debió de ser un risco que miraba al mar, el cual se ha retirado ahora unos 160 kilómetros de las agrestes escarpaduras de las Colinas Occidentales, que dominan en la actualidad la plana llanura de Ho-pei. En la segunda década del siglo actual, las excavaciones de este yacimiento descubrieron una cueva que había sido habitada durante varias generaciones por hombres del paleolítico y sus familias o descendientes. Se han encontrado muchos esqueletos y cráneos. Los huesos de los animales de los que se alimentaban se hallan también presentes en grandes cantidades, y resulta claro que conocían el fuego, para cocinar y presumiblemente para calentarse en los inviernos fríos, aunque no se sabe cómo lo encendían. La datación aproximada de la morada de esta cueva es de hace 100.000 años.

El «hombre de Pekín», como se le llamó, es hoy bien conocido por todo el mundo científico. El primer descubrimiento fue muy cuidadosamente registrado, y todas las mediciones, fotografías y otros datos fueron cotejados. Pero los cráneos en sí desaparecieron durante la Segunda Guerra Mundial tras la ocupación japonesa del norte de China, en circunstancias que han permanecido oscuras. En Pekín se sabía que, a finales de los 1940, cuando el ejército japonés ocupaba ya la ciudad, los cráneos y huesos de los 11 Hombres de Pekín descubiertos originalmente se hallaban en la caja fuerte del hospital de la Fundación Rockefeller, una institución norteamericana en la ciudad. Cuando la guerra entre los Estados Unidos y Japón parecía ya inminente, las autoridades del hospital confiaron esos huesos a la guardia de la Legación de los Estados Unidos, un pequeño grupo de funcionarios y hombres que seguían todavía en Pekín bajo los términos del tratado que había seguido a la rebelión bóxer de 1900.



Excavación en Cheu K'eu-t'ien, cerca de Pekín, el yacimiento donde fue descubierto el sinántropo u «Hombre de Pekín».

Poco después se consideró que era inútil dejar que esos hombres fueran internados en campos por los japoneses si se declaraba la guerra, así que fueron llamados de vuelta a Norteamérica. Disfrutaban de inmunidad diplomática, de modo que su equipaje no podía ser registrado. Empa-





Arriba: Cuenco de cerámica negra pulida. La pieza, de delgadas paredes, fue elaborada en el torno. Cultura neolítica de Longshan, Shantung, c. 2000-1500 a.C. Ostasiatiska Museet, Estocolmo.

Derecha: Trípode tipo *hsien*, recipiente de vapor *tseng* y trípode *li*, de Puchaochai, Ho-nan. El trípode *li*, con sus tres patas huecas y una boca común, es único de la cultura china. Ostasiatiska Museet, Estocolmo.

quetaron los huesos y partieron. Pero la situación se estaba poniendo cada vez más tensa: se ordenó a los funcionarios que facturaran su equipaje pesado para que les siguiera por mar, mientras ellos viajaban en avión lo antes posible. El equipaje fue almacenado en los muelles de Tien-t'sin. Y desde ese momento nadie volvió a saber nada más de él ni de su contenido.

Se ha avanzado una teoría. Las tropas japonesas que guardaban los muelles ordenaron buscar cargas o equipajes extranjeros después de que estallara la guerra entre Japón y los Estados Unidos. Los soldados hallaron el equipaje de los funcionarios norteamericanos, y en él los huesos del Hombre de Pekín. Los japoneses tienen la costumbre de enviar los huesos de los miembros de la familia, o los restos incinerados, de vuelta a su pueblo o ciudad ancestral, si mueren lejos de casa. Los simples soldados supusieron naturalmente que se trataba de los huesos de los familiares de los funcionarios «enemigos». En consecuencia los arrojaron al río Hai-ho, que cruza Tien-t'sin antes de desembocar en el mar. Por supuesto, esta hipótesis no





Arriba: Urna funeraria de cerámica roja pintada con círculos estriados en negro y pardo. Excavada en 1956 en Yong-ching, Kan-su. Altura, 49 cm. Neolítico, finales del tercer milenio a.C.

Abajo: Vasijas *in situ* en el poblado neolítico de Pan Pot-s'un, Shen-si. Este yacimiento ha demostrado ser el más significativo para la investigación del período neolítico chino.



puede ser verificada, pero parece una probable explicación.

Posteriormente excavaciones en Cheu K'eu-t'ien trajeron a la luz un cierto número de otros cráneos y huesos del Hombre de Pekín, así como algunas evidencias de una ocupación muy posterior de los niveles superiores de la cueva. En años más recientes se halló un yacimiento aún más anterior, del que sólo fue recuperado un esqueleto, en la provincia más al sur de Kuang-si, en una cueva que había estado en sus tiempos cerca del nivel de un río pero que ahora se halla a varios metros por encima del nivel del suelo, puesto que el río ha erosionado el valle. Todavía no se han publicado los informes completos de este descubrimiento, pero se afirmó que la antigüedad era probablemente mayor que la del Hombre de Pekín, y no resultaba claro si la criatura era un *Homo sapiens* o una especie protohumana anterior. Por otra parte, algunos científicos creen que el Hombre de Pekín tenía características que están relacionadas con la estructura ósea del pueblo chino de épocas muy posteriores, incluso presentes. Si esto demuestra ser correcto, implicará que el pueblo chino, o una amplia proporción de él, desciende directamente de sus antepasados paleolíticos, y que de hecho los chinos se originaron en el país donde viven todavía. Se han hallado herramientas paleolíticas de piedra en muchas partes de China, y en la Mongolia Interior al norte.

El neolítico en China. La era neolítica en China era igualmente desconocida hasta el siglo actual. Las herramientas neolíticas, finamente trabajadas puntas de flecha y cinceles, podían verse ocasionalmente en tiendas de curiosidades artísticas, y pueden hallarse a veces en la superficie cerca de pozos que han sido cavados hasta una cierta profundidad. El descubrimiento de un gran yacimiento neolítico cerca de la ciudad de Yangshao, al noroeste de la provincia de Ho-nan, por el ingeniero sueco J. G. Andersson, en la segunda década de este siglo, reveló por primera vez un asentamiento neolítico en el corazón de la primitiva civilización china (la cuenca del río Amarillo), lo cual probaba que tenía vínculos directos con la cultura posterior. El pueblo de Yangshao creó una cerámica pintada muy fina a gran escala; fue hallada, normalmente intacta, en sus tumbas, y su superficie estaba a menudo pulimentada. Los dibujos son geométricos, con un gran uso de motivos en espiral, pero sin ninguna representación de animales o seres humanos; aparecen, sin embargo, conchas de cauris. Entre las formas de la cerámica de Yangshao hay una vasija hecha con tres patas huecas unidas para formar una boca común. Puede mantenerse sobre el fuego, y cocinar tres comidas líquidas diferentes al mismo tiempo. Se la conoce como *li*, y hoy en día todavía se usa en China, además de encontrarse en todos los períodos anteriores hasta el propio yacimiento de Yangshao, pero en ninguna otra cultura en todo el mun-

do. En consecuencia, es una muy fuerte evidencia de la continuidad de la cultura china con rasgos distintivos desde esta era hasta los tiempos modernos. El pueblo de Yangshao conocía los perros y los cerdos, pero no se han encontrado huesos ni de ovejas ni de caballos ni de ganado vacuno. Esto también es sugerente. Todavía no se crían caballos en las llanuras chinas; las ovejas sólo se encuentran en las regiones montañosas; y el ganado vacuno nunca ha sido criado por los chinos, que no utilizan productos lácteos en su dieta. Parece que la dieta de la gente de Yangshao no era muy diferente de la de sus descendientes, los chinos de hoy. De hecho, no hay virtualmente ninguna diferencia en la estructura ósea entre los esqueletos neolíticos y los de los modernos habitantes de la zona. Posteriormente se han descubierto varios otros yacimientos tipo Yangshao, pero todos se hallan en el norte y el noroeste de China, incluido uno en el sur de Manchuria (provincia de Lao-ning), no lejos de la ciudad

Abajo a la izquierda: Alabardas de bronce (*ko*), siglo XII-X a.C. Chang o Cheu primitivo. El *ko* es una forma china de alabarda desconocida en otros lugares. Estas ilustraciones muestran las cabezas; los mangos de madera han perecido. La del centro es una hoja de jade. Museo Británico.

Abajo: Jarra trípode de cerámica blanca (*k'uei*) excavada en 1960 en Wei-fang, Shan-tung. Altura 29,2 cm. Este tipo de vasija es peculiar de la cultura neolítica Longshan del este de China.



de Shen-yang (Mukden). Parece que la cultura neolítica de Yangshao estuvo confinada a estas regiones.

Es también precisamente el área en la que los chinos sitúan sus tradicionales y legendarias historias de los Sabios Gobernantes y de la dinastía Hia, que se dice precedió a la Chang. La edad estimada de la cultura Yangshao, alrededor del 2000 a.C., se corresponde con el período que la tradición histórica china asigna a los Hia. Pero todavía no se ha efectuado ningún hallazgo que muestre una relación identificable con ese reino. Existen sin embargo evidencias de constante ocupación y de vínculos culturales con otros yacimientos. Longshan, en la provincia de Shan-tung, es un yacimiento rodeado por los restos de la antigua muralla de una ciudad. Fue excavado en los años 1930-1931, y demostró ser un yacimiento con dos capas sucesivas de ocupación, la primera datada de aproximadamente el 2000-1500 a.C. En esta capa había cantidades de cerámica negra finamente elaborada. El nivel inferior era una cultura de la Edad de Piedra (neolítica), pero entre los hallazgos había huesos de buey que habían sido usados para la adivinación del mismo modo que los huesos oraculares hallados en Ngan-yang, el yacimiento Chang. Ninguno de los huesos en Longshan estaba inscrito, lo cual sugería que esta ciudad floreció antes de la invención de la escritura china. El nivel superior en Longshan siguió estando habitado hasta aproximadamente el 200 a.C.; ésa es la época en la que China fue unificada bajo la dinastía Ts'in. Fue conocido para la historia como la capital del pequeño estado feudal de T'an, que fue incorporado por el poderoso reino vecino de Ts'i el año 684 a.C. En este nivel superior se hallaron huesos oraculares y también cerámica inscrita. Resulta claro que el yacimiento mantuvo durante todo el tiempo una ocupación constante, aunque en un momento determinado un nuevo estilo de cerámica reemplazó a la cerámica negra local característica de este período, se introdujo el metal, y el pequeño estado de T'an, que precedió al período Cheu, emergió como un centro provincial de la cultura Chang dominante. Aquí los períodos neolítico e histórico se mezclan entre sí, y el último no es más que el desarrollo del primero.

En tiempos más recientes el descubrimiento de otra ciudad Chang en Cheng-cheu, al norte de Ho-nan, ha confirmado de nuevo esta continuidad. El yacimiento de Cheng-cheu fue un descubrimiento accidental, como muchos otros en la China contemporánea, debido al rápido desarrollo de antiguas ciudades con la introducción de la industria pesada. Cheng-cheu es una ciudad muy antigua, que se sabía que databa históricamente de los primeros Cheu, pero que ahora se ha demostrado que es mucho más antigua. Cuando una zona más allá de los actuales límites de la ciudad estaba siendo preparada para el desarrollo de una nueva zona de viviendas se halló el yacimiento de la ciudad Chang. Bajo las actuales leyes, estos descubrimientos tienen que ser informados de inme-



Pendientes de jade con la forma de peces. El jade era considerado una sustancia mágica, quizá porque, por el hecho de ser hallado en la superficie de la tierra, se creía que había caído del cielo. Chang. Museo Británico.

diato a la oficina arqueológica regional, y todo trabajo suspendido hasta que los expertos hayan efectuado una investigación preliminar. Cuando se efectuó ésta, pudo determinarse la naturaleza y la extensión del yacimiento, y el proyecto de construcción de viviendas fue anulado y la zona reservada para futuras excavaciones.

Los informes preliminares muestran que se trata de una ciudad Chang, anterior a Ngan-yang, ciertamente una capital, posiblemente llamada Ao si las referencias históricas son correctas. Este gran yacimiento estuvo en sus tiempos rodeado por una enorme muralla. Se han hallado vasijas de bronce de un tipo más primitivo que las clásicas de Ngan-yang. Los especímenes de Cheng-cheu son planos, no redondeados por abajo. No se han hallado piezas inscritas, aunque hay algunos ejemplos de huesos oraculares, también sin inscribir. Todavía no se ha realizado una exca-

vación completa —el yacimiento es comparativamente grande—, pero por los informes preliminares parece que la ciudad primitiva de Cheng-cheu se hallaba a un nivel de desarrollo más primitivo que el de Ngan-yang, y en consecuencia puede datarse entre los años c. 1500-1300 a.C. Los hallazgos de cerámica primitiva Chang se superponen a los restos de las culturas tanto Longshan como Yangshao. No se han encontrado ni ladrillos ni tejas en estos yacimientos Chang, ni en el nivel inferior de Longshan. Aunque se han hallado los suelos de las casas, no hay ninguna evidencia de que los edificios usaran algún material distinto a la tierra apisonada (que todavía se utiliza en las casas campesinas en el norte de China) y madera o junco. Hay poca piedra en la llanura del norte de China, y las viviendas de paredes y techo de barro de hoy son muy resistentes tanto al calor como al frío, un punto importante en un clima que experimenta ambos extremos cada año.

El origen de la escritura. Los yacimientos de Longshan y Cheng-cheu parecen haber establecido un hecho importante. La escritura todavía no había sido inventada en el período en que fueron fundados estos asentamientos, ni durante algunas generaciones después. La práctica de los oráculos a través de la aplicación de una varilla al rojo sobre huesos de buey precedió de hecho a la habilidad de registrar las interpretaciones de las resquebrajaduras así producidas o la pregunta formulada al oráculo. Esto conduce a una interesante hipótesis. Los objetos más antiguos inscritos conocidos en China son los huesos oraculares de Ngan-yang. En algunos casos, los broncees Chang tienen muy breves inscripciones que dedican la vasija al uso de la posteridad (para sacrificios a los muertos). Si la primera utilización de la escritura fue para registrar el significado de las resquebrajaduras formadas al aplicar calor al hueso, y la práctica del oráculo dado de esta manera se remonta todo el camino hasta finales del neolítico, según las evidencias de Longshan, entonces, ¿no es posible que las formas de estas resquebrajaduras inspiraran más tarde la invención de ideogramas para registrar su significado? Las formas más sencillas de algunos ideogramas chinos, tanto en su forma actual moderna como en los de la alta antigüedad, son derivadas claramente de pictogramas: la colina, que se muestra originalmente con tres jorobas, y hoy simplemente con tres líneas verticales sobre una horizontal, es un ejemplo muy conocido. Sin embargo, todavía no se ha hallado en China ningún documento escrito en pictogramas. Algunas de las formas muy primitivas tienen este carácter, por ejemplo la que designa a un niño, que muestra a un pequeño enfajado, con la cabeza y los brazos proyectándose. El ideograma moderno, y también antiguo, para «hijo», y en consecuencia para «posteridad», es este pictograma transformado en un ideograma.

Una consecuencia de esta continuidad en las formas desde las más antiguas inscripciones hasta la escritura

moderna es que, sin muchas más dificultades de las que hallaría un erudito occidental para leer un escrito gótico medieval primitivo, el erudito chino puede leer los huesos oraculares de la era Chang, inscritos hace más de 3.000 años. El hecho de que los Chang inventaran y usaran también el calendario cíclico para registrar fechas (que ha seguido siendo usado hasta el día de hoy) hace la lectura de las formas antiguas de los ideogramas más fácil, y fue un indicio que condujo a la identificación de algunas de las muy complejas formas usadas entonces (en épocas posteriores mucho más simplificadas). Puede parecer, por las evidencias negativas de la existencia de algún sistema de escritura hallado en Longshan y Cheng-cheu, y el sistema ya muy avanzado hallado en Ngan-yang, que es un directo antepasado o predecesor de la escritura futura, que a lo largo de un período de unos 500 años, entre el 1500 y el 1000 a.C., los chinos inventaron primero un sistema de pictogramas; luego éstos evolucionaron en ideogramas, que las épocas posteriores embellecieron y extendieron. Esta evolución parece más bien rápida, y al menos es posible que posteriores descubrimientos revelen las distintas etapas de su progreso, quizás un repentino desarrollo y estímulo como la transcripción del significado de las resquebrajaduras de los huesos oraculares imitando su forma, y dando así nacimiento a los auténticos ideogramas.



La introducción del bronce. El origen de los vaciados en bronce en China sigue siendo un problema. Actualmente se sabe que desde un período muy primitivo, el de la cultura neolítica en Longshan, hubo contactos comerciales entre tribus con culturas del lado occidental de los Urales en la Rusia oriental, y también con Baikalia en la Siberia central. Al parecer, la ruta recorría el norte de China hasta el río Amur, y de allí a la región del lago Baikal y hacia el oeste. Desde el 1500 hasta aproximadamente el 1250 a.C. el clima fue más cálido que antes, o quizá fue desde entonces, y la línea entre la estepa herbosa del norte y el auténtico bosque avanzó hacia el norte unos 350 kilómetros. Esta franja proporcionó un estrecho corredor entre el desierto al sur y el denso bosque al norte, un canal de comunicación efectivo y fácil entre el nordeste de China y los Urales. Que este corredor fue usado para transmitir objetos, incluidas armas de bronce y anillos de jade, queda demostrado por los hallazgos en los yacimientos intermedios. El problema es en qué sentido se originó el tráfico. No hay la menor duda acerca de la primitiva invención de la elaboración del bronce en las antiguas civilizaciones de Egipto y Mesopotamia. Se remonta al tercer milenio a.C. China, sin embargo, no estuvo en contacto con estos paí-

ses en ese período, sino con comunidades que utilizaban el bronce de una manera mucho más simple en el extremo este de Rusia y en Siberia.

Las dataciones de los yacimientos occidentales en Seima-Turbino, en las laderas de los Urales, son discutidas, aunque la mayoría se inclinan hacia el período entre el 1600 y el 1500 a.C. Estas fechas señalan también la primera aparición del bronce en China, la era de la dinastía Chang; y los hallazgos efectuados en Cheng-cheu (c. 1500 a.C.) son ya piezas de calidad, si bien mucho más simples que las magníficas obras de Ngan-yang 300 años más tarde. Entre los artefactos típicos hechos en Cheng-cheu, el hacha batida es bien conocida en Europa y en los yacimientos de los Urales; pero el «hacha daga» (*ko*) china, hallada también en Cheng-cheu (en bronce), es desconocida fuera de China. Hay otros problemas: en Asia occidental (y más tarde en China), el vaciado del bronce se efectuaba por medio del proceso de *cire-perdue* (cera perdida), más fácil y rápido que el método chino de vaciado en moldes de arcilla que tenían que ser encajados muy perfectamente. Pero en China el proceso de *cire-perdue* no fue conocido hasta unos 1.000 años después del período de Ngan-yang, el siglo V a.C. Resulta extraño que una técnica importada de un país lejano hubiera omitido un proceso tan básico como el de la *cire-perdue* cuando fue traída a China.

Los ceramistas neolíticos de Yangshao utilizaron técnicas muy avanzadas en sus cocciones. Separaban el horno, el flujo de calor y la cámara de cocción. Esto es considerado hoy en día como un requisito primario para cocer la cerámica. Pero no fue conocido ni usado en las civilizaciones occidentales hasta muchos siglos más tarde. En China, la técnica prosiguió en la Edad de Bronce de los Chang, y los hornos podían alcanzar muy altas temperaturas, por encima de los 1.000 grados centígrados, suficiente para fundir las menas. Es posible que el proceso fuera descubierto independientemente por los chinos como una consecuencia de sus muy avanzados hornos cerámicos. Los bronce primitivos chinos no tienen la misma aleación que los de las culturas occidentales, y contienen considerablemente más plomo, y proporciones de estaño que varían entre un 10 y un 20 por ciento. La cercana coincidencia de fechas sugiere un contacto entre China y la región de los Urales de Rusia; pero hasta que se encuentre un yacimiento en un país o el otro cuya datación sea claramente anterior a la del yacimiento chino de Cheng-cheu, el asunto no quedará cerrado. Con las evidencias actuales, el uso y la elaboración del bronce pudo haber viajado en cualquiera de los dos sentidos, con una ligera inclinación en favor de una fuente china, evidenciada por la distribución de las hachas batidas. Si los chinos recibieron la idea, antes que la técnica detallada, de la elaboración del bronce de una fuente occidental, entonces no hay ninguna duda de que desarrollaron el arte muy rápidamente, siguiendo por completo sus propias líneas,

Página opuesta: Cabeza de monstruo en madera con astas de ciervo, siglo IV a.C., probablemente de Ch'ang-sha, Hu-nan. Esta cultura del sur de China tuvo un arte que muestra notables afinidades con el arte polinesio de más de 2.000 años más tarde. Museo Británico.

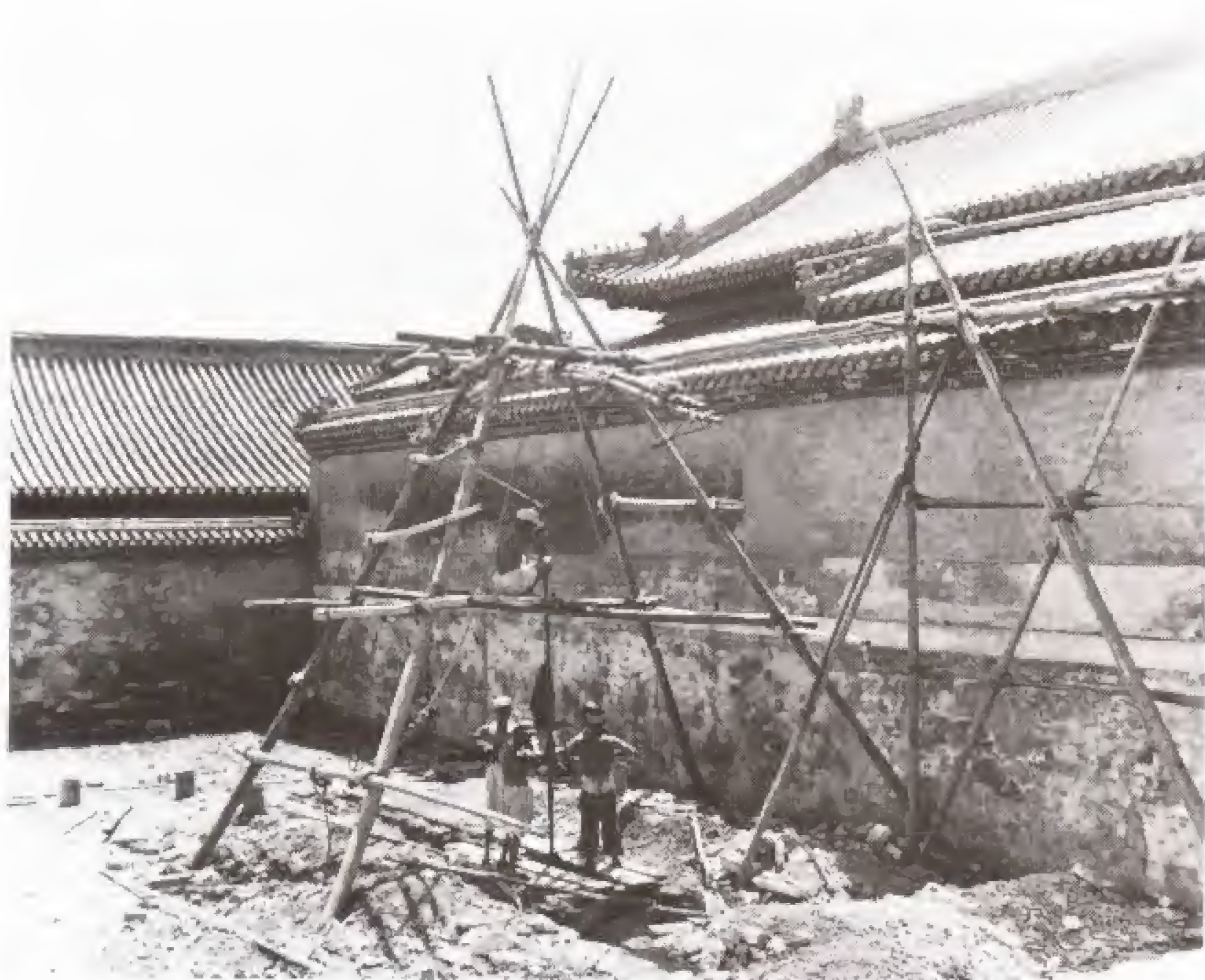
Abajo: Contenedor de cauris, de bronce, procedente de She-chai-shan, Yun-nan, decorado con figuras humanas y animales en relieve. c. 200 a.C.-25 d.C.





Arriba: Ladrillo de una tumba de la dinastía Han. El dibujo muestra un país montañoso con animales y gente trabajando. Una torre para perforar pozos muestra unas características muy similares a las utilizadas hoy en día.

Abajo: Una torre de bambú utilizada para perforar pozos, pero también útil para localizar tumbas muy enterradas bajo la superficie.



y hasta un punto de maestría que difícilmente ha sido igualado nunca en otros lugares.

Arqueología de los Chang y los Cheu. El reinado Chang cambió varias veces su capital, como consecuencia de la destrucción a causa de inundaciones antes que de un ataque hostil, si la historia tradicional es correcta; el principal peligro llegó como siempre del río Amarillo. Se cree

que en el período de la destrucción de Ngan-yang el río discurría muy cerca de su emplazamiento, aunque su curso actual se halle muy lejos al sudeste. Sus constantes cambios de curso hacen muy difícil afirmar por dónde discurría exactamente en períodos remotos y en consecuencia localizar las anteriores capitales Chang, con la posible excepción de Cheng-cheu, que se halla cerca del curso actual, pero que pudo estar más alejada de él en tiempos de los Chang. Ngan-yang no fue la última capital Chang; fue asaltada y presumiblemente saqueada e incendiada por Wu, el primer rey de la dinastía Cheu que sucedería a la Chang. De nuevo el emplazamiento no ha sido localizado, pero si alguna vez lo es, y cuando sea hallado y explorado, deberá proporcionar una confirmación o una modificación del registro histórico.

El registro histórico ha sido confirmado por un reciente descubrimiento, hecho en la provincia de Shan-tung. Una vasija de bronce inscrita datada a principios de la dinastía Cheu fue creada para conmemorar la investidura de un tal Nieh, marqués de S'ien, como marqués de Yi. El relato de sus servicios al rey, por los que fue recompensado de este modo, incluye sus campañas contra los nobles Chang que todavía luchaban contra los Cheu, y esto es ya casi una generación después de la conquista. La historia presenta una versión más breve de ese acontecimiento: todo fue decidido en el campo de batalla de la llanura de Mu, la capital fue tomada, el último rey «malvado» ejecutado, y su reino dividido en feudos entre los fieles seguidores de Cheu. Se permitió a los descendientes de la casa real Chang reinar y gobernar en el pequeño feudo de Song, de modo que «sus sacrificios no se vieran interrumpidos».

pidos». Esto fue una doctrina fundamental de la era feudal Cheu (no sabemos si los Chang habían seguido la misma regla), basada en la creencia de que un príncipe o noble territorial tenía que tener la soberanía sobre algún territorio, por pequeño que fuera, para llevar adelante ritos y sacrificios ancestrales válidos. La destrucción del reino o feudo gritaría «muerte» a los espíritus ancestrales a menos que fuera observada esta regla. La gente común, sin tierras o siquiera sobrenombres, quedaba excluida de los ritos ancestrales, y en consecuencia de la manipulación de estos privilegios feudales.

Pero la investidura de la vasija de bronce revela claramente que los herederos Chang retuvieron Song por la fuerza de las armas, no por la gracia del rey Cheu; y no era tampoco un territorio tan pequeño. En tiempos feudales posteriores se convirtió en un estado importante, y competidor para la hegemonía de todos los feudos de los Cheu. La conquista Cheu fue así incompleta, y siguió siéndolo. Esto la historia tradicional lo ignora o pasa por encima de ello. Hubo un tiempo en que se creyó que los Cheu eran un pueblo extranjero que conquistó a los «chinos» Chang invadiéndolos desde el oeste. En algunos de los huesos oraculares de Ngan-yang —mucho antes de la conquista— aparece el nombre «Cheu», y en uno se lee como «marqués de Cheu», aunque esta lectura ha sido discutida. La historia describe a los Cheu como vasallos de los Chang, encargados de la defensa del noroeste contra los bárbaros nómadas de las estepas de Mongolia. También está registrado que antes de la conquista los Cheu «habían renunciado recientemente a las costumbres de los Jung y los Ti». Estos dos nombres son los de las tribus nómadas dominantes del período. Si los Cheu habían seguido anteriormente estas costumbres, ¿no significa esto que también constituían una tribu nómada? Alternativamente, ¿eran un pueblo mixto, gente de frontera, con sangre china y bárbara en sus venas? Esto sería un ejemplo primitivo de una condición muy frecuente en la historia posterior china, cuyo siguiente ejemplo significativo fue el feudo de Ts'in (que ocupó la misma zona nordoccidental de los Cheu), que se convirtió en guardián de las fronteras en los últimos tiempos Cheu, y luego finalmente en el reino gracias al cual se unificó toda China bajo Ts'in She Huang-ti, el primer emperador. Lo que sí es seguro es que a partir de la conquista, si no antes, los Cheu adquirieron completamente la cultura, vaciado del bronce y escritura Chang, y fueron aceptados por los historiadores tradicionales como una dinastía china. Por otra parte, puede que se produjeran cambios de costumbres. No se ha hallado ningún hueso oracular Cheu (como tampoco se ha explorado por completo ningún yacimiento Cheu); y las inscripciones sobre las vasijas de bronce se vuelven mucho más largas, y ya no son simplemente cortas exhortaciones dedicatorias a la manera Chang.

La prehistoria del sur de China. La mayoría de los descubrimientos arqueológicos se han producido en el norte de China. Hasta muy recientemente nada se sabía realmente sobre la prehistoria de la enorme región de la cuenca del Yang-tse y toda su parte sur. En la actualidad se han hallado dos yacimientos que arrojan una luz ambivalente sobre este problema.

Ch'ang-sha, capital de la provincia de Hu-nan, fue en tiempos antiguos la capital del reino de Ch'u, que, aunque en la era clásica se incorporó plenamente en el mundo cultural chino, seguía siendo considerado todavía como, al menos hasta cierto punto, extranjero. El lenguaje hablado era diferente. Habían adoptado la escritura china, pero la visión de que los Ch'u no eran realmente chinos prevalecía. El término «chino» no existía todavía de ninguna forma; el reino Cheu se había establecido en la «Chung-yuan», la llanura central; los nobles aseguraban, basándose en pedigrís ampliamente ficticios, descender o bien de los propios reyes Cheu, de la casa real Chang, o de uno u otro de los Sabios Gobernantes de la remota antigüedad. Resulta interesante señalar que se llamaban a sí mismos colectivamente «Todos los Hia», una de las mejores y más antiguas evidencias del uso de este nombre atribuido a un reino Hia, precedente de los Chang. Los reyes Ch'u no pertenecían a este exclusivo clan. En la actualidad se han descubierto en Ch'ang-sha tumbas primitivas, de antes del 600 a.C., que son completamente distintas de las de los pueblos del norte de la llanura central. Contienen figurillas de madera (el suelo tiene notables cualidades conservadoras) de apariencia salvaje, con lenguas protuberantes y plantas y flores que crecen de sus miembros. Estos objetos tienen de hecho un carácter mucho más polinesio —incluso de los modernos maoríes— que de cualquier parte de China o incluso del sudeste de Asia.

Este descubrimiento plantea algunos problemas muy interesantes. Es extremadamente improbable que estas formas de arte hayan evolucionado en fechas tan ampliamente separadas sin ninguna conexión entre ellas. Los objetos polinesios más primitivos datan del siglo XVII en adelante como máximo. Han transcurrido más de 2.000 años desde que las figuras de Ch'ang-sha fueron talladas y enterradas. Ch'ang-sha es un centro tierra adentro junto al río Hsiang, un importante tributario del Yang-tse, a centenas de kilómetros de la costa. Pero puesto que no sabemos casi nada sobre la prehistoria del sur de China, no hay ninguna razón para desacreditar la teoría de que un pueblo meridional, una vez establecido en Hu-nan, emigró, totalmente o en parte, hasta la costa y luego cruzó el océano hasta las islas del Pacífico. Lo que resulta claro es que, si una parte de este pueblo permaneció en Hu-nan, más tarde adoptó las costumbres y la civilización china, y su propio arte desapareció sin dejar huella. Sin embargo, es probable que en muchos aspectos siguieran

siendo un pueblo diferente, y que los «chinos» del norte los consideraran así al final de la era clásica.

Otro yacimiento, en la provincia de Yun-nan, en el extremo sudoeste de China, presenta una evidencia similarmente intrigante. No lejos de K'un-ming, la capital —en sí misma el centro más antiguo de la cultura china en una tierra que contenía, y todavía contiene, grandes pueblos minoritarios no chinos—, se halló una antigua tumba que contenía vasijas de bronce, probablemente de la época Cheu tardía o incluso Han primitiva, decoradas de una manera completamente distinta de los estilos chinos. Un tambor de bronce (en sí mismo un objeto vietnamita antes que de pura cultura china) tiene en su plana parte superior muchos grupos de pequeñas figuras, con animales, ovejas y ganado vacuno, exhibiendo motivos pastorales. Las figuras no llevan ningún tipo de atuendo chino y parecen estar dibujadas de modo que no muestren rasgos faciales chinos. Yun-nan no es hoy un país de economía pastoral, sino de cultivo del arroz. No hay evidencias históricas de pueblos pastorales que lo habiten, pero nuestro conocimiento es muy limitado. El área cerca de K'un-ming, una de las más grandes llanuras en un país muy montañoso, fue la sede de un reino fundado por un general del reino meridional de Ch'u, cuyos descendientes se convirtieron en príncipes independientes después de la conquista Ts'in de Ch'u. La cultura china fue pues introducida por este reino, Tien, y el vaciado del bronce debe considerarse como una de las habilidades que trajeron consigo los colonos y el ejército Ch'u. La datación del hallazgo es clásica tardía o incluso Han primitiva, lo cual encaja con el período del reinado Tien. La región más cercana con una economía pastoral es el noroeste de la provincia de Kan-su, a más de 1.600 kilómetros de Yun-nan. En medio se extiende la gran provincia de Sse-ch'uan, encerrada entre altas cordilleras y atravesada por el Yang-tse superior. Sse-ch'uan fue la sede de dos reinos, no considerados como estrictamente chinos, pero de una alta cultura china. Fueron anexionados por Ts'in unas generaciones antes de la conquista Ts'in de toda China. Así, el origen de un pueblo pastoral en Yun-nan tan tarde como la época Han primitiva es un completo misterio.

El desarrollo de la arqueología. La arqueología china ha hecho grandes contribuciones al conocimiento en un tiempo muy corto, y si bien algunos de estos descubrimientos fueron accidentales, otros se debieron a brillantes deducciones a partir de muy pocos hechos. La existencia de Cheu K'eu-t'ien, el yacimiento paleolítico, fue establecida por un científico occidental que acostumbraba a explorar las tiendas de curiosidades artísticas de Pekín con la esperanza de hallar «huesos de dragón», el nombre popular chino para los fósiles. En una tienda encontró un diente humano, que se dio cuenta de que debía ser de una

gran antigüedad. Sus preguntas pusieron a la luz el hecho de que había sido vendido por un campesino del pueblo de Cheu K'eu-t'ien. Ésta fue la clave que condujo al descubrimiento de la cueva. Huesos oraculares, ofrecidos a la venta en las tiendas de curiosidades artísticas de Pekín, habían llamado ya la atención de dos grandes eruditos chinos, Wang Kuo-wei y Lo Ch'en-yu, que se dieron cuenta de que las inscripciones estaban en una forma de escritura que tenía que ser de una gran antigüedad, y el significado se refería a la adivinación para los reyes Chang. Los huesos fueron rastreados hasta los tradicionales «Yermos de Yin» (Yin Hiu), conocidos desde hacía mucho como un lugar donde se habían encontrado vasijas de bronce.

Los campesinos chinos llevaban descubriendo estas cosas desde hacía muchos años; era la disponibilidad del mercado de curiosidades artísticas de Pekín, y el creciente interés entre los intelectuales sobre los restos del antiguo pasado, lo que estimuló la búsqueda e hizo que los campesinos se dieran cuenta de que los objetos que hasta entonces habían ignorado o echado a un lado como invendibles tenían ahora un buen mercado. La oferta cubrió pronto la demanda, y los falsificadores entraron en lo que parecía un comercio altamente rentable. Esta situación espoleó a la Academia China a emprender la primera excavación científica plenamente controlada, que dio como resultado el descubrimiento de Ngan-yang y sus tumbas reales. Irónicamente, los arqueólogos descubrieron que los campesinos del lugar eran muy hábiles en localizar tumbas muy enterradas bajo la superficie, utilizando aparatos para cavar pozos, que consisten en un pesado tronco sujeto a un armazón triangular, mediante el cual el tronco puede alzarse y luego dejarse caer con un violento golpe contra el suelo. Normalmente el tronco está dotado con una punta de hierro para mejor perforar; los campesinos habían comprobado que si quitaban la punta y dejaban el tronco con el extremo romo, su concusión contra la superficie producía una especie de eco que revelaba la presencia de una cavidad muy abajo, que podía ser una tumba. Ha sido necesario alistar a esta gente demasiado ingeniosa como trabajadores de campo arqueológicos para evitar que sus empresas privadas destruyeran valiosos yacimientos.

Firmes controles y una excelente organización para informar de los descubrimientos e investigarlos, mientras el trabajo en muchos yacimientos se suspende hasta que los arqueólogos se han pronunciado sobre su importancia, han reducido el peligro de los incesantes e incontrolados robos de tumbas; pero puesto que la llanura del norte de China está cubierta con tumbas de todos los períodos, más o menos invisibles desde la superficie, es poco probable que puedan ser detenidos por completo. El otro control procede del nuevo sistema social de un país comunista. No existe un auténtico mercado, excepto los museos que se hallan bajo la autoridad del gobierno, donde poder ofrecer estos tesoros clandestinos. El negocio ya no vale la pena.

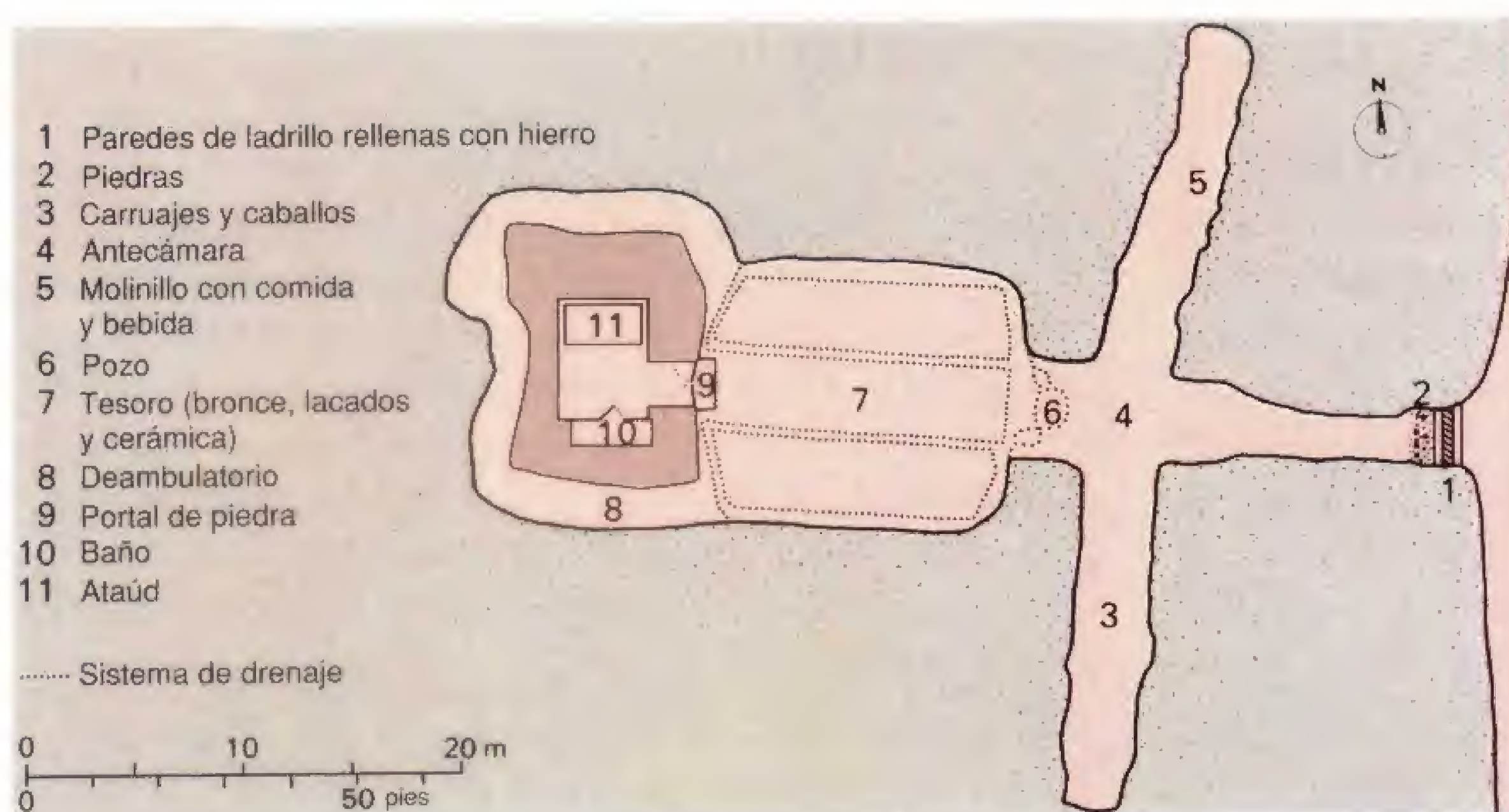
La tumba del príncipe Liu Cheng y la princesa Tou Wan

El descubrimiento de esta tumba en 1968 fue uno de los acontecimientos más importantes de la arqueología china. Liu Cheng, príncipe de Chung-shan, fue uno de los hermanos pequeños del emperador Wu, que vivió en los siglos II y I a.C. Su tumba es el equivalente más aproximado a una tumba imperial intacta del período antiguo. Consiste en dos cámaras subterráneas con corredores de acceso. La entrada estaba sellada con puertas de piedra entre las que se había vertido hierro fundido, un sistema que derrotó a los ladrones de tumbas y requirió a los ingenieros del ejército para retirarlas sin dañar el interior. La sala central era la del tesoro, y contenía bronce y lacados y vasijas de cerámica. Más allá estaba la cámara funeraria propiamente dicha, en la que fueron hallados los cuerpos del príncipe y la princesa enteramen-

te envueltos en trajes de jade, hechos cosiendo entre sí pequeñas plaquitas de jade con hilo de oro, lo cual se sabe que era un privilegio imperial. Cada traje está compuesto por más de 2.000 piezas. La intención era preservar los cuerpos de la descomposición, cosa que se creía era una de las cualidades del jade. No resultó ser así, puesto que sólo quedaban unos pocos huesos y los trajes se habían colapsado.

En la cámara del tesoro hay espléndidas obras de arte que llevan notas de catalogación que las definen como procedentes del palacio de Chung-shan, que era la residencia del príncipe. En consecuencia, no constituyen el mobiliario habitual de la tumba, hecho de arcilla, sino posesiones realmente personales.





Página anterior: Descubrimiento del mausoleo de Liu Cheng, príncipe de Chung-shan, y su esposa la princesa Tou Wan. Los arqueólogos chinos están desmantelando la pared de ladrillo que sellaba la entrada a la tumba. La tumba, que nunca fue violada por ladrones, se halla en la ladera de una colina en Manch'eng, en la provincia de Ho-pei, a 150 kilómetros al sudoeste de Pekín.

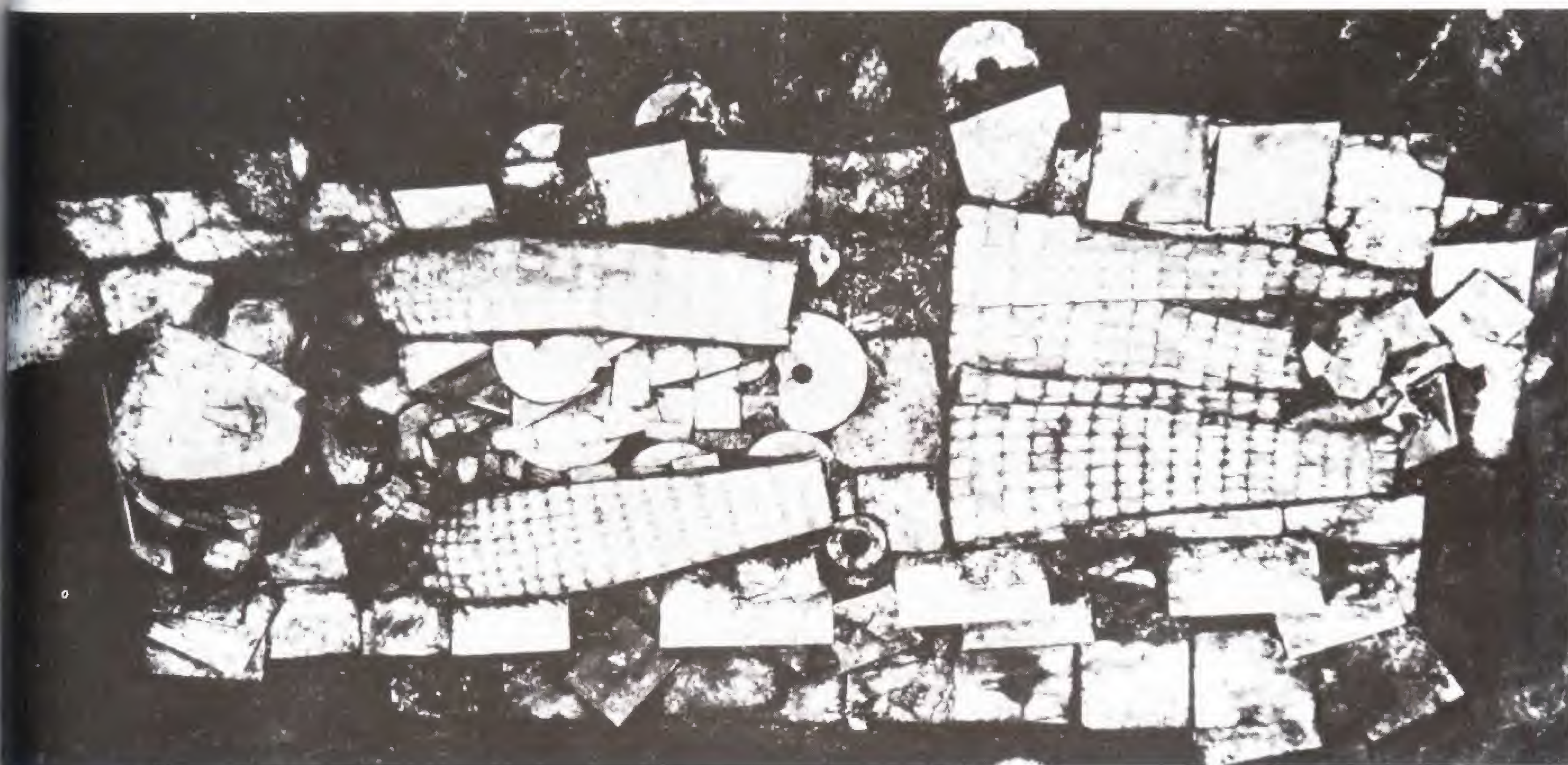
Izquierda: Plano de la tumba de Liu Cheng. La forma es la de una cruz frente a las dos sucesivas cámaras de la tumba. Es interesante ver que la tumba no está estrictamente orientada de norte a sur, como lo estaría un edificio para los vivos, sino aproximadamente de este a oeste.

Página opuesta: El colapsado traje de jade de la princesa Tou Wan, esposa del príncipe Liu Cheng, antes de la restauración. Su longitud es de 172 centímetros. El traje consiste en 2.160 plaquitas de jade que varían en tamaño de 4,5 x 3,5 a 1,5 x 1 cm y 0,2 cm de grosor. El traje se divide en 12 partes, torso, cabeza, brazos, piernas y zapatos.



Izquierda: Cámara central de la tumba subterránea de Liu Cheng, que mide aproximadamente 15 metros de largo, 12 metros de ancho y 10,5 metros de alto. En la pared del fondo están las puertas de piedra que conducen a la cámara funeraria en sí. Además de las vasijas de bronce, la cámara contenía también espadas ceremoniales de bronce y cerámica finamente pintada.

Derecha: El portal de piedra a la cámara interior de la tumba de la princesa Tou Wan. La costumbre de dividir de esta forma las cámaras de la tumba prosiguió hasta épocas posteriores. La tumba del emperador Ming Wan-li está dividida del mismo modo, pero el tesoro se hallaba en la cámara interior, no en la antecámara más grande.



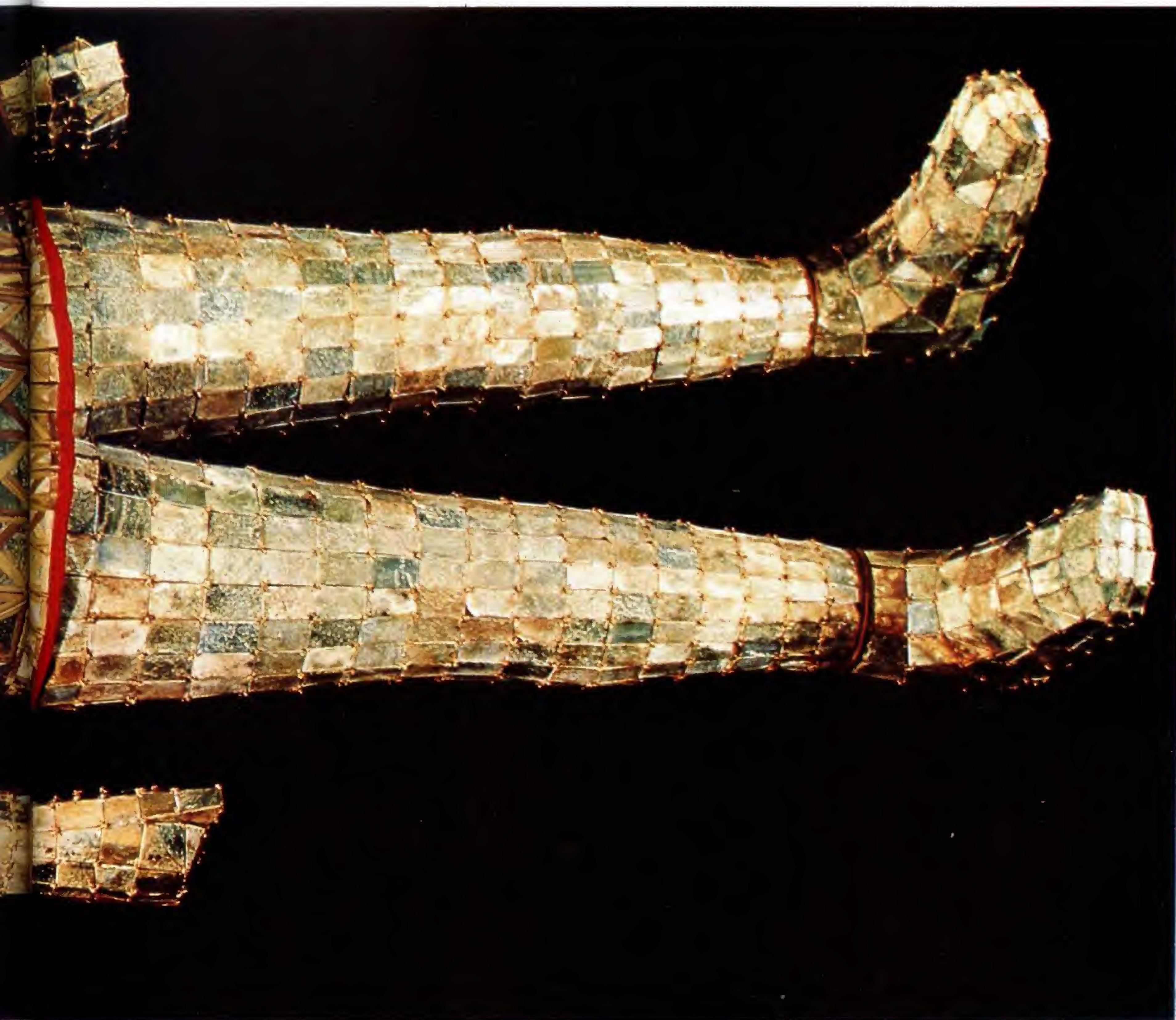
Derecha: Los arqueólogos examinan los hallazgos en la tumba del príncipe Liu Cheng. Las vasijas de bronce y cerámica se hallan ordenadas en el centro. En la parte de atrás, la entrada a la cámara funeraria. Un sistema de drenaje, que aparece a la izquierda de la foto, ayudó a mantener la cámara seca y conservar los tesoros.



El traje de jade de la princesa Tou Wan, reconstruido. Las distintas placas estaban cosidas con hilo de oro, por lo que se utilizaron en total 700 gramos de oro. En el pecho las plaquitas de jade eran mantenidas en su lugar mediante una cinta adherida a una pesada tela. Las cintas se pudrieron y tuvieron que ser reemplazadas. Probablemente el jade era importado de Sin-kiang.



La almohada de bronce dorado, con incrustaciones de jade, sobre la que la princesa Tou Wan descansaba su cabeza. Longitud, 41,3 cm. Cada extremo está modelado como una cabeza de venado.





Arriba: Dos figuras de bronce parcialmente doradas de leopardos con incrustaciones de plata y granates, de la tumba de la princesa Tou Wan. La soberbia artesanía de estos leopardos ha revelado el muy alto nivel de la habilidad técnica de los joyeros que alcanzó la dinastía Han. Sobresalen enormemente entre todos los demás hallazgos de similar calidad.



Izquierda y derecha: Un par de pies de una vasija de bronce, con forma de osos de pie sobre pájaros. Altura, 11,1 cm. De la tumba de la princesa Tou-Wan. El uso de osos como pies para las vasijas de bronce se convirtió en una moda a partir del siglo I a.C., pero los osos son representados generalmente de pie y con los hombros hundidos. Probablemente una posesión personal.

Abajo: Figura de bronce dorado de una muchacha arrodillada sosteniendo una lámpara donde hay inscrito «*Chang-hsin*» (fidelidad eterna), de la tumba de la princesa Tou Wan. Altura, 48 cm. Evidentemente se trata de una posesión personal, que pudo ser muy bien un regalo de boda. *Derecha:* Vasija de bronce (hu) con incrus-

taciones de plata y oro con dibujos de rollos de papel y caracteres en escritura decorativa de pájaros, de la tumba de la princesa. Altura con tapa, 40 cm. La inscripción dice: «Mi buena suerte llene tu puerta, expanda tu persona, prolongue tu vida y mantenga lejos la enfermedad».



Abajo: Lámpara de bronce con pantalla y chimenea, de la tumba del príncipe Liu Cheng. Altura, 32,8 cm. El calor y el humo son conducidos por un tubo conectado al depósito inferior. La lámpara de la «fidelidad eterna» (izquierda) tiene un dispositivo similar. Parece dudoso que esos sistemas eliminaran realmente el humo.



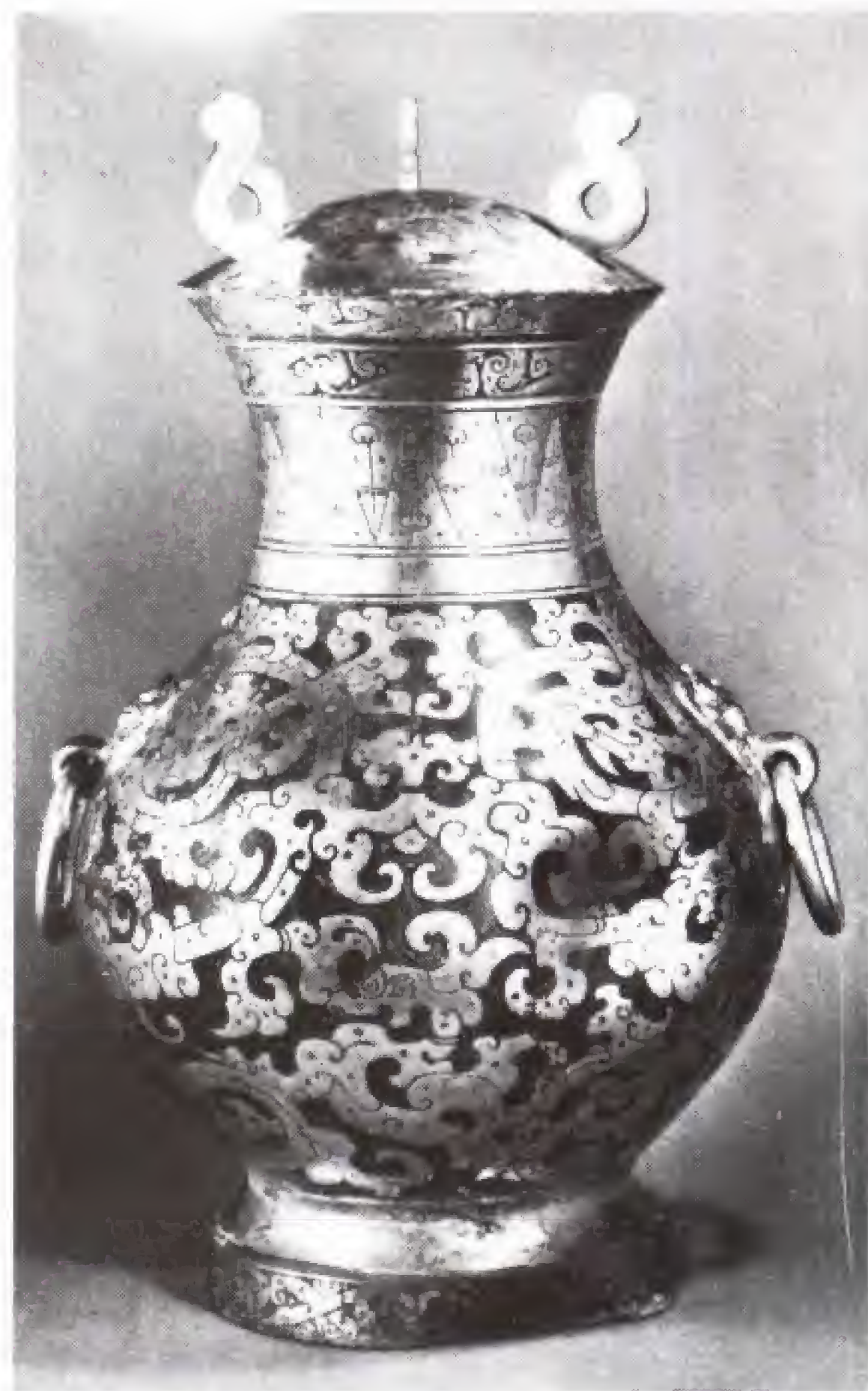


Izquierda: Cuenco de bronce (*chuan*) con anillas, de la tumba de la princesa. Altura 13 cm, diámetro 28,1 cm. La inscripción dice: «Almacén de palacio de Chung-shan, un *chuan* de bronce. Contenido 3 sheng. Peso 7 *chin* 13 *liang*. Número 59. 34º año 4º mes. Comprado por el *lang-chung* Ting en Ho-tung al precio de 840». La fecha puede calcularse como el 107 a.C.; *lang-chung* es el título de un miembro del personal de palacio; el precio pagado hubiera podido alimentar a una persona durante un año o más.



Izquierda: Incensario de bronce con la forma de una montaña cósmica, de la tumba de la princesa Tou Wan. Altura, 32,4 cm. La idea de estas montañas se originó en el período Han. La montaña se alza desde el mar, sujeta por la figura de un hombre sentado sobre un monstruo, un ejemplo de la leyenda taoísta en la religión popular.

Abajo: Vasija (*hu*) de bronce parcialmente dorada con adornos de dragones en nubes, de la tumba del príncipe Liu Cheng. Altura con tapa, 59 cm. Los artesanos chinos eran particularmente hábiles en el dorado parcial, en el que confinaban la amalgama exclusivamente sobre las áreas deseadas. El dorado al fuego había sido inventado ya en tiempos del príncipe Liu Cheng.

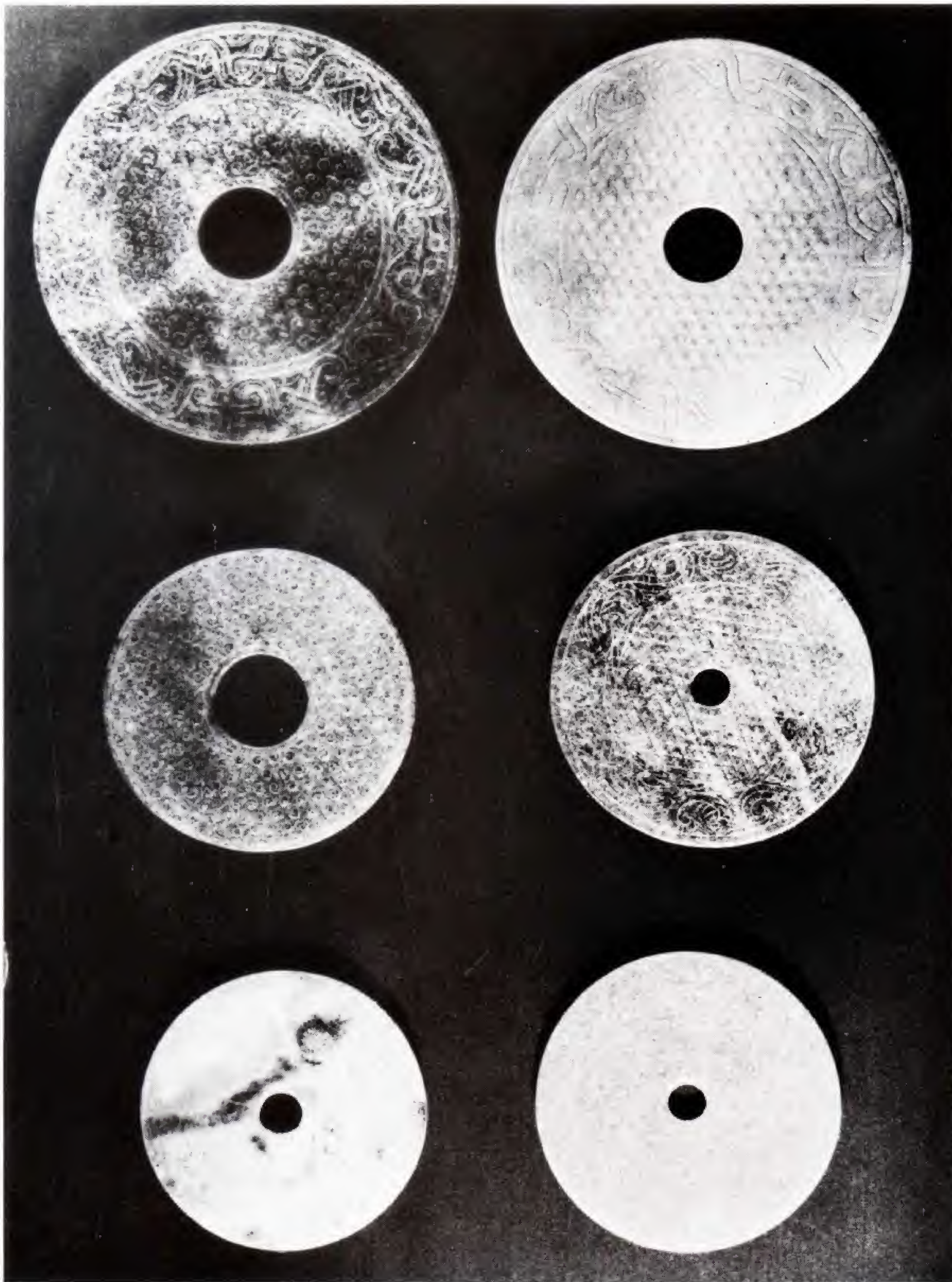


Derecha: Lámpara de bronce de tres patas sobre una bandeja, de la tumba de la princesa. Altura de la lámpara, 5,2 cm; diámetro de la bandeja, 22,1 cm. Las inscripciones anuncian que se trata de platos de bronce con mango del almacén del palacio de Chung-shan.



Abajo: Lámpara de bronce con la forma de un carnero sentado, de la tumba del príncipe. Altura, 18,6 cm. El lomo del carnero está montado sobre bisagras, y cuando se alza hacia arriba forma un depósito para el aceite.





Arriba: Dos tablillas de jade (*huang*) en forma de creciente de luna, de la tumba de la princesa. Longitud, 13 y 13,7 cm. Estas piezas estaban situadas en contacto directo con el cadáver, y puede que estuvieran hechas de fragmentos de anillos de jade como los que se muestran a la izquierda.

Izquierda: Seis anillos de jade (*pi*) de la tumba de la princesa. Diámetros, de 14 a 21 cm. Los anillos de jade eran colocados regularmente en los ataúdes de los miembros de la familia imperial, y estaban simbólicamente asociados con el enterramiento y la otra vida.



Izquierda: Cuenco de cerámica gris pintado en rojo y blanco con dibujos de peces, pájaros y nubes, de la tumba de la princesa. Altura, 14,7 cm. El diseño general encaja con el simbolismo cósmico asociado con tales contextos, aunque el añadido de los peces es un elemento poco usual.

EXLIBRIS Scan Digit



The Doctor

<http://thedoctorwho1967.blogspot.com.ar/>

<http://el1900.blogspot.com.ar/>

<http://librosrevistasinteresesanexo.blogspot.com.ar/>

